Una guía realista y práctica para saber qué podemos y qué no podemos hacer los padres

CÓMO SOBREVIVIR A LOS SUSPENSOS DE TUS HIJOS

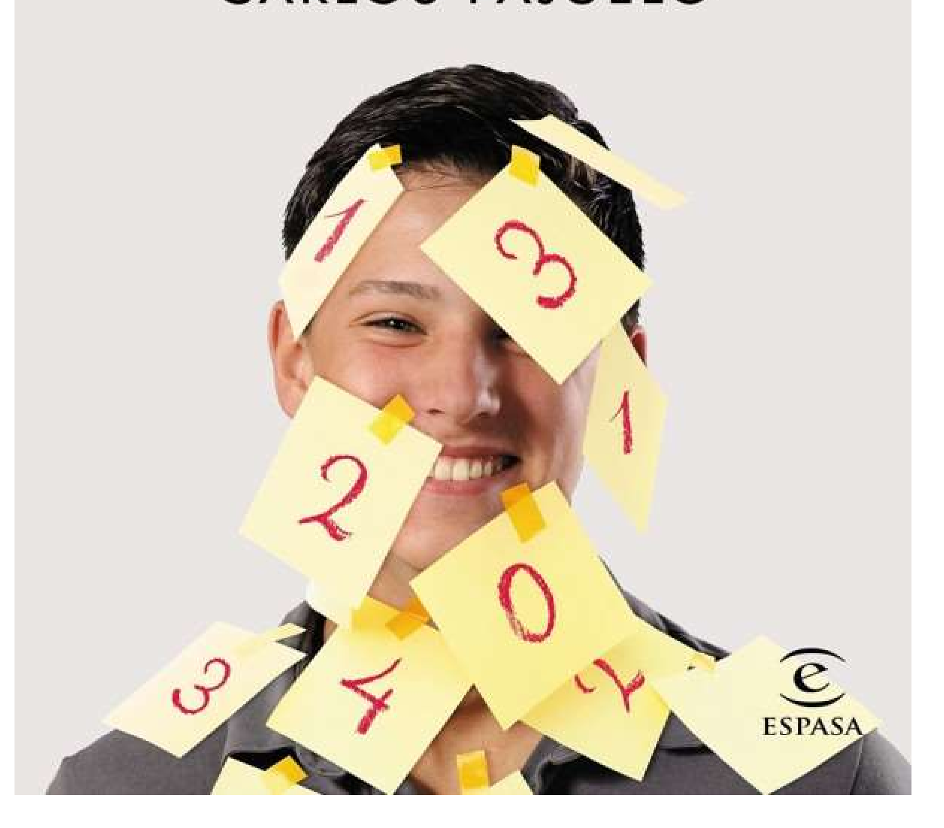
CARLOS PAJUELO



Una guía realista y práctica para saber qué podemos y qué no podemos hacer los padres

CÓMO SOBREVIVIR A LOS SUSPENSOS DE TUS HIJOS

CARLOS PAJUELO



A mis padres, que me enseñaron.

A mis hijos, de los que aprendí.

A Chiqui, por todo.

«Quiéreme cuando menos lo merezca

porque será cuando más lo necesite».

PRÓLOGOLA SINFONÍA DEL CABREO

Nada más entrar en casa, al dejar las llaves sobre la consola del recibidor, me doy cuenta de que han llegado, con puntualidad británica, los sobres con los boletines de notas de mis hijos. En cuanto los veo, siento un pequeño escalofrío, acompañado de un fugaz deseo («mira que si esta vez me sorprenden»…) que instantáneamente queda engullido por un aciago presentimiento. En realidad, no es un presentimiento, sino el recuerdo de lo que cada trimestre me encuentro en el interior de los sobrecitos. Así que, manos tranquilas, los cojo y me pregunto por cuál de ellos debo comenzar. Sé que las calificaciones de mi hija pequeña serán, como siempre, las buenas, y que las del modorro de mi hijo mayor serán las malas.

Pero, antes de abrir las notas, me digo: «Tranquilo, Luis, sereno, cabeza fría y calma». Pero este conato de concentración se ve interrumpido por un «¿Has visto las notas de tu hijo?»

procedente del salón. Al escuchar lo de «tu hijo», emitido con un tono inconfundible, descarto la menor posibilidad de encontrar la calma, ya que se me acaba de anunciar el inicio de una borrasca familiar. Cuando los niños hacen algo bien, siempre nos referimos a ellos como

«nuestros hijos», pero cuando su madre o yo decimos o escuchamos «tu hijo», malo, malo…

Así que me dispongo a leer las calificaciones en silencio, y mientras recorro cada una de las asignaturas con su correspondiente nota, comienza a llegar una especie de agitación trémula, un temblorcillo que poco a poco se transforma en un monumental cabreo. No necesito a nadie, yo solito me

voy azuzando y noto cómo mi enorme enfado se hace real mediante palabrotas y exabruptos impropios de mi educación. La sinfonía del cabreo ha comenzado.

—¿Qué te parecen las notitas? —me inquiere Paqui, la mamá de las criaturas, cuando me ve aparecer en el salón. Y ahí, justo en ese momento, tomo aire e inicio mi respuesta con suavidad, como un adagio:

—¡Hay que ver con el niño!… Ayer le pregunté y me dijo que esperaba que solo suspendería una o dos. Una o dos, eso me dijo. Será insensato…

Cuando he dicho «insensato» he notado que la yugular comenzaba a aumentar su caudal de sangre. Entonces elevo la voz y grito (allegro ma non tropo):

—¡Estoy hasta las narices! —ahí, en las narices, es donde los padres ubicamos los testículos cuando estamos muy enfadados—. ¡Pero qué se habrá creído este niño!… ¡Este no me vuelve a tomar el pelo! ¡Este no se ríe más de mí! —vivace—. *¡Como que me llamo Luis!…*

Me quedo en silencio, pero sigo gesticulando mientras releo por enésima vez las notas, como si estuviera ensayando un papel para una representación teatral. ¡Menudo papelón!… Una pequeña pausa y continúo (andante):

—Todo el día trabajando para que tengan de todo, para que no les falte de nada, y mira, mira tu hijo cómo nos lo paga —y ya que estoy crecido, sigo (vivace)—: *¡Será cretino! ¡Qué digo cretino; es un chulo!… Pero si ayer me dijo que creía que iba a aprobar casi todas. ¡Ca-si-to-das!*

¡¡Y ha suspendido ca-si-to-das!!

Hago otra breve pausa, un silencio necesario para medir las palabras, aunque mucho me temo que la parada tiene el efecto contrario, pues da paso al momento clave, es decir, al diagnóstico:

—¡Este niño es un imbécil! ¡Dios mío! ¡Es un descerebrado, un inconsciente! Pero ¿cuando madurará? —y en medio de esa retahíla de improperios tengo una revelación (andante)—: A este niño le pasa algo dentro de la cabeza… Lo que hace no es normal. No sé si es un inmaduro, tiene un trastorno o qué.

Regresa el silencio y, tras él, un impulso que modifica el diagnóstico (molto vivace):

—¡Es un gilipollas, un fresco que nos está chuleando! Solo le interesan sus

maquinitas…

Está enviciado con los videojuegos, con el puñetero WhatsApp de las narices, y todo el santo día pensando en sus amigos.

Llegado a este punto, cuando he puesto al niño de vuelta y media, cuando estoy más sofocado, mientras busco aire para seguir articulando adjetivos que describan al protagonista de tanto descalabro, interviene su madre, capote en mano, que intenta repartir estopa por otros lados (andante):

—El profesor de matemáticas es muy exigente. Y es que los profesores no ayudan, van a lo suyo y no hacen más que poner tareas y tareas… Yo no sé qué hacen en el colegio, la de tonterías que estudian…

Repasados los profesores, y aún con el corazón desbocado, llega mi momento de pasar a instancias mayores (vivace):

—Claro, con los políticos que tenemos, que hacen estas leyes de mierda… ¡Coño! Con lo fácil que es copiar lo que hacen los finlandeses o los coreanos buenos, que dicen que son los mejores estudiantes del mundo, y traducirlo al español… Pero no, aquí cada dos por tres una ley…

¡Cuánta incompetencia!

Entonces llega la fatídica aria que dará inicio al coro final de esta Sinfonía tragicómica del Cabreo:

—¡Qué asco de sociedad!

Tras esta exclamación, la madre y yo nos venimos abajo, derrotados, hundidos, ahogados por el pesar más pesaroso, y comienza el lamento (adagio):

—Antes todo era más fácil, había más respeto, más obediencia… Se estudiaba lo que había que estudiar, y punto. Mi padre nunca me tuvo que decir: «¡Niño, estudia!».

A continuación, cuando solo se escucha el rumor de la decepción, cuando, derrotado, me dispongo a salir del salón, doy un inesperado giro y, dirigiéndome a la madre de la criatura, digo (vivace):

—Y te digo una cosa: tú —ese «tú» va acompañado de una penetrante mirada— tienes parte de culpa. Proteges demasiado al niño, y así no vamos a ninguna parte.

¡Madre mía!… La que se va a liar en cuanto la aludida Paqui responda

(molto vivace):

—¿Cómo? ¿Estás diciendo que le consiento demasiado? ¡Vamos, hombre, mira quién fue a hablar!… ¡El padre perfecto! Pues nada, ocúpate tú de revisarle las tareas, ayúdale tú con las matemáticas, con el inglés, con la lengua… Y luego, además, ocúpate de la pequeña y de la casa.

¡Tendrá narices la cosa!… —la madre de la criatura también utiliza las narices en sentido genital—. ¡Que la culpa es mía!… ¡Habla con tu hijo, que no sabes nada de él!… Si pasaras más tiempo a su lado, a lo mejor descubrirías qué es lo que le ocurre, qué es lo que piensa… ¡Que la culpa es mía! ¡Vamos, hombre! —exclama la indignada madre mientras se aleja por el pasillo.

Las notas de nuestro hijo han llegado a casa. Curiosamente, esta noche el modorro dormirá en su cama sus ocho horitas de un tirón, mientras su padre y su madre, desvelados, con los ojos abiertos de par en par y muy cabreados, apenas seremos capaces de musitar una triste letanía:

«Esta criatura, como siga así, va a ser un desgraciado», a la que acompañarán unos cuantos suspiros y esta frase: «Pero ¿qué hemos hecho mal?».

¿Te resulta familiar esta situación? Los suspensos de nuestros hijos nos ponen a prueba, nos llegan como un grito desesperado —«¡Houston, tenemos un problema!»— y nos encontramos perdidos, incomprendidos, solos, asustados, frustrados porque no vemos cómo dar respuesta a esta situación. Los boletines de notas llegan a nuestros hogares con una función informativa, pero cuando padres y madres leemos las calificaciones, el

miedo se apodera de nosotros y en nuestros pensamientos los suspensos se tornan en drama. Un drama que puede afectar a toda la familia, pues se enturbian las relaciones con los hijos, porque los suspensos viven en nuestra casa junto a nuestros hijos; se enturbia la relación con la pareja, porque si buscas culpables, los vas a encontrar cerca; un drama en el que nos hacen sentir y nos sentimos incapaces, incompetentes e inútiles para desarrollar nuestro rol de padres. Un malestar que se aloja dentro de nosotros y que nos acompaña diariamente allá donde vayamos.

Pero tus hijos son mucho más que las notas que obtienen, no lo olvides.

Todos los padres de suspendedores saben lo que los expertos en pedagogía, psicología o educación afirman: que si la disciplina es el primer paso en el camino del éxito; que si los hábitos de estudio definen al estudiante; que estudiar ilumina las tinieblas de la ignorancia; que la motivación es el impulso que te lleva en la dirección correcta; que el refuerzo positivo es mejor que los castigos; que la comunicación con los hijos es fundamental; que los profesores particulares y las academias ayudan más a los hijos que los padres… Sí, sí. Todo lo que ellos digan, pero al niño le han vuelto a quedar seis.

Aquí están Luis y Paqui asustados, desconcertados y, sobre todo, tremendamente enfadados y dispuestos a repetirle a su hijo una vez más el mismo discurso y los mismos castigos. A repetirle por enésima vez lo disgustados que les tiene.

El tema de los suspensos es verdaderamente serio, como todo lo que tiene que ver con la educación. Pero te propongo, querido lector, que te animes a enfocar el asunto desde el humor. Estoy convencido de que el humor es como una lente, como unas gafas que nos permiten apreciar lo que no se percibe desde la seriedad. El humor nos hace tomar conciencia de lo relativas que son las cosas y, por tanto, nos permite encontrar motivos de risa en la seriedad de los suspensos, y en la risa, motivos para reflexionar seriamente sobre la manera de afrontar y sobrevivir a los suspensos.

Este libro está escrito especialmente para ti, padre o madre de suspendedor, y lo he concebido con una doble finalidad. Por un lado, mi intención es animarte ante la adversidad (y los suspensos lo son) a perseverar en la tarea de educar, y, por otro, ayudarte a considerarte capaz y útil para convertirte en el competente padre y en la competente madre de un suspendedor.

En la educación de los hijos solo hay una certeza, que es la de que los queremos. Por eso, durante estos años en que los educamos, deberíamos evitar que los suspensos envenenen nuestra relación con ellos. El tiempo de educar es fugaz, pero deja huellas

profundas y duraderas, y depende de nosotros —padres y madres— el modo de trazarlas. Si lo hacemos desde la desconfianza y el miedo, estaremos cavando los surcos de la decepción, que conducen a la impotencia y al reproche. En definitiva, los surcos que cierran puertas. Por el contrario, si las huellas las vamos trazando como la señal de que estamos educando día a día con perseverancia, con confianza y con esperanza, estaremos dando a nuestros hijos las llaves que les permitirán abrir puertas y hacer frente a los obstáculos.

Y un último consejo antes de comenzar: guarda este libro para tu hijo el suspendedor, que ya tendrá él sus propios hijos…

1

LOS SUSPENSOS, ESOS INDESEABLES

Qué significa suspender

Estoy seguro de que nunca has escuchado a un grupo de padres, en la puerta del colegio y ante la ristra de suspensos de sus hijos, mantener una conversación como esta:

—Mi hijo está pasando una fase de indecisión, de dudas conceptuales —dice uno de ellos—. Ya sabéis, tiene conocimientos, pero no los almacena correctamente. Sin embargo, este proceso de suspender lo está preparando para curtirse en las peleas de la vida cotidiana.

—Te entiendo perfectamente —apostilla otro—, porque el mío, que está buceando por los mares del insuficiente, se siente anclado en un proceso de crisis de intereses que no le permite centrarse en sus tareas escolares. Está aprendiendo que la indecisión y la duda no le llevan a elegir las respuestas más adecuadas.

—Totalmente de acuerdo —añade un tercero—. Los suspensos les están enseñando a ser fuertes y a descubrir que, mientras el partido no finalice, siempre hay posibilidad de remontar.

Y los tres padres de suspendedores se van tan contentos hacia sus casas. Sin embargo, apuesto a que sí has escuchado un intercambio de frases como este:

—¡Estos niños de ahora son un desastre!

—Son unos vagos, indolentes, pasotas y holgazanes… Eso es lo que son.

—Y encima, diles algo, que te contestan con un descaro… Son unos consentidos con aires de superioridad. Te miran como si no tuviéramos idea de nada…

El asunto de las calificaciones escolares se ha sobredimensionado de tal manera que, en muchas casas, los días en que se entregan las notas aparecen señalados de una manera especial en el calendario familiar. En algunos casos son días de fiesta y alborozo: *Tres días hay en el curso que relucen más que el sol, el de la primera, la segunda y la tercera evaluación.* Pero en otros se marcan como días de llanto y desolación: *Ay, pena,*

penita, pena, pena de mi corazón, llegan los suspensos con cada evaluación. Del mismo modo, hay padres que festejan sin medida los aprobados de sus hijos y los hay que dramatizan, igualmente sin medida, los suspensos.

Los asuntos relacionados con los estudios son importantes, pero lo son tanto como otros muchos temas que afectan al desarrollo de nuestros hijos: relaciones sociales, amistades, obediencia, hábitos, gestión de las emociones, gestión del ocio, habilidades de comunicación, resistencia a la frustración, valores que guíen su conducta y un largo etcétera. Sin embargo, cuando los padres les decimos a nuestros hijos: «Tú ahora céntrate en los estudios y aprueba», les estamos transmitiendo la idea de que lo más importante, e incluso lo único importante, es que estudien y aprueben. Bueno, en realidad, que aprueben sin estudiar no nos preocupa mucho…

El hecho de suspender se puede interpretar de varias maneras, y es esto lo que vamos a tratar a lo largo de este libro. De hecho, los padres de los suspendedores actuarán de diferente modo según sea su interpretación. Los suspensos pueden percibirse o bien como una señal que envían los hijos para comunicar que siguen necesitando guía, normas y ayuda para afrontar los temas académicos, o bien como la consecuencia del comportamiento de un «perezoso, caprichoso y molesto modorro». Tú eres quien decide cómo interpretarlo. Elige.

Debemos poner un poco de sensatez en la vorágine de despropósitos en la que se ha convertido el asunto de las calificaciones escolares. Solo así podremos ayudar tanto a nuestros hijos suspendedores como a nosotros mismos en la búsqueda de respuestas eficaces. Los suspensos son una realidad con la que conviven ellos y nosotros, y aunque, como veremos, las causas son diversas, se trata de una realidad con una etiología fundamental: tu hijo estudia poco.

Pero debemos tener en cuenta que los suspensos no son como los posos del café o las cartas del Tarot. No sirven para interpretar el futuro. Viven y se desarrollan en el presente, por lo que los padres debemos centrarnos en lo que podemos hacer *ahora* y dejar las habilidades adivinatorias para los «iluminados» que leen el futuro.

Si

nuestros

hijos

tienen


que

aprenderlo

todo,

es posible que puedan suspender algo

—Paqui, ¿tú sabes la diferencia que hay entre páramo y estepa? —pregunta Luis.

—¿Te pasa algo? ¿Por qué me preguntas eso? —responde Paqui, extrañada.

—Paqui, ¿sabrías conjugar el futuro perfecto del verbo hablar? —insiste Luis.

—Pues sí —dice Paqui, un poco irritada—. El futuro perfecto sería que dejaras de preguntar tonterías.

—No, mujer, no te enfades, si te lo decía porque igual no nos paramos a pensar en la ingente cantidad de conocimientos que nuestros hijos tienen que adquirir a lo largo de su vida.

—¿Ingente cantidad? ¡Vamos, hombre! Si los niños de ahora no saben nada. No tienen ni idea de dónde nace el Ebro, dónde desemboca el Guadiana, dónde está Guadalajara… ¡No saben nada!

A los padres nos gusta sumergirnos de vez en cuando en improductivos debates sobre «lo que yo sé» y «lo que tú no sabes». Y digo «improductivos» porque de antemano sabemos que hay muchas cosas que nuestros hijos no saben y que, sin embargo, a su edad, nosotros sí sabíamos.

«Pero, ¿qué estudiáis entonces?», preguntamos contrariados cuando sitúan caprichosamente Guadalajara en cualquier parte del mapa. Seguro que alguna vez has dicho algo como «¡Hay que ver la de tonterías que estudian estos niños ahora!». Lo dices tú, que aprendiste los ríos de España, su nacimiento y su desembocadura, sus afluentes por la derecha y por la izquierda. Tú, que aprendiste todas las capitales de Europa, Asia, América, África y Oceanía, y te encuentras ahora con que el Congo Belga, Biafra, Yugoslavia, Checoslovaquia o la Unión Soviética han desaparecido. Tú, que memorizaste todos esos poemas: «Abenamar, Abenamar, moro de la morería…»,

«Margarita, está linda la mar…», «Con cien cañones por banda…». Pero, ¿acaso por saber todo eso éramos mejores?

La mayoría de los conocimientos que se adquieren durante la escolarización son de carácter cultural, y existe un cierto consenso al considerarlos necesarios para adaptarse eficazmente a la sociedad. Son conocimientos que se aprenden en casa, en la escuela, en la calle, jugando, viendo la televisión, viviendo. Nuestros hijos han de aprender muchas cosas, y para ello van a necesitar pasar tiempo en casa, en la escuela y en la calle.

Por ejemplo, enseñamos a nuestros hijos a dormir solos en su cuna y en su cuarto desde bien pequeños porque no sé quién dijo que es bueno para el desarrollo de su autonomía. Pero aprender a dormir solos y a controlar el miedo a la oscuridad puede requerir mucho tiempo de aprendizaje y, de hecho, hay un montón de padres y madres que no reconocen que sus hijos siguen durmiendo con ellos, o que incluso les han expulsado de su propia cama. Aun así, los padres debemos de hacerlo bien, porque, al final, nuestros hijos terminan durmiendo solitos en sus camas y en sus habitaciones.

También les enseñamos a controlar sus necesidades fisiológicas, proceso que trae consigo el lavado de muchas sábanas, braguitas y calzoncillos. Y aprendemos a darnos cuenta de que si tu hijo se calla, se esconde detrás del sofá o se queda como paralizado, es que se está «cagando encima», porque, quizá, aún no hemos tenido tiempo de explicarle lo de las caritas sonrientes que pondremos en la puerta del cuarto de baño cuando tengamos éxito. Y, sin embargo, algo debemos de hacer bien porque, al final, nuestros hijos aprenden a controlar sus esfínteres y a limpiarse ellos solitos.

Acuciados por la necesidad de llevar una dieta sana y equilibrada, les enseñamos qué alimentos comer, cómo comerlos, a qué hora, etcétera. En este aprendizaje, más de un padre y una madre dejan caer alguna lágrima, pero, curiosamente, esas criaturas que comían como pajaritos, que parecían alimentarse del aire y que se acercaban demasiado a los límites de la desnutrición, cuando crecen, devoran bocadillos rellenos de cualquier cosa comestible.

Enseñamos a nuestros hijos hábitos de higiene, a protegerse de los peligros de la calle, a relacionarse con otros niños y adultos. Les enseñamos a recoger, a obedecer, a respetar… En resumen, nos pasamos la vida enseñando a nuestros hijos. Y cuando llegan al colegio, les siguen enseñando. Necesitaría escribir una enciclopedia

para detallar todo lo que se les enseña en el colegio. Echa un vistazo a los libros de texto que les has comprado para este curso y te darás cuenta de la cantidad de conocimientos que deben adquirir… Y el próximo año, más. Pero no olvides que todo lo que les enseñamos, tanto en casa como en el colegio, requiere un tiempo de aprendizaje, de puesta en práctica, de asimilación y de generalización. Por tanto, si deben aprender tantas y tantas cosas, ¿no te parece lógico que durante todo este proceso de culturización, de formación personal y académica, de adquisición de conocimientos, de procedimientos y de valores aparezca en algún momento el error?

Equivocarse, confundirse, ofuscarse, tergiversar, desatinar, fallar, reincidir, pasarse de listo, errar el tiro, meter la pata, dar un traspié, no dar pie con bola, tomar una cosa por otra, ir descaminado, dar una en el clavo y ciento en la herradura o tomar el rábano por las hojas son situaciones lógicas del acto de aprender. Y puesto que suspender es algo tan natural como tropezarse cuando vas andando por la calle, quedarse afónico cuando gritas o cansarse después de correr, ¿por qué a los padres nos angustian tanto los suspensos de nuestros hijos?

El lugar donde se suspende se llama escuela Solo se suspende en la escuela. ¿Acaso hay niños que suspenden en dormir? Los padres de esos niños que se acuestan los últimos y que se levantan al rato no suelen decir: «Mi hijo ha vuelto a suspender esta noche porque no ha dormido de un tirón». Y nadie dice:

«Mi hijo ha suspendido en comer garbanzos, pero saca sobresaliente cuando come pasta con tomate». No, no se suspende en andar, en hablar, en comer, en dormir o en dar besitos a la tita Ramona… Únicamente se suspende en la escuela.

El comienzo de la escolarización de nuestros hijos ocupa un lugar importante en las celebraciones familiares. Hoy día, son muchos los padres que, antes de que nazcan sus retoños, ya están pensando en el colegio al que les gustaría llevarlos y en los obstáculos que se encontrarán para lograrlo (empadronarse, puntos por trabajo, por antiguo alumno, etcétera). Después, cuando se ha conseguido que la criatura entre en el centro deseado, allí nos presentamos el primer día padres, madres, abuelitos y padrinos para grabar con el móvil el inicio de la escolarización. ¡Nuestro hijo o nuestra hija ya está en el colegio!… ¡Ay, cómo pasa el tiempo! Nos sentimos felices, y en ningún momento nos damos cuenta de que acabamos de llevar a nuestro hijo al lugar donde nacen, crecen y se desarrollan los suspensos.

La palabra «suspenso» llega a nuestras casas de la mano de las

actividades escolares que los niños realizan desde bien pequeñitos. Sus experiencias de aprendizaje en el colegio estarán mediatizadas por un documento en el que se va a emitir un veredicto sobre si la cosa —la de aprender— va bien o no. Es durante la educación infantil cuando un día nuestros hijos llegan a casa con su primer boletín de notas. En efecto, por más que se las quiera disfrazar de semáforos de colores, de «conseguido», «no conseguido»,

«en proceso», llegan las primeras notas. Así, si las ves llenas de semaforitos en los que brilla la luz roja o ámbar, la cara que se te queda es de todo menos de satisfacción. En ese instante los padres sufren su primera decepción académico-filial, que no es nada comparada con la decepción, la frustración y la rabia que la criatura va a experimentar en cuanto algún compañero le haga ver que las lucecitas rojitas del semaforito no son un adorno que ha pintado la maestra, sino una señal de ¡atención, peligro! sobre algo que debería saber ya y que no ha demostrado saber. En efecto, los primeros suspensos llegan a casa por Navidad, como el turrón… Y a partir de ahí, ese semáforo en rojo o en ámbar (te han dicho que no tiene importancia, que no es más que un indicador…) comienza a ir acompañado de frases como «se va quedando un poquito atrás» o «no sigue el ritmo». Pero la frase que asusta de verdad es esa que lees o escuchas en tono presagioso: «El año que viene comienza primaria, y ya no será como en infantil»…

Es cierto, en primaria los niños ya no se dedican a jugar y las metáforas pasan a mejor vida. Del semáforo rojito pasamos, y sin anestesia, al cero patatero. Y es en primaria cuando te dejan caer eso de «Tiene que hacer en casa lo que no hace en la escuela porque, de lo contrario, la avería será cada vez más seria».

Durante esta etapa, que se nos hace bastante larga, comienza a haber algunos suspensos habituales, pero, con un poquito de ayuda por aquí y por allá, vamos tirando. Pero llegan los últimos años de primaria y los suspensos vuelven a presentarse acompañados de un mal augurio: «Este niño, sin base alguna, como siga así, en secundaria se va a estrellar». Lo que más te asusta es descubrir que tu hijo se encuentra

«sin base alguna». Es decir, tortazo seguro. Que repita un año, a ver si madura…

Y pasa un año y llega la temida secundaria. Y con ella, quizá, un cambio de centro.

¡Nuestra criatura ya está en el instituto! Entonces los suspensos

adquieren una dimensión dramática, porque nuestros hijos… ¡ya son adolescentes! Los padres escuchamos las palabras «adolescente» y «suspenso» y no hace falta decir mucho más, porque nosotros solitos seguimos: malas amistades, rebeldía, tabaco, alcohol, desobediencia, fracaso, repetidor… Y al llegar a este punto, el miedo nos paraliza. En secundaria interpretamos los suspensos como el principio del descontrol… «Con lo dócil que era», «se ha convertido en un total desconocido, no le reconozco», «no se deja ayudar»…Muchos padres descubren que sus hijos, aquellos niños tan bonitos, con esos mofletitos sonrosados, se han vuelto unos seres desafiantes, contestones y desobedientes.

Con la llegada de los hijos al bachillerato, en algunos casos a costa de «sangre sudor y lágrimas», como dicen algunos padres, a los suspensos se les une otra gran preocupación: la nota. La nota que va a determinar si tu hijo podrá matricularse en la carrera universitaria que desea o si, por el contrario, quizá a falta de unas centésimas, no podrá estudiarla. Está claro que lo de la nota genera una importante dosis de ansiedad, tanto en hijos como en padres, que vivimos estos cursos del bachillerato como si en ellos se fuera a decidir todo su futuro.

Curiosamente, el chaval suspendedor, a fuerza de constancia y de ayudas diversas («parece que está madurando»…), llega a la universidad, donde, por primera vez, después de dieciocho años, oirá decir a sus padres algo asombroso: «En el primer año es normal suspender, es un cambio importante… Necesitan tiempo hasta que se centran».

¡Toma ya!

Suspender: el inseparable compañero de viaje de aprender

Paqui está hablando con su hermana por teléfono y está temiendo que le pregunte por las notas de los niños. Son ganas de preocuparse, porque sabe que la ha llamado para preguntárselo. Así que, después de los consabidos saludos de cortesía, sin dar tiempo a nada más, la hermana de Paqui le suelta:

—¿Qué tal las notas?

—¿Las notas? —dice Paqui haciéndose la sueca, porque si el niño hubiera aprobado todas, se habría hecho la finlandesa y ya habría llamado a casa de su hermana para recitárselas una a una.

—Las de los niños. ¿Qué tal ha ido la evaluación?

—¡Ahhh, bueno! —contesta Paqui, con un tono bajito y una duración de tiempo lo suficientemente larga como para pensar si es mejor decir la verdad o no—. Fatal. Seis —termina disparando Paqui.

Su hermana, sin mala intención, pero un poquito retorcida, dice:

—Paqui, mujer, un seis no es fatal… Con un seis hay un montón de padres y madres que saltarían de alegría.

—Hermana, pareces tonta. Que le han quedado seis.

—¡Vaya por Dios! ¿Y qué ha dicho Luis?

—Pues qué va a decir, lo normal…

Y la hermana de Paqui, dale que te dale, sin dar un respiro:

—Mira, Paqui, yo creo que, si no hacéis algo, el niño se os va de las manos, que está entrando en una edad muy mala.

A lo que Paqui, con un ligero tono de enfado, contesta:

—¿Crees que no hacemos nada? ¿Crees que le animamos a que le queden seis? ¡Ha estado casi un mes entero castigado sin móvil! Tiene su cuarto para estudiar, no le molesta nadie, hablamos con sus profesores, Luis le pregunta y le dice que nos pida ayuda cuando lo necesite. Ya no se qué más podemos hacer. No sé por qué suspende, si es porque está mal, si no ha madurado, si le pasa algo, si es un fresco…

—Bueno, hija, no te pongas así, que yo solo te lo decía por ayudar…

Y es que muchas veces las ayudas que nos llegan desde fuera son sogas con una gran piedra que cuelgan de nuestros cuellos.

Suspender, ya lo hemos visto, es una palabra muy fea, ambigua y con muchas posibilidades de convertirse en un lastre. Una palabra que a menudo usamos con diferentes propósitos pero que, como ya dijimos, tiene un significado fundamental: que tu hijo el suspendedor *no ha estudiado lo suficiente.* Porque eso es lo que ocurre en la mayoría de los casos. No estudiar lo suficiente es una horquilla que abarca desde los que no han estudiado nada hasta los que sí han estudiado…, pero no lo suficiente.

Suspender pese a haber estudiado mucho, cuando es un hecho aislado, no suele ser motivo de preocupación (como tampoco lo es aprobar sin

haber estudiado), por lo que a estos casos los denominaremos «las gallinas que entran por las que salen», como diría José Mota.

Ya hemos dicho que suspender es un hecho que ocurre exclusivamente en el ámbito académico, es decir, un acto enteramente vinculado al acto de aprender. Aprender es el motor de nuestro desarrollo, un tesoro que le da sentido y significado a nuestra vida.

Somos puro aprendizaje, somos lo aprendido y seremos lo que aprendamos. Aprender es la máxima satisfacción que experimentamos. Aprender es ser el principal protagonista de nuestra propia vida. Aprender es vivir.

Pero esta experiencia cotidiana lleva como compañero de viaje a un pasajero que tiene la capacidad de hacer sentir inútil al aprendiz, un pasajero de lo más molesto que se llama suspenso.

Aprender es adquirir el conocimiento de algo por medio del estudio, el ejercicio o la experiencia. Por tanto, para aprender se necesita experiencia, ejercicio y estudio.

Aprendemos mediante experiencias, pero la experiencia no la da simplemente el paso de los años (los años dan, sobre todo, trienios y arrugas). La experiencia es el conocimiento de algo que se adquiere al haberlo realizado, vivido, sentido o sufrido una o más veces. Nuestros hijos aprenden mediante experiencias —al igual que aprendemos los padres—, pero con una diferencia: nuestros hijos tienen un repertorio de experiencias mucho más limitado que el nuestro.

¿No entrará dentro de lo lógico que esta falta de experiencia, así como las características propias de las experiencias de niños y adolescentes, influyan en sus aprendizajes?

«Hijo, estudia ahora y luego tendrás toda la tarde libre»… Parece que este es un mensaje que los padres transmitimos a nuestros hijos a partir de nuestra experiencia.

Sin embargo, a ellos no les sirve de nada porque no forma parte de su experiencia.

Muchos padres dicen a sus hijos: «Si yo hubiera sabido esto antes…». Pero de todos es sabido que no se aprende de errores ajenos.

Se aprende, también, mediante el ejercicio y los procedimientos. Así se mejora en competencia lectora cada vez que se lee; se mejora en la escritura cada vez que se escribe; en el lenguaje oral cuando se

habla… Ejercitarse —es decir, practicar— es una estupenda forma de aprender. Pero tiene una pequeña pega: solo sirve para aprender si va unido al deseo, a la voluntad, a la intención de aprender.

Por tanto, ¿no te parece lógico que esta falta de voluntad —intencionalidad—

influya en sus suspensos? Por ejemplo, ¿crees que es apasionante para un niño el aprendizaje de los ecosistemas, la pradera, el bosque y el litoral? Está claro que, si no hay motivación, no basta con hacer ejercicios para aprender. Y los ecosistemas, que son apasionantes, necesitan de un apasionado que los enseñe.

Se aprende estudiando. Estudiar es aplicar la inteligencia para adquirir conocimientos. Si no se aplica la inteligencia, no se puede aprender; como mucho, se podrá memorizar un contenido de una determinada materia, pero poco más. Y desde mi punto de vista, aquí está el quid de la cuestión. El uso de la inteligencia para aprender es la piedra angular del aprendizaje y, por tanto, de los suspensos.

Nuestros hijos, cuando están en la escuela, son los alumnos de sus profesores, es decir, son los alumnos del colegio en el que están matriculados. Es allí, en el centro, donde se encuentran con el currículo escolar, que es donde se prescribe lo que hay que enseñar y aprender. En las páginas de los libros de texto están los contenidos que tus hijos deben estudiar.

Pero, ¿quién enseña a estudiar? Muchas veces actuamos como si se tratara de algo que los niños traen de serie en su código genético: enfrentarse a una materia, observarla, organizarla, sintetizarla, resumirla, almacenarla, relacionarla, exponerla… Por lo general, a los estudiantes no se les enseña a estudiar, sino que desde el primer día se les enseñan contenidos, se les ponen tareas para que se ejerciten, exámenes para evaluar conocimientos, etcétera. Pero, repito, ¿quién enseña a estudiar? ¡Si incluso las técnicas de estudio aparecen como algo extracurricular, como si su dominio nada tuviera que ver con el proceso de enseñanza-aprendizaje! Pero estudiar es una pieza clave de dicho proceso. En los centros educativos debería enseñarse a estudiar, porque es a los que

enseñan a quienes les corresponde asumir la tarea de enseñar a aprender. Y esto debería hacerse desde el primer día.

Si nuestros hijos no saben estudiar, ¿cómo van a aprender?, ¿cómo no van a suspender?

¿Suspendió alguna vez mi dentista?

Paqui, que está sentada en un confortable sofá en la salita de espera de su dentista.

Mientras hojea distraidamente una revista, se fija en el título universitario de este y en la enorme orla con las fotos de todos los compañeros de promoción que están colgados en la pared. Nunca antes había reparado en la orla, así que, acuciada por la curiosidad, se levanta y se acerca a la fotografía. Los nombres puestos debajo de cada una de las caras le resultan diminutos, así que decide repasar las caras, una a una, hasta dar con la del prestigioso doctor que había arreglado con mimo lo que la falta de calcio se empeña en estropear. Sin lugar a dudas, su dentista es una eminencia sujetando dientes empeñados en saltar de su mandíbula.

Y allí, mientras mira la foto de su entonces jovencísimo dentista, a Paqui, que vive pesarosa por los suspensos de su hijo, le viene un pensamiento que le hace reír: «¿sería un buen estudiante?, ¿aprobaría todas?, «alguna vez le dijeron sus padres algo como:

“¡Tú sigue así, que serás un desgraciado!”?».

¡No te imaginas la tranquilidad que sintió Paqui en ese instante con esa ensoñación!

Y puestos a pensar en la actividad suspendedora de conocidos, tomó carrerilla y se preguntó: «¿Y Dori?, ¿y Arturo? Son mis amigos, confío en ellos, son unos padres estupendos, buenos profesionales en sus trabajos… Pero ¿suspendieron alguna vez?

Cuando eran niños y adolescentes, ¿eran buenos estudiantes?». Y así empezaron a desfilar por su mente muchos de sus amigos y conocidos: el mecánico que en ese momento arreglaba su coche en el taller; el pescadero que no solo le limpia con destreza los jureles, sino que, además, le da la receta, con todo lujo de detalles, para cocinarlos.

Tras repasar a tanta buena gente, Paqui se dio cuenta de que únicamente preguntamos si son buenos estudiantes a los amigos de nuestros hijos en su niñez y adolescencia. Y hacemos de los suspensos tragedias domésticas, unos dramas en los que aprendemos diferentes y variadas formas de sufrir, de echar en cara el sufrimiento, de pelear contra la desesperación.

RECUERDA

- Tus hijos son mucho más que las notas que sacan.
- Suspender no es fracasar. Suspender es una señal que indica a tu hijo que debe hacer algo diferente respecto a los estudios, y una señal para ti que te indica que hay que intervenir.
- Los suspensos afectan, lógicamente, al estado de ánimo. Por eso hay que vacunarse. Es muy difícil ejercer la tarea de padre o madre desde el desánimo.
- Cuando llegan los suspensos a casa, nunca se sabe cuánto tiempo se quedarán. Por tanto, es necesario proteger los afectos y poner «los cariños» a salvo. Los suspendedores y sus padres necesitan que los afectos estén blindados.

Si crees que el futuro de tus hijos está ligado a sus notas, a sus calificaciones, a sus suspensos, es normal que estés asustado. Si, por el contrario, piensas que su futuro está ligado a otras muchas cosas, te sentirás animado a seguir mostrando a tus hijos todo lo que somos capaces de hacer para afrontar tanto los buenos como los malos momentos.

Nuestros hijos tienen que seguir creciendo, con aciertos y con equivocaciones, y llegarán a ser como toda esa buena gente —personas corrientes y trabajadoras— que nos rodea y en la que tanto confiamos.

Pero, mientras tanto, hasta que llegue ese día, Paqui y Luis —pim pam, pim pam—

intentan educar lo mejor que saben.

2

LOS SUFRIDOS PADRES

DE LOS SUSPENDEDORES

El compromiso de los padres es educar

Paqui y Luis, como todos los padres de suspendedores, saben que tienen una conversación pendiente entre ellos. Luis, de un día para otro, le dirá a su mujer algo así como «¿Y qué vamos a hacer con el niño?». Y sabe que, entonces, Paqui le contestará: «Eso digo yo, ¿qué vamos a hacer con el niño?».

Y es que esto de educar hijos resulta ser más complicado de lo que uno imaginaba cuando aún no los tenía.

Paqui recuerda con qué aplomo Luis le hablaba a ella y a sus amigos sobre cómo educar a los hijos sin cometer errores: «Educar es básicamente aplicar el sentido común». Y afirmaba con rotundidad: «Los niños no necesitan chupete; solo requieren que sus padres se muestren seguros y firmes». O hablaba sobre los padres melindrosos con las comidas de los niños: «Los niños tienen que comer a sus horas y lo que toque. Y punto». O sobre la disciplina y el orden: «Los hijos son moldeables, y con disciplina se aprende a obedecer». O de la importancia de la comunicación con los hijos: «Con los hijos hay que hablar de todo, porque la comunicación es la clave de la educación». Paqui lo escuchaba y le daba mucha tranquilidad saber que para cualquier problema Luis siempre tenía una respuesta.

A los tres días de nacer su primer hijo, Paqui, Luis y su retoño durmieron en casa por primera vez. Esa misma noche, a las seis de la mañana, Luis fue en busca de una farmacia para comprar un chupete. Y desde ese momento, Paqui y, sobre todo, Luis supieron que lo de educar a los niños no es tan sencillo como imaginaban.

Cuando los padres nos preguntamos: «¿Qué podemos hacer con nuestros hijos suspendedores?», por lo general, en nuestra cabeza lo que buscamos es una fórmula mágica, una receta infalible y rápida que dé solución a nuestro problema: «Algo tiene que existir, algo que podamos poner en práctica y dé la respuesta deseada: que el niño apruebe». De modo que nos ponemos manos a la obra, hacemos todo lo que se nos dice que hay que hacer y terminamos contestando «eso ya lo he probado» cada vez que

alguien nos sugiere un nuevo camino. Es verdad, los padres de

suspendedores probamos de todo, por las buenas, por las malas y por las regulares. Es más, si no funciona esto, se prueba a pedir ayuda a las más altas instancias…, que le pregunten a san Judas Tadeo, patrón de los imposibles, cuántos encargos recibe cuando se acercan las fechas de los exámenes.

Los padres de suspendedores no son unos padres pasivos a los que les importe un pimiento lo que hagan sus hijos. Por el contrario, son padres que se preocupan mucho por ellos y que constantemente están en búsqueda de respuestas, aunque me temo que en la dirección equivocada, porque se ofuscan en alcanzar algo que es imposible, algo que está más allá de sus posibilidades. Para conseguir «que la criatura apruebe» muchas veces los padres recorren un camino en el que apenas tienen el control, lo que hace que se sientan perdidos y cada vez más frustrados.

«Que la criatura apruebe» está fuera de nuestro alcance, porque quien tiene que estudiar no es ni el padre ni la madre, sino el suspendedor, y el camino que lleva hasta el aprobado solo lo puede recorrer él. De poco o de nada sirve lo que hagamos los padres, pues los únicos que pueden avanzar para alcanzar el objetivo son nuestros hijos.

Pero, eso sí, lo primero y principal que necesita un niño suspendedor es que sus padres lo sigan educando.

Educar consiste en enseñar a nuestros hijos que nuestras creencias, nuestras ideas, nuestros valores y nuestras maneras de sentir nos llevan a actuar de la forma en que lo hacemos. Pero, para ello, debemos estar convencidos de que de ese modo aprenderán comportamientos adecuados para integrarse en el mundo en el que vivimos.

Por tanto, cuando educamos los padres somos guías. Y lo queramos o no, somos modelos. Modelos a imitar o modelos a criticar.

Nuestros hijos, cuando suspenden, necesitan guías claras de comportamiento, y por eso es imprescindible la presencia de unas reglas básicas que pongan límites a sus comportamientos. Del mismo modo, deben saber lo que es tolerable y lo que no lo es, y esta información debemos proporcionársela los padres mientras ejercemos la tarea de educar. Esto nadie lo pone en duda, pero debes saber que tu hijo suspende no por falta de normas —o porque desconozca cuáles son sus responsabilidades—, sino porque, simplemente, las incumple. Desde este punto de vista, educar no es que sea difícil; lo difícil es lograr que nuestros hijos acepten a rajatabla, y a la primera, los

modelos y las guías de conducta que configuran nuestro arsenal educativo.

Porque educar no solo es una propuesta de intenciones; es una manera de actuar, de relacionarnos con nuestros hijos, de comunicarnos con ellos. Y en todos los procesos de interacción y comunicación surgen conflictos, que debemos entender como algo natural, como algo que forma parte de las relaciones entre padres e hijos. Los suspensos son un conflicto más de los muchos que surgen en la tarea de educar, y al mismo tiempo, una estupenda oportunidad de enseñar a nuestros hijos maneras eficaces de afrontar los problemas.

Pese a los suspensos, nuestros hijos son y serán lo que ellos decidan. Los padres, con mucho amor, con normas y límites, con confianza y mucha paciencia, les enseñamos todo aquello que creemos que les ayudará. Esto es lo que está en nuestras manos y en eso consiste ejercer de padre.

Así pues, podemos preguntarnos: ¿qué modelo de padre es el más adecuado para hacer frente a los suspensos? ¿Un padre que se desmoraliza ante las adversidades?, ¿un padre que culpa a sus hijos?… ¿O un padre que, ante la adversidad, busca maneras efectivas de responder?, ¿un padre que, aunque molesto por los suspensos, anima, apoya y guía a su hijo?

Durante la infancia y la adolescencia, muchos son los temas que a los padres nos preocupan, pero el principal son los estudios, las tareas escolares, los suspensos. Los padres tenemos la absurda creencia de que las notas son un indicador fiable de cómo va discurriendo el desarrollo de nuestros hijos. Si aprueban, todo va bien, y lo tomamos como una señal inequívoca de que estamos actuando bien. Sin embargo, si suspenden, de inmediato salta la alarma y nos sentimos con la carga de que hay algo que no estamos sabiendo gestionar adecuadamente.

Si los padres nos responsabilizamos de los suspensos de nuestros hijos, ¿cómo no vamos a sentirnos frustrados? Nos frustran los suspensos por diferentes razones, pero me gustaría destacar tres: las prisas, las comparaciones (que son odiosas) y los pensamientos irracionales que generamos los padres de suspendedores.

Educar requiere tiempo

Desde el instante en que conocemos la feliz noticia de que vamos a ser padres, una sensación de inquietud y desasosiego nos acompaña. Creemos que se apaciguará con el tiempo, y nos decimos frases del tipo: «A ver si pasan los tres primeros meses del embarazo para asegurarnos de que la criatura está bien agarrada», «a ver si llega el cuarto mes y nos dicen si va a ser niño o niña», «a ver si llega el día del parto»… Por no hablar de cuando ya tenemos en casa a nuestro bebé. Nos pasamos el día esterilizando

biberones, chupetes y deseando que duerma cinco horas seguidas, «a ver si comienza ya a tomar cereales», «a ver si comienza a comer fruta», «a ver si empieza a masticar»… Y

después «a ver si anda», «a ver si habla», «a ver si lo llevamos al centro infantil», «a ver si comienza el colegio», «a ver si ya podemos dejarlos solos en casa», «a ver qué tal le va en secundaria», «a ver los amores», «a ver la selectividad», «a ver la universidad», «a ver si encuentra trabajo pronto», «¡a ver si nos hacéis abuelos!»… Y así se pasa la vida, a base de «a ver y más a ver», y cuando nos queremos dar cuenta, nuestros hijos han crecido y nosotros tenemos el cuerpo lleno de trienios.

Muchos padres educamos tal y como vivimos, deseando que lleguen los viernes y deseando que los hijos crezcan rápido. Vivimos en la época de la inmediatez, de «el tiempo es oro», los tiempos de las prisas. Por eso algo tan cotidiano como un suspenso se convierte en una enorme tragedia. Deseamos que los problemas del presente los solucione el simple discurrir del tiempo, como si eso fuera suficiente para hacer desaparecer las dificultades que nos acechan mientras educamos. Muchos padres viven con angustia el proceso de crecimiento de sus hijos, se inquietan por los gramos, los percentiles, las notas, las amistades…

Pero no olvides que en una vida solo hay tiempo para hacer las cosas que se hacen en una vida. Nuestros hijos son bebés durante apenas doce meses, y son solo unos cinco o seis años de infancia, de niñez… Después llega la adolescencia (a algunos nos parece que dura un siglo), y ten en cuenta que la tarea de educar es siempre agotadora, porque el horario es de jornada completa, y sin vacaciones. Es decir, tenemos todos esos días para educar y enseñar a nuestros hijos cuál es la actitud más adecuada ante los problemas y las dificultades de la

vida.

Obviamente, los padres no podemos estar contentos o satisfechos con los suspensos de nuestros hijos, y el malestar se lo debemos comunicar con claridad. Pero, una vez transmitido, no podemos permitir que ese descontento lo contagie todo. De hecho, los padres de hijos suspendedores necesitan esforzarse para disfrutar más del presente. Sé que es difícil, pero ten en cuenta que muchas veces para sentirse bien hay que hacer un esfuerzo, y de ese modo enseñarás a tu hijo que, además de los fines semana, hay otros cuatro días estupendos para estudiar, ir al colegio, hacer los deberes, ver la televisión, hablar con los amigos… En resumidas cuentas, para vivir.

Las comparaciones son odiosas

Otra razón por la que los suspensos nos hacen sentir mal surge del hecho de que los padres creemos que «algo no estamos haciendo bien». Y mira tú por dónde, eso es

verdad. Los padres no somos perfectos, por lo que es más que probable que haya algo que no hagamos bien.

«Estaré demasiado centrado en el trabajo», «Debería pasar más tiempo con ellos»,

«Soy excesivamente blando», «Soy excesivamente duro», «Debería haberle matriculado en otro colegio»…Con pensamientos de ese tipo intentamos hacer un repaso a lo que los padres hacemos y no hacemos bien, a todo eso que creemos está influyendo en los suspensos de nuestro hijo.

Pero, ¡madre mía!, si comienzas a elaborar una lista con lo que haces y no haces, te aseguro que la vas a liar parda: necesitarás, como poco, dos folios, y seguramente un par de Valium para poder dormir. Y ahí está el problema: en lugar de destacar y valorar todo lo que hacemos por nuestros hijos —y créeme que es mucho—, nos dedicamos a fustigarnos pensando en lo que podríamos haber hecho para que el niño respondiera de forma diferente. «¡Dios mío! El problema no es solo que el modorro de mi niño no estudie, sino que, además, tiene unos padres incompetentes»… Llegados a este punto, mucho me temo que con el par de Valium no vas a tener suficiente.

¿Cómo sabe un padre que es competente? Estaríamos equivocados si pensáramos que lo es cuando sus hijos se «comportan» de una manera socialmente adecuada. Y es que, en efecto, los padres buscamos información sobre nuestra competencia mediante la comparación con otros padres. Y todos sabemos que las comparaciones son tan inútiles como inevitables. Sí, inútiles, porque nuestros hijos tienen los padres que tienen y no otros (de hecho, los muy modorros a veces nos dicen: «si vosotros fuerais como los padres de fulanito…», dándonos a entender que los responsables de su modorra somos los padres y no ellos); inevitables, porque los seres humanos nos vemos influenciados por las vidas de quienes nos rodean. Necesitamos a los demás porque nos dan información sobre si lo que hacemos, pensamos o sentimos está validado o no lo está.

Así pues, cuando nuestros hijos suspenden, buscamos un modelo de «hijo que aprueba»

para que se fijen en él. Entonces decimos frases como «mira a tu primo», «mira al hijo de fulanito», «mira a tu amigo»… O sea, que les estamos pidiendo que copien lo que hacen otros porque, además, «tú eres mejor que ellos».

Esta comparación, pese a estar hecha con la mejor intención, nos causa serios problemas. ¿Qué tienen el primo, el hijo del vecino o el amigo que no tenga mi hijo?

Viven en el mismo barrio, incluso van al mismo colegio y tienen los mismos profesores… ¡A ver si somos nosotros los que estamos haciendo algo mal!

Cuando nuestros pensamientos se desbocan

«¿Pero qué he hecho yo para merecer esto?», entonan los padres de los suspendedores, a veces con resignación, a veces con la yugular a punto de reventar, pero siempre con la tristeza y el temor de que el suspenso sea la confirmación de que «la criatura se nos está yendo de las manos».

Si esta misma noche, cinco minutos antes de acostarte, imaginaras la vida de tu hijo dentro de veinticinco años y lo vieras con su familia, con sus hijos (que son tus nietos), y ves que te llama por teléfono para decirte que el próximo fin de semana os vais a reunir con él y su familia en el chalecito que tiene en el campo, ¿dormirías tranquilo esta noche? Supongo que sí.

Sin embargo, la realidad es que cuando tu hijo suspende, te pasas mañana, tarde y noche pensando algo bien diferente: «Este niño tiene un problema en la cabeza, algo no funciona bien», e incluso haces una lista de los parientes de tu pareja que, según tú, no están muy bien de la azotea. Imposible dormir con ese runrún. De hecho, cada vez estás más asustado y no paras de repetirte frases como «Este niño no está maduro. Como siga así, va a ser un desgraciado, porque no tiene capacidad para organizar su vida y se deja influir por cualquiera» (claro está que solo se deja influir en lo malo).

Cuando uno está asustado, lo primero es reconocer que se tiene miedo. Si no se hace, ten por seguro que los pensamientos irracionales te devorarán…

Pero te sugiero que te hagas la siguiente pregunta: ¿de verdad crees que el futuro de una persona depende de sus notas? Porque, como si no fuera suficiente con buscar

«averías» en nuestro hijo suspendedor, comenzamos a buscarlas en nosotros mismos:

«¿Qué he hecho mal, en qué estamos fallando?». Y por si fuera poco, algunos seres queridos cercanos ya se encargan de echarnos una mano para afianzar y agrandar el reproche y el temor: «Al niño lo tenéis muy consentido; necesita un escarmiento». Y

frases por el estilo.

Muchos padres de suspendedores podrían llamarse *«Isi»,* porque se pasan el día con pensamientos que comienzan con un «Y si…» al que suelen seguir horribles posibilidades:

Y si el niño sigue suspendiendo terminará abandonando los estudios.

Y si el niño suspende, tendrá que repetir y entonces se juntará con lo peor.

Y si el niño sigue suspendiendo es porque hay algo dentro de su cabeza que no funciona.

RECUERDA

- Los padres educamos, y educar es guiar y señalar con claridad las normas y los límites.
- No olvides que, puesto que hay normas y límites, existe la posibilidad de que se puedan incumplir, lo que acarreará consecuencias.
- Estas consecuencias no deben ser fruto de la ira ni de la decepción. Y mucho menos deben albergar deseos de venganza. Simplemente mostrarán a nuestros hijos cómo sus padres reaccionarán en esas situaciones.
- No educamos para estar tranquilos, sino porque tenemos un compromiso —basado en el amor— con nuestros hijos.
- Ten en cuenta que educar es una siembra con cosecha tardía.
- No tengas prisas por los resultados. Céntrate en lo que tú como padre puedes hacer.
- Procura no comparar demasiado, y si no puedes evitarlo, procura que sea para aprender de otros y no para machacarte.
- Cuidado con lo que piensas. Lo que pensamos dirige nuestras emociones y conductas.

Son pensamientos irracionales que nos asaltan y nos provocan miedo. Y el miedo siempre paraliza y nos hace caer en el descontrol.

EJERCER DE PADRES

¿Poli bueno y poli malo?

—Paqui, siempre te pones del lado del niño, y así no le ayudas.

—No, Luis, no es verdad. Lo que pasa es que tú solo ves defectos y más defectos.

—Eso no es cierto. Yo sé que el niño tiene muchas cosas buenas.

—¡Pues nunca se las dices!

—¡Porque ya se las dices tú!

Paqui se queda mirando a Luis y piensa: «Pero ¿cómo podemos ser tan diferentes?…».

Lo cierto es que en los momentos de preocupación las diferencias de criterio con nuestras parejas no nos parecen enriquecedoras, sino todo lo contrario. Todos los manuales de educación destacan como principio básico que los dos progenitores vayan siempre en la misma dirección, y la mayoría de los padres seguro que lo suscribirían.

Sin embargo, la realidad nos dice que, cuando llegan los suspensos, los dos miembros de la pareja suelen discrepar en los modos y en las formas de educar, y eso que sabemos que esa discrepancia perjudicará tanto a nuestros hijos como a nosotros.

Y es que no es nada fácil estar en completa y continua sintonía con la pareja. La razón es sencilla: los padres somos personas diferentes: diferentes personalidades, diferentes gustos, diferentes modos de hacer las cosas… Hay padres impulsivos que conviven con padres reflexivos, también los hay que se agobian rápidamente mientras su pareja es la tranquilidad personificada y, por supuesto, también hay padres ocupados que conviven con padres preocupados.

Está claro: en muchos sentidos nuestras parejas son muy distintas de nosotros. Y no hay duda de que nuestra forma de ser, de pensar y de sentir influye directamente en la forma de educar. Cada padre está convencido de que lo que piensa y siente cuando educa es lo correcto.

Nuestros hijos tienen una gran facilidad para descubrir las discrepancias entre sus progenitores, por lo que rápidamente saben qué pueden pedir a quién, cuándo y dónde.

Este es el origen a una situación familiar enormemente conflictiva, la que se produce cuando nos sentirnos desautorizados o cuestionados por nuestra pareja en algo referente a la educación de los hijos. Y, lo que es aún peor, en muchos casos esto tiene lugar con ellos como testigos.

A veces los padres nos parecemos a esos policías de las películas de serie B, el poli malo y el poli bueno, y nos intercambiamos el papel según el día que tengamos. De modo que, cuando vemos a nuestra pareja reñir a nuestros hijos, pensamos que está exagerando, que se está pasando con esas voces… Y lo mismo pensará él o ella cuando seas tú quien regañe al niño.

¿Te suena esta película? La versión más retorcida se produce cuando el poli bueno, haciéndose el ofendido, amenaza a sus hijos con un «cuando venga el poli malo os vais a enterar». Cuestionar y desautorizar a la pareja trae consigo un peligroso juego de poder entre los padres que puede dar como resultado la inhibición del padre o madre cuestionado.

No es fácil que dos personas diferentes actúen al unísono. Por eso los padres tenemos que hacer un esfuerzo, pues solo reconociendo —y aceptando— esas diferencias, podremos acercarnos a una educación compartida. Para educar correctamente, los padres no tenemos que ser idénticos. Tenemos que ser lo que somos, es decir, dos personas diferentes con un objetivo común: educar a nuestros hijos. Estos se enriquecen con las diferentes formas de ser de sus progenitores y lo único que necesitan saber es que, aun siendo distintos, transmitimos los mismos mensajes.

En ocasiones se toman decisiones que la pareja no comparte, y viceversa. Ese es el momento en el que hablar con tranquilidad resulta imprescindible, y después de exponer los respectivos puntos de vista, se tomará una decisión. Si creemos que hay que echar marcha atrás en una decisión que ya se tomó, no pasa nada, se le comunica la nueva a los hijos, ¡y a aguantar el temporal!

Asimismo hay padres que delegan en su pareja la toma de decisiones. Si eres de esos, ¿no te parece que deberías apoyar lo que él o ella decida? Nuestros hijos se enriquecen con las diferentes formas de ser de sus padres. Solo necesitan saber que, aun siendo tan diferentes,

transmiten los mismos mensajes.

¿Somos unos incompetentes?

A menudo leo en la prensa, veo en televisión o escucho decir a compañeros de trabajo y a amigos que una buena parte de los problemas que presentan los niños y jóvenes de hoy tiene su origen en la incompetencia de los padres, «porque *no saben educar,* y son unos comodones», «porque *no saben educar*, y miman demasiado a sus hijos»…

El «no saben educar» se ha convertido en una especie de mantra que, de tanto repetirlo, ha calado en muchos padres. Es por eso por lo que cuando tu hijo suspende te sientes un incompetente. En las últimas décadas la preocupación de los padres sobre la educación de sus hijos se ha incrementado muchísimo. De hecho, los progenitores de hoy en día son los que más tiempo dedican a educar y los que disponen de un mayor acceso a la información para hacerlo correctamente. Y, sin embargo, son los que más insatisfechos se sienten… Y, además, los más criticados.

¿Por qué esta sensación de incompetencia?

En mi opinión, vinculamos en exceso la tarea de educar con el comportamiento de nuestros hijos, de manera que si estos se comportan bien, estudian y no se meten en problemas, pensamos que están bien educados, mientras que si «obran mal» es señal de que no lo estamos haciendo bien.

Pero la tarea de educar es independiente del comportamiento de nuestros hijos.

Nosotros los educamos, los guiamos, les ponemos límites, cuidamos los afectos, confiamos pero controlamos, nos sentimos orgullosos pero les responsabilizamos de su conducta… Esa es nuestra tarea. En eso consiste educar. Los hijos se comportarán de una manera u otra, pero nosotros, hagan lo que hagan ellos, seguiremos educando.

Los padres no somos unos incompetentes. Podemos ser comodones, blandos, duros, fríos, cariñosos, permisivos, tolerantes… Podemos actuar correctamente y podemos equivocarnos. Pero no somos incompetentes. Desde fuera, es muy fácil considerar incompetencia a lo que simplemente es miedo, parálisis, desconocimiento o duda. Y es muy fácil tener las cosas claras cuando se habla de cómo educar a los hijos de los demás. Por eso no creo que sea justo hacer caer la responsabilidad de la conducta de los hijos a una hipotética

incompetencia de los padres. ¡Claro que somos competentes! Lo que pasa es que a veces se nos olvida que nuestros hijos están en construcción, que están aprendiendo a ser ellos mismos y que, cuando uno está aprendiendo, es muy fácil equivocarse.

Ejercer de padres implica hablar, guiar y poner límites. Y los padres sabemos bien que los conflictos con los hijos son inevitables. Pero no debemos asustarnos; los padres conocemos nuestro objetivo. No, no somos unos incompetentes, porque sabemos que

ejercer de padres trae consigo una importante carga emocional: mientras educamos a nuestros hijos les estamos enseñando que las emociones están siempre presentes en todas las acciones que realizamos en la vida.

La relación con un hijo suspendedor genera un sinfín de sentimientos, sobre todo de los denominados «negativos». Es bastante sencillo sucumbir a ellos y dejar que campen a sus anchas. Por eso hay que tener mucho cuidado de no caer en la tentación de dejarse llevar por las emociones. Siempre sentimos, y no hay duda de que con los suspensos nos sentimos mal, irritados, enfadados, presos del miedo… Pero ni mucho menos somos esclavos de lo que sentimos.

Los padres somos competentes porque, frente a la incertidumbre de lo que puede pasar mañana con nuestros hijos, está la certeza de lo que hacemos aquí y ahora: educar. Y educamos hoy para que el mañana sea menos incierto.

No, no somos incompetentes. Lo que pasa es que los padres sabemos que el tiempo discurre muy rápido, mientras que a nuestros hijos les parece que va muy despacio.

¿Somos masoquistas?

Los suspensos de los hijos minan la confianza en nuestra propia valía —« ya no sé qué más puedo hacer »— como educadores. ¿Has pensado esto alguna vez? Si la respuesta es afirmativa, te informo de que te estás convirtiendo en un padre o una madre masoquista.

Si te das cuenta, lo que de verdad nos hace sentir mal cuando nuestros hijos suspenden es lo que «pensamos» que hay alrededor de las calificaciones, y no tanto las notas en sí.

Te aconsejo que abandones la creencia de que no puedes hacer nada para ayudar a tus hijos; deja de creer que esas dificultades se deben a que algo has hecho mal. Si piensas que eres un inútil, te comportarás

como un inútil y, lo que es aún peor, se te pondrá cara de inútil.

¿Les dices a tus hijos que les quieres?, ¿les pones límites?, ¿sabes decirles «no»?,

¿supervisas sus actos y sus tareas?, ¿les guías y orientas?, ¿satisfaces sus necesidades básicas? Si has contestado afirmativamente a tres o más de estas preguntas, debes saber que estás haciendo mucho por educar a tus hijos.

Por eso te pido que dejes de pensar —y, sobre todo, de verbalizar— en las insatisfacciones que te dan los suspensos de tus hijos. Aleja de tu mente expresiones del tipo «vivo en un infierno», porque tus hijos no son los hermanos o los primos de la niña de *El exorcista.* Es lógico que hables de las dificultades reales que existen, pero introduce siempre pensamientos e ideas que muestren tu competencia. Confía en tu trabajo y, sobre todo, ten muy claro que lo que menos necesitan tus hijos cuando «modorrean» es a unos padres desmoralizados.

Asimismo deja de buscar culpables. No eres tú, ni tu pareja, ni los profesores, ni los amigos de tus hijos, ni la televisión, ni la sociedad… Todos somos corresponsables. Y

recuerda este proverbio africano: «Para educar a un niño hace falta toda la tribu». No olvides que educar es actuar, y ante las conductas de nuestros hijos los padres tenemos que posicionarnos, definir con claridad cuáles son tolerables y cuáles no, y después, actuar.

Deja de pensar que «todo es un asco». Ese tipo de pensamientos solo hace que te encierres en ti mismo y te aísles —« No tengo ganas de *ná»*—. Con el «cagapenismo», además de ofrecer a nuestros hijos un modelo de negatividad, los padres estamos perdiendo la oportunidad de obtener ayuda para afrontar los problemas y para recibir información positiva de nosotros mismos. No olvides nunca que los amigos, los compañeros de trabajo y los familiares son más que necesarios cuando hay problemas.

No permitas que a tus emociones las guíen las conductas de tus hijos. No hay duda de que el comportamiento de nuestros hijos hace mella en nosotros, pero si vinculamos nuestras emociones a las de nuestros hijos puede que nos ahoguemos. Aprovecha las conductas de tus hijos para enseñarles modelos de comportamiento…, y qué mejor modelo que el de un padre seguro y tranquilo frente a la tempestad, un padre que, en medio de fuertes turbulencias, ofrece a sus hijos sus manos cariñosas pero firmes. Ese es tu trabajo. Eso es ser padre.

Y, por último, cuando te vayas a la cama, deja de pensar en lo desgraciado que va a ser tu hijo «como siga así» (te recuerdo que, mientras tanto, el modorro duerme a pierna suelta), y piensa que seguirás en la brecha, porque los padres no arrojamos nunca la toalla.

Como canta Luz Casal, « es cuestión de suerte ser feliz» . Educando a nuestros hijos es como adquirimos más papeletas para el sorteo de la suerte, pero es necesario que ellos también adquieran las suyas.

La importancia de las expectativas

Alguna vez Paqui o Luis, sobre todo cuando están contrariados con su hijo, le sueltan:

«¿Y cuántas vas a suspender?». Para irnos preparando mentalmente, los padres solemos ponernos en lo peor y actuamos como si eso, lo peor, fuera lo que va a ocurrir.

Conozco suspendedores que alguna vez han tenido un arranque de ganas de estudiar, y cuando han dicho en casa: «Me voy a estudiar», sus padres les han contestado con un desmotivador: «¿Estás enfermo?, ¿te pasa algo?».

Suspender tiene mucho que ver con las expectativas. Los padres deberíamos tener siempre en cuenta hasta qué punto el rendimiento académico de nuestros hijos se ve influido por lo que creemos que pueden hacer nuestros hijos. A esto se le llama el

«efecto Pigmalión».

¿Has visto alguna vez que tu hijo logra algo que se ha propuesto simplemente porque tiene la creencia de que pueden conseguirlo? Basta con creer que puedes aprender a montar en bicicleta para conseguirlo, y basta con que creas que te vas a caer para caerte.

Las expectativas y previsiones de los padres —o de los propios chavales— sobre la forma en la que se comportarán sus hijos determinan las conductas que los padres —y los hijos— esperan que tengan. Así, tener pocas expectativas académicas puede hacer que los padres esperen que sus hijos suspendan, y, de hecho, lo esperan mucho antes de que ocurra.

Los padres tenemos algo de profetas. «Te lo dije», «Te lo advertí», decimos a menudo… Pero somos unos profetas de tercera, porque nuestros pronósticos incitan a los hijos a actuar de tal modo que, al final, el presagio que augurábamos se vuelve una realidad cierta.

Esta forma de hacer profecías influye directamente en su motivación. Parece que es cosa de magia, pero lo que ocurre en verdad es que los padres planteamos unas expectativas sobre el comportamiento de nuestros hijos y los tratamos de acuerdo con esas expectativas.

Es posible que a los hijos a los que consideramos más capacitados les

ofrezcamos más estímulos, más tiempo, más confianza… Y ellos, al ser tratados de un modo diferente, responden de igual manera y confirman las expectativas de sus padres.

Pero a veces los hijos aprenden a comportarse pasivamente en los asuntos académicos y sienten que no pueden hacer nada y que, pese a las oportunidades que se

les ofrece, no son capaces de modificar la situación. Por esta razón muchos de nuestros hijos suspenden. Los libros dejan de ser un reto y se convierten en un muro infranqueable.

La indefensión se aprende, pero también se enseña.

Los padres enseñamos indefensión cuando dejamos de creer en las capacidades de nuestros hijos, cuando solo resaltamos sus defectos al grito de «¡te lo dije, te lo dije!»…

Son padres desanimados, desolados por no saber qué hacer ni qué decirles, que se refugian en frases como «tú sigue así», «vas a ser un desgraciado», «eres un sinvergüenza», «nos estás destrozando la vida».

En ocasiones la indefensión también la enseñan los profesores y maestros cuando dejan de creer en sus alumnos y solo se fijan en sus limitaciones. Al grito de «te lo avisé», estos enseñantes esculpen en sus alumnos las cruces que marcan todo lo que les queda por aprender. Son profesores igualmente desanimados y desolados, presionados por un currículo que no cabe en la jornada escolar. Maestros que se sienten solos ante al peligro, personificado en unos alumnos que llevan el disfraz de la rebeldía, de la osadía y del desinterés.

Y la indefensión la aprenden los propios hijos-alumnos cuando dejan de creer en sí mismos y, faltos de confianza, se refugian detrás de una capa de dureza como si así blindaran sus sentimientos. Son alumnos que se dicen continuamente «no puedo» y que cercenan cualquier posibilidad de avance. Alumnos abatidos y resentidos, hijos que a menudo piden socorro en un idioma que nadie entiende.

Por tanto, recuerda que las expectativas que los padres ponemos en nuestros hijos, si no se manejan con cordura, acarrean ciertos peligros.

Son muchos los padres que no paran de repetir a sus hijos que todo lo que hacen lo hacen por ellos, «porque quiero lo mejor para ti». Pero no lo dicen con generosidad, sino con exigencia. De ese modo les transmiten la idea de que tienen la obligación de darles a sus padres lo mejor, puesto que ellos quieren lo mejor para él.

También hay progenitores que creen haber descubierto en su hijo algo especial.

Desde ese momento en su cabeza se ha sembrado una semilla que no necesita ni agua ni sol para germinar; tan solo se precisa el deseo y una cegadora ilusión para desarrollarse.

Y ese algo especial puede ser competencia («este niño es un fenómeno»), o incompetencia («este niño es un desastre»).

Muchos padres se consideran a sí mismos personas abnegadas y trasmiten a sus hijos la idea de que dejaron pendiente todo lo suyo para lograr una excelencia que solo ellos ven. Estos progenitores suelen repetir frases motivadoras acordes con sus deseos e intereses, y creen ver en sus hijos todas y cada una de las fortalezas que ellos, *desgraciadamente,* no pudieron desarrollar. Sus expectativas pueden hacer que achaquen a la envidia, al rencor o a la ignorancia de quienes les rodean la culpa de los suspensos de sus hijos. Y así terminan apoderándose de sus vidas, privándoles de la posibilidad de construirse como personas autónomas.

Porque, en efecto, hay padres que están convencidos de que un progenitor que busca la excelencia en su hijo nunca se equivoca. En esa búsqueda de la excelencia se convierten en el padre de todos los padres, en el maestro de todos los maestros, en el juez de todos jueces… Se sienten dueños de la verdad y, al mismo tiempo, son los críticos más insatisfechos. Padres que pierden la oportunidad de disfrutar educando, de enseñar a sus hijos que ganar o perder es solo una parte más de la vida.

Los padres cegados por las expectativas que depositan en sus hijos se olvidan de trasmitirles que todas las personas que les rodean (la maestra que les enseña, el médico que les cura, el panadero que les hace el pan, el barrendero que limpia la calle, el músico que compuso sus canciones favoritas, el albañil que construyó la casa en la que viven, el vecino mecánico, sus amigos y sus rivales) tienen unas vidas tan importantes como la de cualquiera. Y todos son necesarios y valiosos.

Google no tiene las respuestas

Luis, en su afán de entender el porqué de los suspensos de su hijo, no para de darle vueltas a la cabeza. Intenta buscar una luz, una señal que le indique cuál es el camino a seguir, porque lo cierto es que el cuerpo le pide tirar por la calle del medio.

Las broncas a cuenta de los suspensos de los niños afectan al sueño de sus padres. De hecho, ahí tenemos a Luis, que se ha despertado bien temprano, sentado delante de la pantalla del ordenador en busca de información que le ayude a poner remedio a los suspensos de su hijo.

Como no sabe por dónde empezar, recurre al proveedor de ayuda universal, ese que todo lo sabe y que soporta todo tipo de preguntas, el señor Google. En efecto, Google se ha convertido para muchos en la Elena Francis del siglo xxi, en la enciclopedia más accesible, en la guía para resolver todo tipo de dudas a golpe de clics. Solo Google sabe por lo que están pasando miles de padres y madres con la crianza de algunos de sus hijos.

Lo primero que hace Luis es buscar en el Diccionario on line, *de la Real Academia de la Lengua cuál es el significado de la palabra «suspender», y en unas décimas de segundo se encuentra con lo siguiente:*

Suspender. (Del lat. suspend ĕ *re).*

1. tr. Levantar, colgar o detener algo en alto o en el aire.

2. tr. Detener o diferir por algún tiempo una acción u obra. U. t. c. prnl.

3. tr. Embelesar.

4. tr. Privar temporalmente a alguien del sueldo o empleo que tiene.

5. tr. Negar la aprobación a un examinando hasta nuevo examen.

6. intr. Dicho de un caballo: Asegurarse sobre las piernas con los brazos al aire.

Después de leer minuciosamente las diferentes acepciones de la palabra,

Luis se dice a sí mismo: «Pues a veces sí que parece un poco colgado, aunque más que colgado parece empanao, que no se entera… Detener o diferir por algún tiempo una acción u obra… ¿Por algún tiempo?

Yo creo que este aún no ha empezado. Este niño aún no ha roto a estudiar». Y es que hay padres que, lo mismo que esperan que su hijo «rompa» a andar o a hablar, esperan que «rompan a estudiar» de forma natural, como si fuera un paso más del desarrollo, como si el niño se levantara un día y te pidiera: «Papá, échame de estudiar»…

Luis sigue leyendo: «¿Embelesar? Embelesado con las maquinitas de las narices, que no piensa en otra cosa. Privar del sueldo… Mira, con esto sí estoy de acuerdo. Este no va a ver un euro hasta que apruebe, como que me llamo Luis»… Y por fin relee: «Negar la aprobación a un examinado hasta nuevo examen». Ese es el significado real de la palabra «suspender», que alguien, por diferentes razones, te niegue un aprobado hasta nuevo aviso.

Pero esto no es suficiente para calmar a un padre al que su hijo le ha traído cuatro suspensos.

De modo que le pregunta al señor Google, siempre dispuesto: «¿Qué hacer con un hijo que suspende cuatro asignaturas?». También podrías escribir: «Internados para hijos que suspenden», o incluso, si el cuerpo te pide venganza, optas por «cómo castigar con eficacia»… Y

para los más desesperados, algo que les aplaque ese runrún que, como le sucede a Luis, les quita el sueño: «¿Los hijos que suspenden terminan siendo unos desgraciados?».

Google juega un papel importante en la vida de las familias, tanto en las decisiones menos importantes («vamos a ver esta película que tiene muchas opiniones buenas») como en las cuestiones relacionadas con la salud («tos seca, carraspera y una oreja roja… ¿Qué puede ser?») y, sobre todo, en la búsqueda de información sobre cómo dar respuesta a lo que nos preocupa sobre la educación de nuestros hijos. Y Google, al contrario que algunos padres, tiene respuesta para todo. Mejor dicho, no tiene una respuesta, sino miles. Y ese es el problema, el exceso de información, porque las respuestas pueden ser tan contradictorias que nos dejan paralizados.

¿De verdad crees que tenemos que preguntarle todas esas cosas a Google? ¿Vamos a dejar la educación de nuestros hijos en las manos de un buscador de información? Ahí no está la solución. En Internet

podrás encontrar ayuda, pero no esperes que el señor Google comience a enviar whatsapps a tus hijos diciéndoles: «¡Eh!, tú, estudia!», «Oye, así no se les habla a los padres», «Pórtate bien», «Estudia un poco más», «Niño, vete ya a casa, que es muy tarde. Y no se te olvide estudiar, que mañana tienes un control».

Leemos y releemos un montón de artículos, pero ninguno nos sirve. Y es que leer no basta para educar. Como ya dijimos, educar es actuar, tomar decisiones y determinar lo que es tolerable y lo que no lo es. Por tanto, no esperes encontrar recetas mágicas en Internet sobre lo que tus hijos deben hacer. Busca respuestas sobre lo tú quieres y pretendes hacer. Y recuerda que el miedo y las prisas no son buenos compañeros de viaje cuando se está educando.

Recordar ayuda

Una vez terminada su confesión con el señor Google, Luis se va a la cocina para preparar el desayuno. Allí se encuentra, tan desvelada como él, a la madre de la criatura ojeando uno de los álbumes de fotos en los que se guardan todos los momentos felices de la familia.

A los padres y las madres, cuando estamos disgustados, preocupados o desconcertados ante las conductas de nuestros hijos, nos gusta repasar los álbumes fotográficos para recordar los días en los que éramos una familia feliz.

—Mira, Luis, ¿te acuerdas de cuando el niño comenzó a andar?, ¿te acuerdas de lo patoso que era?… ¡Se caía una y otra vez!… Mira, aquí está saliendo del centro de infantil. No había

forma de entender lo que nos decía con esa lengua de trapo… Mira, esta es de su primer partido de fútbol…

Paqui y Luis miran las fotos de ese niño tan bonito, con esos mofletes sonrosados, y se les escapa una sonrisa…, que se vuelve amarga cuando los dos, casi al unísono, piensan: «¿Cómo es posible que haya cambiado tanto?».

Cuando nos enfrentamos a situaciones conflictivas con nuestros hijos disponemos de una herramienta que ayuda mucho a «enfocar» y a determinar los pasos a seguir. Esa herramienta es el recuerdo. Bien utilizado, el recuerdo nos puede ayudar a valorar el pasado para afrontar lo que desconocemos del futuro. Un álbum de fotos es una estupenda herramienta para educar, para enseñar a los padres a recordar todo lo que hemos hecho, y a los hijos, a valorar el recuerdo. Porque recordar es sembrar en los hijos vivencias y emociones que les acompañarán toda la vida.

En el álbum de fotos recopilamos la vida feliz que hemos vivido. ¿Acaso te has hecho alguna foto de familia en la que tu hijo el suspendedor enseña su boletín de notas cargadito de suspensos? ¿O una foto de familia en medio de una bronca porque la criatura no ha recogido su cuarto?… No, eso no lo hacemos, porque tendemos a recordar las vivencias agradables y a olvidar lo antes posible las experiencias que consideramos desagradables.

Pero no hay duda de que a lo largo del tiempo nos hemos sentido frustrados, abatidos, preocupados, y esto es algo que no debemos olvidar. Así, por ejemplo, Luis y Paqui, mientras miran el álbum familiar y recuerdan, caen en la cuenta de que, cuando su hijo tenía un año y estaba aprendiendo a andar, solía tropezar y caerse, pero ellos no se asuntaban ni se preguntaban si el pequeño tendría algún problema de huesos, ni mucho menos se decían eso de «como siga así, este niño no andará nunca».

Del mismo modo, Luis y Paqui se dan cuenta de que, cuando su hijo aprendió a hablar, no les preocupaba lo más mínimo que en lugar de decir «mi señorita se llama Marta», dijera *«mi eoita e ama ata».* Y no solo no les inquietaba, sino que les hacía gracia escuchar al niño decir *«fiquitines»* en lugar de «calcetines», y por eso le repetían (según los logopedas, mal hecho): *«¿One estadán os fiquitines del nene?».*

Tampoco se preocupaban cuando su hijo, que entonces tenía diez años, se equivocaba al dar un pase al delantero de su equipo de fútbol. De hecho, como mucho pensaban: «Este a Messi, lo que se dice a Messi, no va a llegar».

Al echar la vista atrás, los padres nos damos cuenta de que los hijos crecen y de que en su proceso de desarrollo han surgido, surgen y surgirán contratiempos y dificultades. Cada obstáculo es siempre un nuevo reto que afrontar, y es lógico que nos cuestionemos sobre los recursos que tenemos para hacerlos frente.

Recuerda el pasado, lo que hiciste, lo que dio resultado y lo que no. Reconocer y valorar experiencias pasadas es un aprendizaje muy valioso a la hora de educar.

¿Qué podemos enseñar los padres a través del recuerdo? Lo primero y fundamental es enseñar y aprender a no olvidar. Todo lo vivido, sentido y compartido forma parte de nosotros y, por tanto, olvidar es una forma de perder una parte de nuestra vida. Luis y Paqui no deben olvidar que el niño suspendió cuatro asignaturas el curso pasado y tampoco qué fue lo que hicieron que dio resultado y lo que no lo dio. Porque si olvidamos no avanzamos; por el contrario, nos introducimos en un túnel del que no podemos salir porque no vemos ninguna luz.

Recordar ayuda a afianzar la identidad personal, nuestra identidad como padres. En los recuerdos encontramos una magnífica manera de reafirmar lo que somos. El recuerdo nos sirve para determinar qué es lo que vamos a hacer con nuestro hijo suspendedor, puesto que anteriormente hemos hecho muchas cosas —educar— cuando se

trataba de dar respuesta a las demandas de nuestros hijos. De ese modo podemos alcanzar una seguridad que nos permite saber lo que vamos a hacer y, seguidamente, ponernos manos a la obra. Y esa seguridad nace del recuerdo de lo que ya hicimos, de cómo lo hicimos y de por qué lo hicimos.

Asimismo, recordar sirve para valorar y apreciar nuestra vida emocional. A través del recuerdo ponemos en marcha una enorme cantidad de emociones, de sonrisas y lágrimas que nos hacen ver que somos los protagonistas de nuestra vida. Cuando decimos o escuchamos frases que empiezan por «te acuerdas cuando…», siempre se produce un viaje al pasado en el que evocamos con cierta nostalgia recuerdos de lo que hemos vivido.

Es totalmente lógico que nos sintamos mal cuando nuestros hijos suspenden y vuelven a suspender. Pero es nuestra labor enseñarle que, ante las adversidades, los padres no abandonamos, no nos hundimos, no nos dejamos llevar por la desesperación.

¿Cómo van a salir nuestros hijos del pozo de los suspensos si nos hemos tirado dentro toda la familia?

Recordar sirve para aceptar y asimilar las experiencias dolorosas. Nuestra vida y la de nuestros hijos están llenas de momentos felices, pero también de momentos de

tristeza, preocupación y angustia. Por desgracia, las prisas por olvidar esos malos tragos hacen que no recordemos lo que hemos hecho para salir de esa experiencia dolorosa.

Recordar nos permite crear y fortalecer vínculos afectivos y sociales, algo importantísimo para nosotros y nuestros hijos, porque son la mejor medicina para hacer frente a las situaciones problemáticas.

No permitas que el clima de tu familia lo determinen las notas de tus hijos. ¿Acaso los quieres por sus notas? No. Los queremos porque son nuestros hijos, y esto hay que dejarlo bien claro. A un hijo le dices «te quiero» y no «con lo que te queremos, ¿cómo es posible que nos hagas esto?». A los hijos los educamos porque los queremos, pero también nos corresponde dejarles bien claro que sus comportamientos tienen consecuencias.

¿Una bofetada a tiempo?

Luis y Paqui siguen aturdidos por el impacto de tanto suspenso en tan poco folio. Y aunque no quieren pensar en el tema, no pueden evitarlo, con lo

que vuelve el malestar, la desazón y la impotencia.

Paqui quiere hablar con Luis sobre los suspensos del niño, pero Luis no quiere y se refugia en un «para qué» que deja a Paqui aún más desolada. Ella necesita hablar porque necesita entender qué es lo que está pasando y, sobre todo, saber que harán algo para resolverlo. De modo que le dice a Luis:

—Siéntate, que vamos a hablar.

Luis sabe que cuando Paqui dice «siéntate», lo mejor es hacerlo cuanto antes.

—Luis, vamos a hablar con tranquilidad porque tenemos que encontrar una solución antes de que la situación se nos vaya de las manos.

Pese a su resistencia, Luis se ha sentado y piensa en voz alta:

—Una bofetada a tiempo…, eso es lo que necesita el modorro del niño.

Cuando los padres decimos «una bofetada a tiempo», creemos que esa podría ser una respuesta eficaz y rápida…, aunque casi siempre para los hijos de los demás. En cualquier caso, hay muchos padres que creen el valor educativo de «una bofetada a

tiempo» y, de hecho, creen que su falta es el origen de muchos de los males que afectan a las familias de hoy en día.

El momento de las bofetadas surge en un tiempo y un espacio muy concretos, esto es, en los conflictos familiares. Y qué mejor conflicto que el causado por los suspensos…

La bofetada surge porque llega un instante en el que ya no sabemos qué hacer para que nuestros hijos obedezcan, para que no falten al respeto, para que se callen, para que dejen de gritar, para que no nos miren con cara de perdonarnos la vida… El momento de las bofetadas llega cuando los padres estamos más asustados y perdidos. Porque ninguna bofetada se nos escapa cuando nos sentimos confiados, tranquilos y convencidos de lo que hacemos.

Ya hemos dicho que los hijos necesitan normas y límites, pero ten en cuenta que esas normas y esos límites también nos dan seguridad a los padres. De hecho, en ellos reside nuestra fortaleza durante los conflictos: tenemos unos objetivos y una meta hacia la que nos

dirigimos. A fin de cuentas, ¡¡¡¡estamos educando!!!! Y lo hacemos con nuestras conductas, nuestras actitudes y nuestras palabras. Las normas y los límites son imprescindibles para educar; se proponen y se defienden con la convicción que da la razón, y se mantienen por el cariño que sentimos por nuestros hijos. En ningún caso necesitan apoyarse en la fuerza o en el miedo.

Yo, que escribo libros para ayudar a padres a educar, he escuchado a algunos hacer hincapié en el beneficio de las «bofetadas a tiempo». Sin embargo, tengo la certeza de que todas las bofetadas se dan a destiempo, porque siempre se dan cuando los padres están irritados, frustrados y enfadados.

Puedo entender que se escape una bofetada, porque, de hecho, entiendo la desesperación de los padres ante el comportamiento de sus hijos. Pero me gustaría que te hicieras esta pregunta: ¿no crees que cuando tu hijo se encuentra más perdido, desafiante y descontrolado es cuando más necesita a unos padres firmes, seguros y controlados?

Para que no se nos escapen las bofetadas debemos estar convencidos del valor de las normas y limites que hemos establecido, y ser constantes en su observancia.

—Te recuerdo, Luis, que nunca le has dado un bofetón a ninguno de tus hijos, así que déjate de bobadas —dice Paqui—. Tenemos que averiguar qué está ocurriendo, por qué el niño suspende… A lo mejor le pasa algo y no nos estamos dando cuenta.

RECUERDA

- Si delegas en tu pareja los asuntos de educación de los hijos, tendrás que apoyar —sobre todo delante de los hijos— todas sus decisiones.
- Es muy difícil que dos personas diferentes piensen cómo resolver situaciones problemáticas de la misma manera. Pero ten en cuenta que no se trata de pensar lo mismo, sino de ponerse de acuerdo en la forma de actuar.
- La competencia de un padre o de una madre no se mide por el comportamiento de sus hijos, sino por su convicción en que lo que se siembra mientras se está educando es lo más valioso.
- Los padres solo podemos actuar como padres, y los hijos como hijos. No puedes meterte en la cabeza de tu hijo para hacer que piense y actúe como tú quisieras. Ahora bien, recuerda que tú eres el modelo a seguir.
- Los padres incompetentes son únicamente los que renuncian a educar.
- Ejercer la tarea de ser padres no asegura resultados inmediatos. Los padres educamos a corto, medio y largo plazo.
- Los padres trasmitimos a nuestros hijos lo que esperamos de ellos, así que asegúrate de que tus ilusiones sean solo tuyas y no imposiciones para tus hijos.
- Los hijos nunca deberían escuchar, en boca de sus padres, la palabra «decepción». No olvides que los educamos porque los queremos.
- No perdamos la oportunidad de trasmitir aprecio, cariño, aceptación, confianza y seguridad.
- Leer y buscar información es importante y puede ayudar, pero informarse en ningún caso sustituye a la tarea de educar.
- Recuerda junto a tus hijos. Los recuerdos generan afectos, y los afectos son un buen pegamento para los momentos de crisis. Además, recordar te dará herramientas para actuar.
- Las bofetadas a tiempo no existen. Una bofetada solo indica que hemos perdido el control.
- La paciencia no se vende en ningún mercado, se practica. La sordera transitoria es una buena herramienta para educar a hijos desafiantes.

—¡Pues claro que le pasa algo! ¡Que es un fresco! —exclama Luis. Pero antes de que vuelva a comenzar la sinfonía del cabreo, Paqui interviene:

—Siéntate. Y si te vas a poner hecho un energúmeno, te vas.

Luis sabe que, después de «siéntate» y de «energúmeno», lo siguiente será la tarjeta roja. Así que se disculpa y dice:

—Cariño, es que este niño me saca de quicio… Tienes razón.

¿QUÉ PODEMOS HACER LOS PADRES?

Educar en los hábitos y en la obediencia

—El niño no tiene hábito de estudio —dice Paqui mientras sigue buscando razones al porqué de tanto suspenso. Y el padre de la criatura, con cierta sorna, responde:

—Yo creo que tiene el vicio de no estudiar…

Es verdad que tener hábitos de estudio ayuda mucho, pero mucho, a la hora de abordar las actividades académicas. De hecho, la presencia de hábitos de estudio es un excelente predictor de éxito académico. Entonces, ¿por qué no somos capaces de influir en nuestros hijos para que adquieran estos hábitos y evitarnos así sofocones en el futuro?

Los hábitos son pautas estables de comportamiento que les ayudan a organizarse.

Son conductas que repetimos muchas veces hasta que llegan a formar parte de nuestras actividades diarias. Es decir, los hábitos, después de cierto tiempo, se automatizan.

¿Por qué es importante crear hábitos en los niños?

En primer lugar, los hábitos les permiten desarrollar conductas de autonomía. Y

sentirse autónomo, además de su incidencia positiva en su autoconcepto y autoestima, les ayuda a establecer relaciones más efectivas con los demás, ya sean adultos —padres o profesores— o iguales.

Los hábitos proporcionan a los niños formas adecuadas de comportamiento que les permitirán relacionarse de una manera más eficaz con los demás. Vienen a ser como los cimientos desde los cuales adquirir nuevos aprendizajes. Nos ayudan a estructurar y a organizar la vida cotidiana, determinando qué es lo que hay que hacer en cada momento. En definitiva, los hábitos dan seguridad y confianza.

Pero muchos padres que se inician en la tarea de enseñar hábitos a sus hijos —

hábitos de higiene, de orden, de alimentación, de cortesía, etcétera— terminan con lo de

«a la una, a la de dos, a la de… dos y medio»… No existen varitas mágicas ni recetas

infalibles a la hora de educar hábitos. Todos los padres descubrimos que, junto a las instrucciones que damos a nuestros hijos para que aprendan hábitos, llega la desobedicencia. Los padres leemos toda la teoría para educar hijos obedientes, pero al final terminamos diciendo: «¡a la una, a las dos y a laaaaaas tres!».

Enseñar hábitos va ligado a enseñar a obedecer. Y esta no es una tarea sencilla. Y no porque se requieran conocimientos complejos ni técnicas rebuscadas. De hecho, algunos hijos los aprenden rápidamente. La misma definición del verbo «obedecer» ya nos da una pista de por dónde van los tiros: «Cumplir la voluntad de quien manda». Es decir, el hijo que obedece debe someter su voluntad a la de sus padres, y esto puede hacerse o bien por convicción, porque creemos que lo que se está pidiendo es justo, razonable y beneficioso socialmente, o bien por temor a un castigo, por temor a perder afectos o a ser excluido.

La obediencia está directamente relacionada con el concepto de autoridad que tenemos los padres. Ahora bien, la autoridad no se mide únicamente por la rapidez con la que nuestros hijos obedecen, sino por la firmeza de nuestras convicciones y por la seguridad que nos da conocer el objetivo hacia donde nos dirigimos. Para saber ejercer la autoridad eficazmente hay que saber mandar, y para saber mandar hay que saber obedecer.

Enseñar hábitos es una tarea enormemente compleja, porque nuestros hijos tienen su personalidad, su particular forma de ser. Cuando uno está forjando su personalidad siente una gran curiosidad por conocer sus propios límites, y una buena forma de descubrirlos es desafiando y echando pulsos a los padres. Se trata de una manera de decir «aquí estoy yo».

Además, debemos tener en cuenta que vivimos en una sociedad hedonista en la que prima el estar bien sobre todas las cosas, y creemos que estar bien pasa por no tener problemas. Nuestros hijos desobedecen porque han aprendido —muchas veces con nuestra colaboración— a no tolerar aquello que les resulta incómodo. Pero para eso estamos los padres…, para educar. Cuando se educan los hábitos, es preciso enseñar a obedecer. Se trata de algo irrenunciable,

pues obedecer nos enseña de manera progresiva a escuchar y a entender a los demás, a tenerlos en cuenta y a ser menos egocéntricos. En resumidas cuentas, obedecer es una conducta que nos facilita la integración social.

Si los padres enseñamos a nuestros hijos, desde que son bien pequeñitos, a desarrollar hábitos, les estaremos enseñando a ser obedientes y, según vayan creciendo, ellos irán marcando sus propias convicciones y opiniones, e irán asumiendo valores que

les guiarán en sus vidas. No hay mejor rebeldía que la que nace de la defensa de esas convicciones, creencias y valores.

Enseñar a obedecer no es enseñar a nuestros hijos a responder inmediatamente a aquello que les solicitamos; enseñar a obedecer es hacerles ver que el mundo en el que vivimos está regulado por normas, y que su incumplimiento trae consecuencias. Por tanto, es necesario que existan normas claras, razonables y adecuadas a las diferentes edades. Y también es preciso que conozcan cuáles son las consecuencias si las incumplen. Y que tengan la certeza de que siempre que se incumplan las normas van a tener que afrontar las consecuencias.

Vivimos en la época de la inmediatez. En unas cuantas horas podemos llegar al otro lado del planeta y somos capaces de compartir un montón de información a los pocos segundos de generarse una noticia. Pese a los muchos aspectos positivos que tiene esta realidad, en muchas ocasiones nos pueden la impaciencia y las prisas, y por eso es normal que queramos que nuestros hijos nos obedezcan a la primera.

Cada vez que decimos a nuestros hijos eso de «a la de una, a la de dos…, a laaaaaa deeee ¡tres!», les estamos ofreciendo la oportunidad de obedecer en tres segundos, eso es verdad, pero también la de desobedecer desde el número tres hasta el infinito. Como ya he dicho, el calendario que se utiliza para educar tiene trescientos sesenta y cinco días; cada día, veinticuatro horas, y cada hora, sesenta minutos. ¡Aprovechemos todo este tiempo que tenemos!

Cómo enseñar hábitos de estudio

Si tu hijo es pequeño, cuando llega la hora que hemos fijado para enseñarle a practicar el hábito, plantéale que «vamos a jugar a estudiar». Siéntate junto a él y preséntale un par de actividades. Por ejemplo, dibujar con ceras de colores y jugar con la plastilina.

—¿Qué vas a hacer primero? —puedes preguntarle. Y deja que el niño señale una de las dos actividades.

—Muy bien. Primero la plastilina, pero cuando termines, te pones con las ceras. Yo voy a estudiar este libro —y te sientas a su lado a leer tu libro.

Entonces le preguntas:

—¿Cuánto tiempo vas a estudiar?

Obviamente, tendrás que ayudarle y proponerle, por ejemplo, que dedique cinco minutos a la actividad que eligió primero y otros cinco a la que colocó en segundo lugar. Cuando termine con las dos tareas, haz que evalúe el trabajo realizado.

—¿Qué forma has hecho con la plastilina? ¿Qué has pintado con las ceras? ¿Qué te gusta más? ¿Cómo podría haber quedado mejor?

En ese punto tú también le darás tu evaluación (que debe ser positiva):

—Me gusta mucho tu dibujo porque…

Y le puedes proponer algún truco para que la próxima vez lo haga aún mejor:

—Otro día podías pintar los ojos de colores, y dibujar árboles, o pájaros…

Entonces le cuentas algo de lo que tú has leído y concluyes:

—Muy bien, ya hemos estudiado. Ahora vas a recoger lo que has utilizado y yo también recogeré mis cosas. Y como has estudiado bien, la consecuencia es que puedes ver los dibujos mientras meriendas.

Y así todos los días y, a ser posible, a la misma hora y en el mismo sitio. Con el paso del tiempo, las actividades a realizar serán más, el tiempo que se dedica al estudio también se incrementará y llegará un momento en que el niño terminará haciendo sus actividades solo.

De este modo tu hijo ha observado la conducta de «estudios» de su padre o su madre, y la imitará. Ha aprendido cuál es la función de cada acción: seleccionar el material, el tiempo, evaluar y recoger. Y se ha dado cuenta de que sus padres, además de ser constantes, le apoyan en esas actividades. Por último, se le va dando progresivamente la responsabilidad de hacerlo solo, así como aprende a asumir las consecuencias de hacerlo y las de no hacerlo.

Si tu hijo es mayor, y no tiene el hábito de estudio adquirido, el asunto es algo más complicado..., pero se puede lograr. Recuerda que nunca es tarde para aprender.

1. Elige un lugar con pocas distracciones. No les dejes ni el móvil ni el ordenador cerca mientras estudian. La tentación es excesiva.

2. Marca un horario de estudio de lunes a viernes. El sábado y el domingo se repasará lo estudiado durante la semana.

Ten en cuenta que un alumno de 1.º de ESO debería estudiar sesenta minutos diarios; uno de 2.º de ESO, setenta minutos; uno de 3.º de ESO, ochenta minutos, y uno de 4.º de ESO, alrededor de noventa minutos diarios. A ser posible, se debe comenzar a estudiar a la misma hora todos los días.

3. Distribuye las materias que se van a estudiar. Comienza por las que tengan dificultad media, continúa con las difíciles y termina con las fáciles.

En cuanto a las técnicas de estudio, recomienda a tu hijo que realice primero una lectura exploratoria del tema que van a estudiar, pero sin subrayar. Se trata de que se haga una idea general. Después pídele que realice una lectura más profunda. Ahora deberá subrayar para jerarquizar ideas y marcarlas según su importancia. Seguidamente, el esquema con las ideas principales. El niño deberá aprenderlo, leyéndolo varias veces en voz alta. Una vez aprendido, proponle que vuelva a leerlo todo para comprobar que las ideas están bien organizadas y que no se ha olvidado nada importante.

4. Cuando descanse, evita las actividades que puedan descentrar (televisión, móvil).

5. Procura que no memorice. Lo que no se entiende no se aprende.

6. Planifica los trabajos y los exámenes con tiempo suficiente para no llegar justos a la fecha de entrega o del examen.

7. Controla lo que tu hijo estudia. Este es un punto fundamental, porque si no vigilamos lo que van estudiando y cómo lo estudian, nos encontraremos de nuevo con los mismos reultados: más suspensos.

Mediante el control de los estudios los padres ayudamos a que sean nuestros hijos quienes resuelvan sus dudas, les orientamos para que descubran las respuestas y sean los responsables del éxito en sus estudios. El éxito es el camino que conduce a la motivación.

Motivar a nuestros hijos

—Pues tienes razón, Luis —dice Paqui en tono de voz conciliador—. Probablemente el niño ha vuelto a suspender porque no ha estudiado lo suficiente.

En ese momento Luis mira con ojos de incredulidad hacia su santa y Paqui rectifica:

—Bueno, no ha estudiado nada, pero que sepas que el niño se mete todas las tardes en su habitación y está dos o tres horas sin salir. Que le tengo quitado el móvil para que no se entretenga. Yo creo, Luis, que a este niño lo que le pasa es que está como apático, no tiene interés por nada…

Y de nuevo los ojos de Luis revelan incredulidad.

—Bueno, sí… —continúa Paqui—. Por sus amigos, su móvil, sus videojuegos, su fútbol, y ese peinado con tupé si que parece más que interesado y motivado, pero por lo que es importante nada de nada. Luis, ¡al niño hay que motivarlo!

—¿Motivarlo? ¿Y eso cómo se hace? —dice Luis—. Porque yo ya le dije que, si aprobaba todas, le compraba lo que quisiera, y el muy insensato va y me dice que quiere una moto. ¡Una moto! Cariño, este niño a veces parece tonto… ¿Pues no va y me dice que una moto le serviría de aliciente? ¿Tú crees que no estudia para castigarnos porque no le compramos la moto? Porque si es por eso por lo que el cretino del niño no estudia, lo pongo derechito… Que no sé si le motivará, pero espabilarlo… ¡Vamos, que si lo espabilo!

—Luis, no te vengas arriba —dice Paqui. Y esa recomendación basta para que las aguas vuelvan a su cauce.

—¿Y cómo se motiva a un hijo? Vamos, dímelo tú —exige Luis.

—¿Que te lo diga yo?… Pues no sé, supongo que hablándole del futuro, diciéndole que el tiempo pasa muy rápido, aunque él no se dé cuenta, y que cuando se quiera dar cuenta, igual es tarde. Que si estudia tendrá un buen trabajo y que ganará dinero, y que entonces no tendrá que preocuparse de nada.

—Pues como tenga un niño la mitad de puñetero que él, va a tener preocupación para rato…

Mejor eso no se lo decimos.

Un suspenso —o varios— es un resultado. No es ni un estado («el niño está suspenso») ni una condición («mi hijo es un suspendedor nato»). Cuando digo que suspender es un resultado me estoy refiriendo a que pueden existir diferentes factores y variables que influyen, en mayor o en menor medida, en ese resultado.

Reconocer estas variables nos permite ajustar nuestra intervención de la manera más efectiva posible. Hay variables sobre las que los padres pueden actuar y otras que no lo permiten. Y del mismo modo, hay variables sobre las que los hijos pueden actuar y otras que no.

La motivación es un factor clave que influye en la actividad académica de nuestros hijos. Estar motivado es básicamente tener intención de hacer algo (por ejemplo,

aprender matemáticas) y hacer un esfuerzo continuado hasta lograrlo (estudiar todas las tardes matemáticas, al menos una hora).

A los hijos que suspenden por lo general les sobra intención: «Papá, la próxima evaluación voy a aprobar todas». Pero andan muy raspaditos en el esfuerzo que deben hacer de manera continuada para lograr el objetivo.

Pero, ¿cómo se motiva a un hijo? ¿Pueden los padres motivar a sus hijos? ¿Pueden los profesores motivar a sus alumnos? La respuesta ya la sabes, y por eso estás leyendo este libro. No, no podemos motivar. Pero, ¡alto!, no cierres el libro aún… No podemos motivarles, pero podemos actuar de tal manera que les incitemos a aprender a motivarse.

Luis y Paqui vienen notando que su hijo muestra un desinterés, una apatía y un desánimo que comenzaron con las tareas escolares, pero que se han ido extendiendo paulatinamente a otras facetas de su vida. Lo cierto es que su actitud es la de un total pasota ante cualquier cosa.

Cuando vemos a nuestros hijos apáticos, desanimados y faltos de interés es lógico que nos preguntemos: «¿Cómo podemos motivarles?».

El concepto de motivación hace referencia a las razones personales que guían nuestras actividades para alcanzar una meta. Por tanto, la motivación surge del interior de cada persona, y en este sentido es tarea de los hijos desarrollarla. Si los padres pudiéramos motivar a

nuestros hijos todas las mañanas, les ofreceríamos una arenga del tipo: «¿Quién va a aprender hoy todo lo que le enseñen?», «¿Quién va a disfrutar de todo lo que le enseñen?». A lo que nuestros hijos responderían en voz a alta: «¡Yo, papá!» «¡Yo, mamá!», y no verían la hora de ir al colegio o al instituto, contentos y felices porque van a aprender las cordilleras. ¿Te lo crees? Obviamente, no es así. ¿No será que para que se sientan motivados se necesita algo más?

Los estudios que se han realizado con el fin de determinar de qué depende que los hijos y los padres nos esforcemos por aprender —que nos sintamos motivados— han demostrado que la motivación se relaciona directamente con los siguientes factores: 1. *¿Qué es lo que tengo que aprender?* Seguro que te has dado cuenta de que cuando tus hijos quieren aprender algo, por ejemplo, a hacer una tortilla de patatas, les resulta mucho más fácil y ponen más empeño que si somos los padres los que nos empeñamos en enseñarles a hacer una tortilla de patata. Cuando tus hijos quieren algo, se muestran encantadores y dicen frases como: «¿Mamá, te ayudo?», «No, papá, ya bajo yo la

basura». Y en ese instante comenzamos a preguntarnos qué estarán tramando… Pues debes saber que, en la vida real, tanto padres como profesores no paramos de decirles a nuestros hijos lo que tienen que aprender, cómo y cuándo.

2. *¿Qué consecuencias tiene para mí aprenderlo o no aprenderlo?* Los hijos, cuando se marcan metas, son capaces de ponerse a hacer cosas para alcanzarlas, con esfuerzo y con interés. De ese modo persisten en el aprendizaje y se sienten satisfechos competentes y felices. Recuerda que sin metas no se llega a ninguna parte y uno anda perdido.

3. *¿Cuánto me va a costar aprenderlo?* Esforzarse por conseguir o aprender algo tiene su coste: fatiga, tiempo que no se puede dedicar a otras actividades, dificultades que surgen durante el proceso… Ignorar las dificultades hace que, en muchas ocasiones, abandonen y tiren la toalla nada más comenzar.

4. *Mis expectativas y mis capacidades. ¿ Seré capaz de aprenderlo?* Para estar motivado, además de necesitar saber lo que se tiene que hacer, conocer las consecuencias positivas que puede acarrear el hacerlo y el esfuerzo que se debe realizar para alcanzarlo, influyen también las expectativas. «Podré alcanzar esas metas?, ¿tengo la capacidad suficiente?»… De nada sirve tener interés por aprender algo si creo que no seré capaz.

¿Quieres motivar a tu hijo? Pues entonces actúa, piensa y vive como una persona motivada.

Ya hemos dicho que los padres somos modelos, así que ¿cómo van a sentirse motivados nuestros hijos por aprender si los padres nos desmotivamos fácilmente? Por eso te animo a que trabajes tu propia motivación, es decir, a que te sientas motivado por la tarea de educar. De ese modo tus hijos podrán ver:

1. *Que los padres se mantienen constantes,* porque saben qué es lo que quieren conseguir. Y te recuerdo que quienes tienen que saberlo somos los padres, pues somos los que educamos. Te repito que el objetivo de educar es dotar a nuestros hijos de herramientas válidas para hacer frente a las demandas de la vida. Pues bien, ese el faro que debe guiar nuestra conducta. Sabemos qué es lo que queremos.

2. *Que los padres comprendemos* que la meta de la educación no es tanto que los hijos aprueben, sean buenos y no hagan nada que nos preocupe, sino enseñarles a utilizar esas herramientas para vivir en sociedad. Esa es la mejor herencia.

3. *Que los padres sabemos que educar tiene sus costes.* ¡Y vaya costes!… Se pasan días muy duros, muchas noches en vela, porque querer tanto a los hijos implica miedos y sufrimiento. Pero, ¿quién dijo que esto fuera a ser sencillo? A pesar de las dificultades, aquí seguimos, dispuestos a la lucha, a veces con ojeras, tristes, preocupados, pero siempre dispuestos para educar a nuestros hijos contra viento y marea.

En resumen, ¿quieres hijos motivados? Pues actúa como un padre motivado. Un padre que trasmite a sus hijos su interés por su trabajo; un padre que se muestra igualmente interesado y entusiasmado por las cosas que hacen sus hijos, su familia.

Fomentar la autoestima

—Luis, yo creo que lo que le pasa al niño es que no tiene autoestima —dice Paqui preocupada—.

Porque mira a sus amigos… Casi todos sacan buenas notas, y sus primos también. Y el niño será lo que sea, pero un fresco a mí no me lo parece. Además, cuando hemos ido al colegio a preguntar, siempre nos han dicho que es muy buen chico, pero que no estudia lo suficiente. Acuérdate de que la última vez nos dijeron que quizá el niño tenía un problema de autoestima.

Un niño con poca autoestima es aquel que está enfadado con el mundo desde que se levanta hasta que se acuesta. Su comportamiento alterna la pasividad con la irritación.

Nada parece motivarle y, por el contrario, todo le irrita. En casos así, los padres suelen expresarse de este modo: «Me duele decirlo, pero nuestro hijo es un antipático y no sé qué hacer para ayudarlo. Si tiene de todo, ¿por qué se comporta así?».

La autoestima es una herramienta excelente para enfrentarse a las demandas de la vida diaria, y lo es tanto para los hijos como para los padres, de eso no hay duda. Pero,

¿dónde se compra la autoestima?

¡Ay, el día que alguien descubra cómo embotellar la autoestima! ¡Ese se forra! En la educación, los padres, profesores, psicólogos y orientadores solemos tener muy claro qué es lo que le falta a nuestros hijos y qué es lo que tendrían que conseguir, pero andamos más inseguros cuando se trata de determinar qué debemos hacer para conseguirlo.

Pero ten bien claro que sí podemos contribuir a la mejora de la autoestima de nuestros hijos y, sobre todo, a mejorar la nuestra como padres. El camino no es sencillo, pero te aseguro que la mejor manera de sentirse bien como padres es ayudando a nuestros hijos a que construyan una autoestima cada vez más positiva.

La autoestima es un juicio de valor. Es la respuesta a la pregunta: «¿Me gusta como soy?». Según sea la respuesta nos sentiremos más o

menos competentes. Ahora bien, te recuerdo que la autoestima no es un producto terminado; por el contrario, es una construcción que necesita tiempo y experiencias, y los padres desempeñamos un papel clave en esa construcción. Y no solo porque podemos favorecer el desarrollo de una autoestima positiva en nuestros hijos, sino porque, además, mediante nuestra forma de educar podremos adquirir y desarrollar una autoestima igualmente positiva como padres.

¿Puedo ayudar a mis hijos a desarrollar una buena autoestima, si yo, como padre o como madre, no la tengo?

Desde que nacemos y a lo largo de la vida vamos generando el autoconcepto, que es la imagen que tenemos de nosotros mismos y que se va configurando mediante los pensamientos, los sentimientos y las experiencias que vamos recopilando. Así, nuestros hijos desarrollan su autoconcepto según reciben información del exterior (en los primeros años, fundamentalmente, de padres y madres) sobre qué hacen, cómo lo hacen, sobre el impacto que sus conductas y comportamientos tienen en nosotros, y sobre nuestras expectativas respecto a ellos. De hecho, es por lo que nos dicen los demás por lo que nos creemos listos o torpes, simpáticos o antipáticos, trabajadores o vagos, útiles o inútiles, capaces o incapaces… A lo largo de la vida vamos definiendo lo que creemos que somos y establecemos nuestra identidad. Y junto a nuestra identidad, también decidimos si nos gusta o no lo que somos.

Por tanto, la autoestima en los primeros años de vida está muy condicionada por la información que nuestros hijos reciben de nosotros. Esa información les llega por medio de nuestras conductas, actitudes y, sobre todo, nuestras palabras. El poder de las palabras que construyen frente al poder de las palabras que destruyen.

Nuestros hijos —ya sean pequeños o adolescentes— son personas en formación, no están «terminados» y están aprendiendo. Y como cualquier buen aprendiz, se equivocan. El proceso de la educación va acompañado de palabras, que son los ladrillos con los que los hijos van a construir su autoconcepto. Así, expresiones como «bien hecho», «sé que puedes hacerlo», «estoy orgulloso de ti», «es una buena idea»,

«inténtalo» o «te quiero» se convierten en el material necesario para construir una autoestima positiva. Sin embargo, frases como «no tienes ni idea», «eres un vago», «vas a ser un desgraciado», «eres un desagradecido», «qué decepción» o «eso que dices es una estupidez» tendrán el efecto contrario.

A los hijos no hay que mentirles. No se trata de decirles que son los mejores, los más altos y los más guapos. No, porque lo más seguro es que los conviertas en unos engreídos, que nada tiene que ver con la verdadera autoestima. De lo que se trata es de hacerles ver que, cuando las cosas les salen bien, nos alegramos y les animamos a que perseveren, y cuando les salen mal, les alentamos para que vuelvan a intentarlo, demostrándoles que tenemos confianza en que pueden lograrlo.

Para que nuestros hijos desarrollen su autoestima necesitan que sus padres confíen en ellos. Si no lo hacemos, ¿cómo van a confiar ellos en sus posibilidades?

Valorarnos y que nos valoren es una buena manera de sentirnos bien, mientras que desvalorizarnos y que nos desvaloricen es un lastre que nos impide disfrutar de lo que hacemos, de lo que tenemos y de lo que somos.

¿Cómo enseñamos a los hijos a quererse?

Lo primero es la aceptación incondicional. Los mejores cimientos sobre los que se sustenta un buen autoconcepto son hacer sentir a nuestros hijos que, hagan lo que hagan, los afectos están asegurados, que los queremos incondicionalmente. Aun sin pretenderlo, a menudo los padres hacemos creer y sentir a nuestros hijos que nuestro amor y nuestra consideración por ellos depende de que se comporten «como es debido». Seguro que todos hemos dicho alguna vez eso de «si me quisieras de verdad, no te portarías así ni me dirías esas cosas», como si, en efecto, nuestro cariño dependiera de un determinado comportamiento. A nuestros hijos les queremos, y se lo tenemos que demostrar más allá de lo que hagan, aunque esto ni mucho menos significa que pueden hacer lo que les dé la gana (seguiré insistiendo en la importancia de los límites y las normas). Te recuerdo que no hay ninguna ley física que impida decir «te quiero, pero estás castigado», y pronunciado sin el menor tono de enfado o decepción. Si albergas desconfianza, transmitirás desconfianza. Así que ¡confía en tus hijos! Ahora bien, sin olvidarte nunca de recordarle las normas, los límites y que sus actos tienen consecuencias.

Lo segundo es una valoración objetiva de sus actos, es decir, una valoración que no dependa de nuestro estado de ánimo —si estoy contento, todo vale, y si estoy enfadado, a la mínima te la cargas—. Si los padres logramos ser objetivos a la hora de valorar los comportamientos de nuestros hijos, les estaremos ayudando a controlar más y mejor sus conductas y las consecuencias de sus actos.

Si, por ejemplo, tu hijo pequeño, irritado o muy enfadado, te suelta un «¡eres tonto!», o algo peor, en lugar de comerte el tarro y decirle que «no me lo merezco», respóndele: «Pues yo te quiero»… Y cuando a la criatura se le haya pasado el cabreo y esté menos modorra, habla con él tranquilamente

y dile que no te gusta que las personas a las que quieres te llamen tonto. Y si crees que su frase y su conducta deben tener consecuencias, puedes añadir: «Por tanto, esta tarde no vas a ver la tele». Cuando los hijos son adolescentes, esta valoración objetiva es mucho más necesaria.

En tercer lugar está disponer de la oportunidad de esforzarse. Anticiparse a las necesidades de los hijos los vuelve comodones y un tanto incompetentes para enfrentarse a las tareas que conllevan cierto grado de dificultad. Los padres debemos ayudarles animándoles a resolver esas tareas que a veces se les atragantan. La sensación de haber sido capaces de resolver problemas les aportará satisfacción y una gran confianza en sí mismos. Por tanto, valora su esfuerzo, valora los resultados del esfuerzo, y si no ha habido buenos resultados, anímale a seguir esforzándose.

En cuarto lugar se encuentra el desarrollo de una autonomía progresiva. Desde que nacen, nuestros hijos van adquiriendo habilidades y destrezas que los hacen cada vez más independientes. De hecho, muchos de los conflictos se originan porque se creen mayores de lo que son (y nosotros los vemos más pequeños de lo que son). Los padres tendemos a estirar la niñez, mientras ellos la recortan. Pero, en cualquier caso, la autonomía es una herramienta clave para formar autoconcepto. ¿Cómo pueden nuestros hijos tener un buen autoconcepto y una alta autoestima si no les permitimos ser ellos mismos? No olvides que educar implica afrontar riesgos, y recuérdale a tu hijo que «ser mayor» consiste en asumir responsabilidades.

Y en quinto y último lugar está la oportunidad de experimentar éxitos y fracasos.

Cualquier chaval (niño o adolescente) debería vivir el éxito en algún momento. Y la oportunidad se la debemos ofrecer los padres. El éxito es un magnífico motor de motivación y genera confianza en las propias capacidades. Pero los padres también tenemos que enseñar el amargo sabor del fracaso. No alcanzar algunas metas forma parte de la vida de todas las personas. Fracasar nos hace ser más realistas con nuestras verdaderas posibilidades, y sentir el malestar del fracaso en

nuestra propia piel también nos ayuda a ser empáticos, es decir, a ponernos en el lugar de los demás.

Enseñar a identificar y a controlar las emociones

Ser niño y adolescente no es una tarea sencilla. A menudo pensamos erróneamente que nuestros hijos pequeños o adolescentes viven en un mundo feliz en el que a los adultos nos corresponde darles todo lo que necesitan, mientras que ellos solo deberían tener una sola preocupación: estudiar. ¡Y lo demás son monsergas!

Pero esta es una visión ideal de la infancia, es decir, creemos que durante esos primeros años no hay inquietudes ni angustias, que todo son alegrías y diversiones. A los adultos nos cuesta trabajo aceptar que nuestros hijos pequeños tienen una vida afectiva, que tienen emociones y que, de hecho, las tienen desde que nacen.

Seguro que esta escena te resulta familiar: un padre o una madre grita a su hijo pequeño: «¡Niño, hay que compartir!», mientras le quita su juguete de las manos para dárselo a su «amiguito», que, quizá, es en realidad el hijo de un amigo o una amiga de la madre. El niño no quiere compartir su juguete, así que se lanza sobre el otro para recuperarlo. Entonces el padre o la madre dice: «Los amigos no se pelean, así que dale un besito a tu amiguito»… Y le obliga a besar al otro niño cuando este, sin que el padre o la madre lo hayan visto, le acaba de dar un tortazo al primero. Así que, para rematar la escena, el padre o la madre de la criatura termina diciendo eso de «¡no llores! No se llora por tonterías».

Creer que la infancia es sinónimo de completa felicidad puede conducir a despojar a nuestros hijos de su vida emocional. No tener en cuenta sus emociones o, lo que es aún peor, ningunearlas da como resultado que los padres no tengamos la posibilidad de educarlas.

Te pido, lector, que contestes a esta pregunta: «¿Cómo estás?». En realidad, no hace falta que me contestes, y no es porque tenga superpoderes. La respuesta es más sencilla: si estás leyendo este libro, seguro que es porque tienes cerca a algún modorro que te saca de tus casillas. Pero esta pregunta tan sencilla —¿cómo estás?— esconde algo más que un simple convencionalismo. Detrás hay una realidad: todos nosotros, seamos padres, madres o hijos, nos sentimos de alguna manera, ya sea bien, mal, regular, contentos, felices, tristes, enfadados, asustados, irritados, satisfechos… Es decir, vivimos acompañados de emociones y, curiosamente, esas emociones las provocan tanto las personas más cercanas como nosotros mismos.

En muchas ocasiones mostramos una tendencia a negar el impacto que algunas emociones —sobre todo, las llamadas emociones negativas— tienen en nuestra vida. Y

nuestros hijos nos generan una gran cantidad de emociones, y sí, muchas de ellas

«negativas».

—¿Qué te pasa? —le pregunta a Paqui una vecina.

—¿A mí?… ¡Nada! —responde Paqui.

—Ufff… Seguro que el hijo de Paqui ha vuelto a suspender unas cuantas —dice la vecina cuando Paqui se aleja.

Por desgracia, hemos aprendido que las emociones negativas deben experimentarse en secreto. Como si fueran hemorroides, se sufren en silencio. Y, además, cuando le decimos a nuestros hijos o a nuestra pareja eso de «con lo tranquilo que yo estaba, ahora vienes tú y me alteras», estamos poniendo en manos de los demás el arma que nos permite sentirnos bien o mal.

Muchos padres que educan a sus hijos de manera competente a veces se sienten mal por lo que hacen sus hijos, sin pararse a mirar lo que ellos mismos hacen. La mejor manera de formar parte del club de los desgraciados/desgraciadas.com (aún no está creado, pero ya hay muchísimos candidatos a ser socios) es esperar que tu bienestar dependa de lo que hagan los demás, y a ser posible, rapidito.

No hay duda de que los padres somos los responsables de la educación de nuestros hijos, les enseñamos comportamientos que consideramos apropiados, les transmitimos valores, nos preocupamos por su «alimentación intelectual» mediante la escolarización.

Pero a menudo olvidamos el papel fundamental que las emociones desempeñan en nuestras vidas. Por eso es necesaria la educación emocional, para aprender a vivir con nuestras emociones y no permitir que las emociones dirijan nuestras vidas.

En los últimos años se viene hablando mucho de la inteligencia emocional, concepto que hace referencia a las competencias para

reconocer nuestras emociones, controlarlas, motivarnos a nosotros mismos, reconocer las emociones de los demás y establecer buenas relaciones con el entorno. La inteligencia emocional es una magnífica herramienta para educar, sobre todo porque mientras educamos a los hijos vamos aprendiendo a desarrollar esas competencias emocionales. Pero insisto en que la educación no es la «purga (de) Benito», y que todo lo que hacemos mientras educamos no da resultados inmediatos.

Educar nunca debe ser una lucha, aunque lo será si sientes que tus hijos te atacan.

Pero si descubres que solo están aprendiendo, seguro que te tomarás sus envites como una consecuencia lógica del hecho de educar. Y te pregunto, lector, ¿no te parece que educar es la mejor herencia que les puedes dejar a tus hijos? Y si es así, ¿por qué sentirse mal por hacer lo que se tiene que hacer?

Todas las emociones son naturales: el miedo, la tristeza, la ira, el odio, los celos, el valor, la alegría, la calma, el amor, la generosidad… No debemos extrañarnos si aparecen, aunque, eso sí, acarrean consecuencias. Por eso debemos enseñar a nuestros hijos a reconocer lo que sienten para que puedan controlarlo. Si uno no reconoce que es celoso, o envidioso, o que está irritado, ¿cómo va a poder controlar las conductas originadas por los celos, la envidia o la irritación?

Asimismo las emociones están muy relacionadas con nuestro pensamiento. Algunas veces los padres nos sentimos mal simplemente porque empezamos a pensar —en realidad, nos descontrolamos— y le damos vueltas y más vueltas a determinadas ideas

«negativas» sobre nuestros hijos («como siga así, va a ser un desgraciado»). Imaginamos el peor de los escenarios posibles y nos asustamos, nos paralizamos y sufrimos. Hay que aprender a controlar esos pensamientos, porque los padres nos sentimos seguros cuando sabemos cómo vamos a actuar. Del mismo modo, nuestros hijos se sienten mal cuando suspenden y se descontrolan pensando (y sintiendo) que «no sirvo para nada, soy un inútil, soy incapaz de hacer que mis padres se sientan bien». Debemos enseñarles a controlar ese tipo de pensamientos porque, de lo contrario, se sentirán incapaces de actuar.

Las emociones también están relacionadas con nuestro comportamiento. Así, cuando me siento feliz, tranquilo y sosegado, me comporto de igual modo, es decir, alegre, tranquilo y sosegado. Pero si me siento irritado o asustado, mi forma de actuar estará marcada por

el miedo y la desconfianza. Por eso, cuando nos enfadamos por los suspensos de nuestros hijos, actuamos como personas irritadas a las que todo y todos molestan.

Ahora bien, te recuerdo que a tus hijos les ocurre lo mismo con los suspensos: se sienten irritados y frustrados, y son esos sentimientos los que les lleva a atacar a sus padres. Y como tú estás para pocas fiestas, la respuesta es seguir atacando. No es difícil imaginar cómo va a terminar la escena…

Te pregunto, lector: ¿no te parece ilógico que sean las emociones las que dirijan nuestros comportamientos? Las emociones están presentes en nuestra vida y en la de nuestros hijos, pero hay que aprender a educarlas para que no nos lleven al descontrol.

¿Estás enfadado por los suspensos de tu hijo? ¡Pues claro!… ¿Estás enfadado por su comportamiento? ¡Pues claro! Pero ¿estás enfadado *con él?…* No. Al hijo hay que ponerlo al margen porque no puedes enfadarte con todo el «paquete» cuando lo que está causando tu enfado es solo una parte de ese paquete. Intenta corregir su conducta; muéstrale que sus actos tienen consecuencias, pero no confundas la conducta con la persona que la desarrolla.

Intercambios como el siguiente son bastante frecuentes entre padres e hijos:

—¿Qué te pasa, hijo?

—¿A mí? ¡Nada!

—Es que estás como si te pasara algo…

—¡Que no me pasa nada, pesados! ¡Dejadme en paz!

Lo cierto es que, pese a lo mucho que nos preocupa todo lo referente a la educación de nuestros hijos, los padres tenemos mucha dificultad para movernos en el terreno de las emociones. Quizá, el origen de esto se halla en que a nosotros nadie nos «educó emocionalmente». De hecho, yo escucho a menudo eso de «tengo un no sé qué» como forma de identificar ciertos sentimientos. Los *nosequés* son emociones no reconocidas y, por tanto, no podemos actuar sobre ellas y terminamos siendo dominados por sus efectos.

Pero, ¿cómo ayudar a que nuestros hijos sean emocionalmente inteligentes? Lo más importante es hacerles ver que sentir emociones es algo normal, es decir, natural. La rabia, los celos o la envidia son

sentimientos tan naturales como la alegría, el amor o el altruismo. No olvides que las emociones en sí no son ni malas ni buenas. Solo son respuestas ante una determinada situación, y es del todo normal que los padres sintamos decepción, rabia, ira y frustración cuando nuestros hijos suspenden. Pero, recuerda, ellos también las sienten. En realidad, lo bueno o lo malo de las emociones surge de sus consecuencias. Esta es la parte oscura de las emociones. Si padres e hijos no controlamos la decepción, la rabia o la frustración, se armará la de Troya, la situación empeorará y nada se solucionará.

Asimismo debemos enseñar a los hijos que las emociones tienen un nombre. En el terreno emocional los padres solemos ser bastante torpes, sobre todo cuando aparecen las temidas «emociones negativas». Así, enseñamos a decir: «Estoy harto», «No puedo más», «Me va a dar algo», «Tengo un no sé qué», cuando sería mucho más eficaz que dijeran: «Estoy enfadado porque…», «Estoy sorprendido porque…» o «Estoy contento porque…». Dar nombre a las emociones nos ayuda a averiguar qué sentimos en un momento determinado, y ese es un buen punto de partida para saber qué hacer después.

También tenemos que hacerles ver a los hijos que se pueden sentir varias emociones a la vez. Uno puede estar enfadado por algo y con alguien concreto («porque has

suspendido cuatro», «porque no estudias»…), pero no hace falta enfadarse con el resto del mundo. Es lógico que estés enfadado porque tu hijo ha suspendido varias asignaturas, pero no es necesario que lleves esa cara de amargado a todas horas.

Tenemos que ayudar a los hijos a entender que es lógico no querer reconocer determinadas emociones. Por ejemplo, nadie desea reconocer que siente envidia (de la mala), ira u otras emociones que tienen mala prensa. Pero insisto en que es fundamental reconocer lo que se siente para poder decidir posteriormente si se debe controlar y cómo hacerlo.

Es fundamental explicar con claridad la relación que existe entre lo que pensamos, lo que sentimos y cómo nos comportamos. Porque esta relación entre pensamiento, emoción y conducta guía nuestra vida. Si pienso que soy competente me sentiré bien y actuaré de manera competente. Si, por el contrario, pienso que soy un inútil, me sentiré triste y no me atreveré a hacer nada por temor a hacerlo mal. Nada como nuestra cabeza para descontrolarnos. Estás tan tranquilo, viene tu hijo o tu pareja un pelín impertinente y comienzas a azuzarte con pensamientos del tipo «verás este…; como me vuelva a decir…; mira

la cara que está poniendo…», *etc.*

Recuerda que son tus pensamientos, y no la conducta de los demás, los que te descontrolan. Y no hay mejor disciplina que aprender a controlar la conducta. Si quieres que tu hijo sea disciplinado, enséñale a autocontrolarse. Claro que para ello es preciso que tú también seas capaz de autocontrolarte.

La importancia del autocontrol

Para aprender a autocontrolarnos, lo primero que se necesita es ser conscientes de que nos estamos alterando. La única manera de hacerlo es identificando lo antes posible las señales que nos lo indican. El proceso de alterarse es paulatino, pero la mayoría de las veces cuando nos queremos dar cuenta, ya es demasiado tarde y no hay posibilidad de dar marcha atrás.

Debemos enseñar a nuestros hijos modelos correctos de expresión emocional. Lo mejor es utilizar un lenguaje con frases descriptivas de la conducta. Por ejemplo, imagina que tu hijo entra en la cocina y con muy malos modos te suelta: «¿Cuándo vamos a comer? ¡Tengo hambre!»… Ante algo así podrías contestarle: «Hijo, ya sé que tienes hambre y que por eso estás más irritable. Pero vamos a esperar a tu madre». Una frase como esa, dicha serenamente, es mucho más apropiada y eficaz que recurrir a expresiones que describan nuestro estado emocional descontrolado: «Ya sé que tienes

hambre, ¡lo has dicho mil veces! Y yo estoy harto de aguantar tus malos modos… Que hasta que no me ves gritando, no paras, y me entran unas ganas de…». ¿Te suena esto?

Expresarse emocionalmente requiere utilizar pensamientos y palabras que guíen y controlen de forma correcta nuestra conducta. De esta manera nuestro pensamiento nos podrá ayudar a manejar la impulsividad (por ejemplo, dejando de pensar en que le voy a dar con el cazo como siga tan pesado) y la ira (diciéndonos sencillamente que «no me voy a enfadar»).

Los suspensos suelen ir acompañados de descontrol, y cuando nuestros hijos están más descontrolados es cuando más necesitan el control de los padres. Debemos enseñarles a actuar sin perder los papeles, porque para afrontar situaciones adversas hace falta tranquilidad.

Asimismo debemos enseñarles a generar emociones positivas. Esto no significa que estemos todo el día en plan «qué guay es todo», sino de reconocer —y verbalizar— todo aquello que nos ha producido bienestar. De modo que cuando tus hijos estén modorros y discutan contigo, te aconsejo que de vez en cuando recuerdes algo que hayas hecho y que te haga sentir bien respecto al «discutidor», por ejemplo: «Qué bien, no me he alterado».

¿Te parece difícil? Pues sí, lo es… Si fuera fácil, yo no estaría escribiendo este libro ni tú lo estarías leyendo en busca de ayuda. Pero, ¿crees que es posible? ¡Claro que lo es!

Lo que hace falta es que te pongas manos a la obra. Hazte el propósito de controlar tus emociones y tus pensamientos. Un poco de sordera transitoria viene bien en estos casos.

Y si, al final, no te has enfadado ni alterado, ponte una medalla. ¡Acabas de descubrir que tienes poderes! Pero, eso sí, son unos poderes que solo sirven para educar.

¿Sirven de algo los premios y los castigos?

— Paqui, creo que tenemos que hablar del castigo que le vamos a poner al niño. Porque este no va a salir de rositas… —dice Luis.

—¿Castigo? ¿Qué castigo? —pregunta Paqui algo incrédula—. ¿Qué crees tú que podríamos quitarle o prohibirle para conseguir que estudie?

—¡Me da lo mismo si estudia o no! Pero que se fastidie tanto como nos fastidia él a nosotros…

Quien escriba un libro que se titule *Los 50 castigos más efectivos para alumnos suspendedores* y, además, acierte y cada castigo vaya seguido en la práctica de un aprobado en la siguiente evaluación, debería estar dando conferencias por doquier y, por supuesto, habría que ponerlo en un altar. Pero dejemos de soñar y de buscar soluciones milagrosas, y centrémonos en lo que podemos y debemos hacer.

Cuando educamos, los premios deben tener una finalidad: reforzar una conducta que a los padres nos parece correcta. Así, cuando nuestros hijos dicen: «Me voy a estudiar» y, en efecto, se van a su cuarto, los padres solemos enviarles un mensaje de aprobación, ya sea solo con los ojos o con frases del tipo «muy bien, hijo, lo que te quiero»… Esa información pretende, por un lado, que nuestro hijo experimente una emoción positiva («Mira cómo pongo de contentos a mis padres») y por otro que se sienta socialmente reforzado («Este niño que maduro es»).

Lo mejor es que los premios no sean materiales, pues de ese modo se evita que los hijos actúen *solo* para conseguir algo, perdiendo de vista la importancia que tiene comportarse bien. Además, seguro que tus hijos ya tienen de todo. Entonces, ¿con qué les vas a sorprender? Un

premio puede ser una sonrisa, una alabanza, un gesto, una caricia. Pero hay que hacerlo con prudencia y midiendo lo que se dice. Hay padres excesivamente zalameros que se pasan el día diciendo cosas como «campeón, tú sí que vales», «eso ha estado fenomenal», hasta el extremo de que el niño se harte de tanta *fenomenalitis*, *campeonitis* y *tusiquevalesitis*, y los refuerzos acabarán perdiendo su posible efecto positivo.

Los mejores premios son aquellos que favorecen el desarrollo de la motivación de los hijos, pero sin esperar nada a cambio. Y esos buenos premios tienen que ver con la manera en que los padres trasmitimos a nuestros hijos lo orgullosos que nos sentimos y lo mucho que confiamos en ellos. Seguro que te parecerán extrañas las palabras

«orgullo» y «confianza» cuando nos estamos refiriendo a un suspendedor… Pero espera un poco, más adelante te explicaré por qué digo esto.

Los premios no han de aplicarse a las actividades habituales, pues no podemos estar premiándoles a diario por estudiar. Otro asunto es que, como consecuencia de haber estudiado, puedan obtener algo. Por ejemplo, ver la televisión es la consecuencia de haber estudiado y de haber hecho las tareas del colegio.

Al mismo tiempo debemos procurar que los premios tengan el suficiente eco social como para reforzar su valor. Hay padres que solo comunican al resto de la familia las notas de sus hijos cuando estas llenas de sobresalientes, y sin embargo, hay aprobados o notables que esconden un gran esfuerzo que debería ser reconocido y valorado. Esos

niños deberían escuchar cómo les decimos a sus abuelos, tíos y primos que nos sentimos orgullosos de ellos y de lo mucho que se han esforzado.

Pero, si no han trabajado, también tienen que escuchar que estamos orgullosos y confiamos en ellos, pues sabemos que, cuando quieran, podrán esforzarse más y lograr mejores resultados.

En cuanto a los castigos, reconozco que no me gustan demasiado. La palabra tiene una connotación de malestar, como si quisieras vengarte por algo que han hecho o dejado de hacer. Ese poso de venganza puede verse en la desesperación de muchos padres cuando ven que a sus hijos no les afectan los castigos que les imponen.

Cada vez que castiga a su hijo, Paqui entra en una dinámica de enfado permanente, mientras el niño se muestra cada vez más modorro.

—Que sepas que a partir de hoy no sales. ¡Como que me llamo Paqui!

—A mí no me importa —replica el niño.

—¿Ah, sí?, ¿esas tenemos? Pues, además, te vas a quedar sin móvil, a ver si eso le importa más al señorito…

—Ahí lo tienes, a mí no me importa.

—Pues sin videoconsola, y no me vuelvas a decir eso de «no me importa». El puñetero niño tiene que decir siempre la última palabra… ¡Y la última palabra la digo yo, que soy tu madre!

¡Me tienes harta! ¡Ya no sé qué hacer contigo!

Fíjate que Paqui iba a castigar al niño y ha terminado diciéndole en voz alta, como si necesitara recordárselo a sí misma, que quien manda es ella porque es su madre… Me temo que la cosa no ha empezado demasiado bien, ¿no crees?

¿Acaso Paqui quería que el niño se pusiera de rodillas con los brazos en cruz y que, sumido en un llanto pesaroso, dijera: «Mamá, el móvil no, no me lo quites… Déjame un mes sin salir, pero el móvil no, te lo ruego»… Si alguna vez tu hijo te sale con algo así, no tengas la menor duda de que tiene una gran vena artística.

¿Castigamos para vengarnos? ¿Castigamos para que los hijos sientan el malestar que nosotros sentimos? ¿O castigamos para que aprendan que todos los actos tienen consecuencias?

Prefiero utilizar la palabra «consecuencia» que la de «castigo». Las consecuencias ponen el énfasis en la responsabilidad. Es decir, responsabilizamos a los hijos de sus propias conductas. Sin embargo, los castigos aparecen como algo inevitable cuando educamos. Desde el momento en que trazamos guías y límites surge la posibilidad de que nuestros hijos se salgan de esas guías o sobrepasen los límites. Entonces recurrimos al castigo como una forma de hacer que el niño vuelva al camino señalado.

Cuando los padres marcamos guías y límites, lo que estamos haciendo es señalar un conjunto de normas que hay que respetar y, si no se

respetan, entonces llega el castigo.

Pero ten en cuenta que los padres no podemos ser arbitrarios a la hora de castigar y que los hijos deben saber de antemano qué consecuencias tendrá hacer, o no hacer, determinada cosa.

A continuación te explico tres puntos clave que debes recordar cuando se trata de imponer un castigo:

1. *Sé prudente.* Si se te calienta mucho el pico, tu hijo puede estar castigado hasta que canceles la hipoteca de tu casa.

2. *Los castigos tienen que ser proporcionales* a la «fechoría», y no a lo enfadado que estés.

3. *Cuidado con las burlas y humillaciones* con las que algunos padres —desesperados—

utilizan para responder ante los suspensos de los hijos. Llamar «Einstein» a tu hijo suspendedor delante de sus amigos, hermanos o primos no es fina ironía, sino mala leche, pues lo único que lograrás es humillarlo. ¿Crees que de ese modo conseguirás que te respete? ¿Crees que así se sentirá querido y valorado?

¿Cómo puede ser que los suspensos de los hijos saquen lo peor de sus padres? ¿No sería más adecuado enfrentarnos a los suspensos con lo mejor que tenemos dentro y lo mejor que somos?

RECUERDA

- Los hábitos de estudio no se enseñan ni se aprenden en dos días. Pero nunca es tarde para ponerlos en práctica.
- El ejemplo es la mejor manera de enseñar hábitos.
- Los padres motivados son padres que contagian optimismo, que se interesan por lo que ocurre a su alrededor, que están animados porque confían en sí mismos y en los demás.
- Los padres motivados no dicen: «No hay problema». Por el contrario, dicen: «Veamos qué podemos hacer para solucionar el problema».
- Si te muestras motivado, irradiarás motivación.
- Tu autoestima como padre o madre no depende de lo que tu hijo hace, sino de la manera en que interpretas por qué lo hace. Cuida las interpretaciones.
- La autoestima de tu hijo no depende de lo que tu hijo hace, sino de la manera en que interpreta por qué lo hace.
- Aceptación incondicional es mostrarle a los hijos que siempre pueden contar con sus padres. Eso no significa que no haya normas, límites y consecuencias.
- Los suspensos requieren una valoración objetiva y no una valoración emocional.
- Si los padres se muestran satisfechos, enseñarán a sus hijos a sentirse satisfechos.
- Las emociones están siempre presentes en nuestras vidas, y los suspensos estimulan el desarrollo de las mal llamadas «emociones negativas».
- Debemos enseñar a los hijos que para afrontar determinadas situaciones de la vida, sobre todo sin son adversas, hace falta manejar adecuadamente las emociones.

5

EL MODORRO

¿Quién es el responsable de los suspensos?

La responsabilidad del suspenso es del suspendedor; eso lo sabemos tú y yo, pero hay que dejárselo bien clarito a nuestros hijos cuando suspenden. Una vez dicho esto, también hay que tener bien claro que todos los que intervenimos en la educación de los hijos —familia y escuela— tenemos nuestra parte de responsabilidad.

Muchas veces los hijos entregan sus notas como si nos entregaran un paquete en el que, además de las calificaciones, está incluida la responsabilidad de los suspensos.

Parecería que los hijos son unos simples transportistas que llevan las notas desde el colegio hasta sus padres. «A ver qué haces con estos suspensos», parecen decir, como si la cosa no fuera con ellos.

Y lo peor es que en muchas ocasiones, en efecto, nos responsabilizamos de los suspensos y vamos a hablar con los profesores, buscamos clases particulares, nos disgustamos, organizamos horarios, etcétera.

Los suspensos son responsabilidad de los hijos, pero eso no significa que la averíaesté en el hijo, en el alumno, pues esa sería otra manera de eludir la responsabilidad que como padres o profesores tenemos. Cuando los niños aprueban —

cuando los alumnos aprenden— tendemos a responsabilizarnos, en mayor o menor medida, del éxito. Entonces, ¿por qué dejamos a los suspendedores como únicos responsables de sus suspensos?

Para padres y profesores es más tranquilizador pensar que si los niños suspenden es porque son unos indolentes y caprichosos, todo el día con los móviles, los padres los tienen demasiado consentidos, los maestros no ayudan… Es decir, la avería la causa siempre el otro, y así nos sentimos más tranquilos.

Pero muchas veces, cuando nuestros hijos se ahogan entre tanto suspenso, no basta con decirles: «¡Estudia!». Hay que echarles un cabo y arrastrarlos hasta un lugar seguro.

¿Estamos dispuestos padres y profesores a remar juntos en la misma dirección?

Suspender es una responsabilidad que recae sobre nuestros hijos, pero ellos solos no pueden hacer frente a la situación. Necesitan nuestra ayuda. Debemos ser siempre su guía, ponerles límites y confiar en ellos. Pero también necesitan la ayuda de sus profesores y maestros, y, sobre todo, experiencias de éxito y de reconocimiento de su esfuerzo. A veces, para motivar a un alumno, le ponen un cuatro «para que no se confíe», cuando a lo mejor lo que necesita es un cinco para coger impulso.

Los suspensos significan que hay que hacer algo, pero algo diferente, en cantidad y calidad, a lo que venimos haciendo. Un suspenso significa que hay que seguir educando, y está demostrado que la implicación, el interés y la actitud de los padres ante los estudios de sus hijos influyen positivamente en su conducta académica. Pero implicación y actitud no deben de confundirse con hacer de profesores particulares o con hacerles los deberes.

¿Cuál es nuestro objetivo como padres? ¿Que nuestros hijos sean autónomos en el estudio o que aprueben el próximo examen? Si queremos que sean autónomos, tendremos que dar los pasos necesarios para que se responsabilicen y asuman que estudiar es una tarea que les compete, sobre todo, a ellos. Si, por el contrario, lo que queremos es que aprueben el siguiente examen, tendremos que ponernos a estudiar con ellos. ¿Crees que de ese modo estarás ayudando a tu hijo?

Hay muchos padres que han acostumbrado a sus hijos a estudiar en su compañía, hasta el punto de que son los hijos los que dicen eso de «mamá, papá, a estudiar». En esos casos los padres nos quedamos con las ganas de decir: «¡Que me dejes!», pero allí estamos, sentaditos a su lado leyendo la lección, explicándola, desmenuzándola…

Puede que nuestros hijos aprueben, pero te aseguro que de ese modo no aprenden a estudiar. Se acostumbran a que les resumamos las ideas importantes, a que les busquemos la información relevante, a aprender con comodidad. Pero también les estamos enseñando que ellos solos no saben, a ser dependientes y a sentirse un tanto incapaces.

«No quiero seguir estudiando»

Durante la etapa educativa no es raro escuchar decir a nuestros hijos: «No quiero seguir… ¿Para qué voy a seguir estudiando? Estudiar es un rollo». Y a nosotros nos sale rápidamente el famoso «¿y qué vas a hacer?, ¿ser un don nadie, un desgraciado?». Y

como el modorro nos tiene ya calentitos, terminamos con lo de «y yo también estoy harto de ir a trabajar y no me quejo». Es decir, el mensaje que les transmitimos es que tiene razón, pero hay que aguantarse. No estoy muy seguro de que la resignación sea una buena herramienta para educar.

Ya hemos dicho que uno de los mayores enemigos de la educación es el miedo, y hay que ver lo que nos asustan nuestros hijos cuando los vemos desmotivados, apáticos, sin ilusión, con ganas de abandonar, derrotados… Por eso insisto en recordar a los padres que cuando nos acecha el miedo debemos actuar con la mayor tranquilidad que seamos capaces de encontrar.

A continuación te propongo algunas pautas que te servirán para saber de qué modo debes actuar:

1. *Anticípate al problema.* Desde pequeñitos hay que insistirles en la idea de que hasta los dieciséis años es obligatorio estudiar, y que la educación secundaria la tienen que terminar sí o sí. Repito: cuando nuestros hijos flaquean, nosotros debemos mostrarnos más seguros y firmes. Esfuérzate en comprender que en algún momento la escuela o el instituto le resultará a tu hijo «un rollazo», y a continuación recuérdale que ir a clase no es negociable, y añade: «Cuando termines la secundaria, ya hablaremos de lo que quieres hacer, porque estoy convencido de que si te esfuerzas un poco más, tendrás éxito. Estamos seguros de tu capacidad para resolver tus problemas escolares, y si podemos ayudarte, aquí estamos».

2. *Valora la institución escolar.* La escuela como institución es la mejor colaboradora de la familia en la educación de nuestros hijos. Es fundamental que tus hijos te oigan hablar bien del colegio o del instituto, porque el conocimiento —y no solo el académico, sino también el social—, se adquiere allí.

3. *Valora a maestros y profesores.* Si los padres no valoramos a los que colaboran con nosotros en la educación de los hijos, ¿por qué habrían de hacerlo ellos? Los profesores, como nos ocurre a nosotros y a nuestros hijos, no son perfectos. Y puesto que vivimos en un mundo imperfecto, habrá que aprender a adaptarse y a relacionarse con personas diferentes. Ayuda a tu hijo a entender que los demás no tienen por qué comportarse como nosotros deseamos. Todos los maestros enseñan algo, aunque sea lo que no hay que hacer. Y aprender eso no tiene precio.

4. *Valora el esfuerzo y no la nota.* Recuerda que los hijos son mucho

más que las notas que obtienen y que muchas veces los padres somos insaciables. En ocasiones nos mostramos decepcionados con un aprobado y soltamos eso de «tú eres de nueve».

Valora el esfuerzo, porque se trata de una herramienta que está muy ligada al éxito.

Cuando te planteas si tu hijo podría hacer más en sus estudios, hazte tú la misma pregunta: «¿Podría hacer más en mi trabajo, como padre, con mi pareja?».

5. *Valora a tu hijo.* No le llames vago y no le digas que va a ser un desgraciado. Es mucho más efectivo trasmitirle la idea de que puede lograrlo. Para ser un incompetente solo es necesario que te creas que eres un incompetente.

6. *Valórate a ti mismo.* «¡Dios mío, qué habré hecho mal!», pensamos cuando llegan los suspensos. Con ese grito de guerra los padres nos martirizamos y nos sentimos culpables de lo que hacen nuestros hijos. Si nos desvalorizamos y nos culpabilizamos, solo lograremos formar parte de de la asociación que ya te mencioné, la de

«desgraciados/desgraciadas.com».

El futuro de nuestros hijos nos preocupa, pero el presente es el que nos tiene que ocupar.

El SNC (Síndrome del Niño Cabrón)

Como reacción ante el malestar de los suspensos, en ocasiones nuestros hijos multiplican por cien su grado de chulería, lo que hace que se comporten con nosotros de manera hiriente y despectiva, como unos verdaderos «cabroncetes». De hecho, muchos padres desesperados lo piensan: «Ese es mi suspendedor, un cabrón con pintas».Esto se lo he oído decir a tantos y tantas veces que he terminado inventando un nuevo síndrome, el SNC, el Síndrome del Niño Cabrón. La idea se me ocurrió cuando conocí el caso de un niño suspendedor llamado Gonzalito.

La madre de Gonzalito, una maestra estupenda casada con un maestro estupendo, me llamó por teléfono y, entre lágrimas, me habló de su hijo, un chico de catorce años que había sido «muy bueno», pero que había cambiado repentinamente su manera de comportarse en casa. Su relato fue más o menos así:

Se ha trasformado , se ha vuelto muy contestón, siempre tiene un «no» en la boca, nos lleva siempre la contraria, critica todo lo que hacemos y decimos… Lo que más me preocupa de Gonzalito es que, además, ha suspendido y se niega a ir al colegio . No hay forma de hacer que cambie de idea. La tensión, las peleas y el malestar se han apoderado de mi casa. Necesitamos saber qué le pasa y qué podemos hacer con él.

Recuerdo a sus padres sentados frente a mí, impacientes y nerviosos, esperando a que yo diera con la tecla que arregla a los «descarriados». Abrí el informe que había escrito y, mirándoles fijamente, dije: «Gonzalo padece el SNC».

Me miraron con inquietud, con ojos de «¿y eso qué es?»,de modo que, antes de que me lo preguntaran, les traduje el palabro: «Es el Síndrome del Niño Cabrón». Sus miradas indicaban desconcierto, así que repetí el diagnóstico: «Gonzalito tiene el Síndrome del Niño Cabrón».Y esbocé una sonrisa que relajó el ambiente. A continuación, a modo de explicación, les dije que el *Diccionario* de la Real Academia Española dice, en su primera acepción, explica que el adjetivo «cabrón»,en su sentido coloquial, se utiliza para definir a «una persona que hace malas pasadas o resulta molesto». Puedo asegurar que, en aquella época, Gonzalito hacía muy malas pasadas y resultaba algo más que molesto. Su comportamiento era la más fiel representación de la ofuscación: retaba continuamente a sus padres, los desafiaba… En resumidas cuentas, era un adolescente insoportable, y el nombre del síndrome le venía que ni pintado.

Unos veinte años después me encontré un día con «Gonzalito, el niño cabrón» por la calle. Me presentó a su mujer y en brazos llevaba a su hija. Me habló de su trabajo de maestro en un colegio (un colegio en el que sus compañeros lo valoran, entre otras cosas, por su saber hacer con sus alumnos, especialmente con los «difíciles») y de su vida en general. Me dio un abrazo antes de despedirse y, mientras contemplaba cómo se alejaba esa postal de familia feliz, recordé la cantidad de lágrimas que sus padres habían derramado veinte años atrás, y me reafirmé en mi creencia de que las lágrimas que vierten los padres por los hijos nunca son estériles.

Gonzalito no solo es un buen padre y un buen profesional; además, es un magnifico hijo. Y sus padres han desempeñado un importante papel en estos logros. Te preguntarás qué papel ha sido ese, y ya me gustaría decirte que siguieron mis sabios consejos, pero no sería del

todo cierto (en realidad, les ayudé a abrir las anteojeras, a ampliar el campo de visión y a recuperar cierta perspectiva). Lo que de verdad ayudó a los padres de Gonzalito fue el ser capaces de entender por qué se sentían mal como padres. Se sentían frustrados porque su hijo no seguía sus directrices, independientemente de que usaran premios o castigos.

De modo que fueron capaces de tolerar el malestar que les generaba el comportamiento de su hijo, y para ello dejaron de centrarse en las conductas de Gonzalito para pasar a prestar más atención a su papel de padres. Y pudieron responder a los envites de su hijo porque sabían que podían utilizar las herramientas que siempre habían utilizado: educar y seguir educando.

RECUERDA

- La responsabilidad del suspenso es del suspendedor, y esto se lo tienes que dejar muy claro a tu hijo. Aun así, todos los que intervenimos en la educación de nuestros hijos (familia y escuela) tenemos nuestra parte de responsabilidad.
- La implicación, el interés y la actitud de los padres ante los estudios de sus hijos influyen positivamente en su conducta académica.
- Desde pequeñitos hay que insistirles a los hijos en la idea de que hasta los dieciséis años es obligatorio ir a clase y que la educación secundaria la tienen que terminar.
- Ante la realidad de los suspensos, nuestros hijos suspendedores multiplican por cien su grado de malestar, lo que les hace comportarse con sus padres de una manera hiriente y despectiva.
- Los hijos, para construirse como personas, precisan de tiempo y de ayuda.

Te recuerdo que los hijos, para construirse como personas, precisan tiempo y ayuda.

Tiempo, porque cuando se educa no se puede tener prisa y porque los resultados del acto de educar no son inmediatos. Y ayuda, porque los hijos siempre van a necesitar a alguien que les guíe, por más que durante la adolescencia se sientan fascinados por las señales y las guías de otros y combatan con energía las que los padres les marcan.

Si los padres nos sentimos bloqueados por el miedo cuando los hijos se descontrolan, ¿quién los guiará con mano firme pero con amor? Los padres de Gonzalito pidieron ayuda y pudieron volver a confiar en lo que estaban haciendo.

Fueron perseverantes y se armaron de paciencia. Y Gonzalito solo necesitó cumplir treinta años para poder comportarse como un

hombre de treinta años.

«¡Treinta años son demasiados!», dirás asustado… Pero no, fue mucho antes cuando Gonzalito se dio cuenta de que incordiando no solucionaba nada. Es cierto que perdió algún curso antes de «regularse», pero el tiempo nunca es perdido si al final vemos a nuestros hijos caminando hacia una meta.

Por supuesto, los padres de Gonzalito lo pasaron mal y el camino que recorrieron no fue sencillo. Es cierto que esta historia tiene un final feliz, y sé bien que no todas lo tienen. Aun así, te recuerdo que en muchas ocasiones los padres de los suspendedores nos desesperamos cuando el cuento apenas acaba de comenzar.

6

LAS HABILIDADES

Suspensos y competencias

—Mi hijo es muy inteligente, se parece mucho a mí, pero ya sabes tú que los niños más inteligentes son un poco más vagos, y por eso suspende. Pero él está tan feliz, no se preocupa, porque en cuanto haga «clic» y madure será lo que quiera —dice la madre de un compañero de tu hijo el suspendedor. De hecho, te cuenta esta milonga cada vez que os tomáis un café para hablar de vuestras cosas. Y tú, mientras escuchas a esa madre cegada por la pasión, te entran ganas de decirle:

—¿Vago? De vago nada… Lo que le ocurre a tu hijo es que no se entera. Desde luego, algunos padres están ciegos en lo que respecta a sus hijos…

El cien por cien de los niños de entre seis y dieciséis años tienen que estar escolarizados obligatoriamente y, en la actualidad, en las escuelas están escolarizados casi el cien por cien de los niños de entre tres a seis años. Esta es una buena señal, porque cuanto más prolongada sea la etapa de los estudios básicos, mejor formación tendrán nuestros hijos.

Pero también es verdad que si todos los niños están escolarizados con carácter obligatorio, también hemos de encontrar obligatoriamente problemas y dificultades en algunos chicos y chicas para aprender todo ese conocimiento. Y lo llamo conocimiento obligatorio porque desde bien pequeño te cascan un cero si no aprendes lo que el colegio enseña. La escuela, a diferencia de los restaurantes, tiene un menú bastante restringido en lo que a formas de «enseñar a aprender» se refiere. Seguro que ya has observado lo diferentes que son tus hijos de sus compañeros de clase, de sus propios hermanos, de los vecinos o amigos. Y, sin embargo, el menú de la escuela es muy similar para todos los niños. De hecho, cuando los padres nos damos cuenta de que nuestros hijos tienen dificultades para aprender, lo que le pedimos a los profesores es que hagan el esfuerzo de tener en cuenta sus peculiaridades.

Hay hijos que, por la razón que sea, no son unas lumbreras, e incluso los hay que tienen serias dificultades para atender, trastornos de lectura y de escritura que hacen que cualquier texto se convierta en un documento escrito en chino, problemas de audición, problemas para procesar la información, problemas emocionales… Ahora bien, puede que un niño tenga problemas para dominar el lenguaje matemático,

pero

que sea muy competente para el dominio del lenguaje oral y escrito, o del lenguaje musical o del emocional. Sí, estoy hablando de inteligencias múltiples y estoy haciendo referencia a que nuestro sistema educativo está muy encorsetado por los contenidos lectoescritores y de operaciones de cálculo. Si nuestros hijos tienen dificultades para entender lo que leen, lo van a pasar mal, a no ser que les ofrezcamos otras vías de acceso al conocimiento (auditivas, sensoriales). Y, del mismo modo, si tienen dificultades para la comprensión de problemas matemáticos, de nada les servirá que sepan sumar, restar, dividir y multiplicar, aunque sea con decimales.

Cada niño es diferente en intereses, motivación, competencias, emociones, experiencias personales, ambiente y clima familiares, personalidad… Pero todos se encuentran con el mismo menú. Consecuencia lógica: habrá problemas sí o sí.

¿Te acuerdas de tus compañeros de colegio? ¿Sabes qué fue de ellos con el paso del tiempo? ¿Solo triunfaron los que sacaban buenas notas? ¿Qué notas obtenías tú? ¿Crees que sacar buenas notas y no repetir es un buen predictor de triunfo y honradez?

Las notas escolares no sirven para identificar las competencias de nuestros hijos.

Que uno saque sobresalientes en todo no significa que sea más inteligente que otro que no llega a diez ni sumando todas sus calificaciones. No se trata de echarle la culpa al sistema escolar ni al profesorado. Pero sí creo que hay que poner en su justa medida el valor de las notas y el valor de los suspensos.

La teoría de las inteligencias múltiples la propuso hace unos años el psicólogo Howard Gardner, quien, observando a muchos alumnos, se dio cuenta de que la inteligencia no es «un diamante en bruto» o una mezcla de diferentes capacidades, sino que es más como un collar donde hay diferentes piedras preciosas que son semi-independientes las unas de las otras. La inteligencia no es «una pieza» que se tiene o no se tiene. La inteligencia es la capacidad mental para resolver problemas y/o elaborar productos.

Esta visión de la inteligencia pone en entredicho que la brillantez académica lo sea todo. Y esto es algo que sabemos bien los padres: para desenvolverse en la vida no basta con tener un brillante expediente académico. Así, por ejemplo, hay hijos que sacan unas

notas excelentes cuyos padres están asustados porque les parece que no tienen habilidad para desenvolverse socialmente. Hay personas con gran capacidad intelectual que no saben hacer amigos, y viceversa, hay personas mucho más mediocres académicamente capaces de triunfar en el mundo de los negocios o en su vida privada.

Pero, ¿puede alguien poco inteligente tener éxito en los negocios, en los deportes o en las artes? La respuesta es no, porque tener éxito no es cuestión de suerte. El éxito requiere ser inteligente. Pero, repito, hay inteligencias múltiples. Messi, Mozart, Picasso, Amancio Ortega…, tú mismo cuando cocinas, te haces un vestido, construyes un mueble, arreglas la avería de tu coche o hablas con tus amigos porque te consideran un buen referente, estás utilizando un tipo de inteligencia distinto.

Ni mucho menos se trata de comparar a Messi con Mozart. Uno no es mejor o peor que el otro. Sencillamente, son distintos.

Gardner define la inteligencia como una habilidad. Hasta hace poco tiempo, se creía que la inteligencia se heredaba. *Quod natura non dat, Salmantica non præstat*. Es decir, los niños nacían inteligentes o no, y la escuela no podía cambiar ese hecho. No pretendo negar el valor de la dotación genética, pero la inteligencia requiere práctica, interacción, experiencia, ejercicio y estudio.

Además, Gardner también descubrió que la inteligencia —la manera de conocer y adaptarte al mundo que te rodea— se puede presentar de ocho maneras diferentes, aunque no es descartable que pueda haber más. Todos somos capaces de conocer el mundo a través del lenguaje, del análisis lógico-matemático, de la representación espacial, del pensamiento musical, del uso del cuerpo para resolver problemas o realizar actividades, de la comprensión de los demás individuos y de nosotros mismos o del análisis de los elementos del entorno natural. Por lo general, la escuela se ha centrado casi en exclusiva en las dos primeras inteligencias (lenguaje y análisis lógico-matemático), que tienen que ver con las técnicas instrumentales, esto es, lecto-escritura y cálculo y operaciones.

Pero los alumnos aprenden, representan lo aprendido y utilizan el conocimiento que han adquirido de muchos modos diferentes que constituyen un desafío para el menú casi único que ofrece la escuela, que da por sentado que todos los alumnos pueden y deben aprender las mismas cosas del mismo modo y al mismo tiempo. ¿Qué ocurre con los alumnos que no lo hacen? Pues mucho me temo que tienen un problema. Y si tú eres el padre o la madre de ese alumno, seguro que

sabes bien de qué estoy hablando.

Cómo saber el tipo de inteligencia que tiene tu hijo

Piensa por un momento en las actividades en las que tu hijo el suspendedor muestra cierta habilidad o competencia. Seguro que las tiene. Hay suspendedores que son unos manitas; suspendedores que escriben poemas que representan bien sus emociones; los hay que tienen habilidad para la música, ya sea cantando o tocando algún instrumento;

suspendedores que son unos hábiles negociadores; suspendedores que en el campo, en mitad de la naturaleza, muestran entusiasmo por animales y plantas.

A continuación te propongo una serie de habilidades que aparecen en los diferentes tipos de inteligencia. Y te aviso, no están todas. Pero tú piensa en las actividades que se le dan bien a tu hijo, y valora esas cualidades, reconoce esas competencias, hazle ver que eres consciente de ese talento y, desde ese reconocimiento, anímale a que desarrolle otras habilidades y competencias.

Paqui y Luis desconocen que su hijo se sabe las letras de todas las canciones que tiene en su móvil, y son muchas. Es más, tanto ellos como su hijo creen que este tiene dificultades para organizar la información, almacenarla con orden y recordarla, y que por eso baja su rendimiento académico.

A veces los padres nos llevamos sorpresas respecto de las actividades que nuestros hijos son capaces de hacer. Así que mostrar interés por esas «habilidades» puede servir de puente para llegar a otras.

Si Paqui y Luis le pudieran trasmitir a su hijo que valoran positivamente la habilidad que tiene para aprenderse todas esas letras (y algunas en inglés), tanto él mismo como sus padres descubrirían que, pese a los suspensos, tiene un potencial que le puede ayudar mucho en sus estudios. Esto nos pasa a menudo con los hijos supendedores. Estamos tan abrumados por los suspensos que somos incapaces de reconocer aquello que hacen bien. Y si nosotros no lo valoramos, es muy posible que nuestro hijo tampoco lo haga.

INTELIGENCIA LINGÜÍSTICA
• Es propia de chicos y chicas a los que se les da muy bien inventar historias (fantásticas, de terror, de humor). • Presentan buena memoria para los nombres, los lugares y las fechas. Recuerdan con facilidad cosas que se han hecho hace tiempo. • Disfrutan contando las cosas que han leído u oído. • Les gusta leer o que les lean libros. • Les encanta hablar y lo hace para comunicar ideas, pensamientos y emociones.
INTELIGENCIA NATURALISTA
• Es propia de chicos y chicas a los que les gusta aprender y disfrutar con las actividades relacionadas con la naturaleza (salir al parque, al campo, observar animales…). • Son curiosos y a menudo preguntan el porqué y cómo funcionan determinadas cosas. • Son observadores. Se fijan en los cambios que se producen en la naturaleza. • Clasifican materiales y disfrutan descubriendo semejanzas y diferencias entre los elementos que clasifican.
INTELIGENCIA LÓGICA-MATEMÁTICA
• Es propia de chicos y chicas que aprenden pronto y con facilidad los conceptos de cantidad y tiempo, así como las nociones de causa y efecto. • Demuestran una gran habilidad para resolver problemas. • Utilizan con facilidad habilidades matemáticas. • Disfrutan con las operaciones complejas que implican cálculo, aplicación de principios de la física, programación de ordenadores o métodos de investigación. • Utilizan y construyen argumentos consistentes para aceptar o rechazar cualquier afirmación. • Usan la tecnología para resolver problemas matemáticos.

INTELIGENCIA CORPORAL-CINESTÉSICA
• Es propia de chicos y chicas que disfrutan mediante el tacto y el movimiento. Les gusta tocar, manejar o manipular lo que van a aprender. • Se les da muy bien cualquier tipo de actividad deportiva. • Recuerdan más claramente las cosas que hacen que lo que ven o escuchan. • Son muy buenos realizando imitaciones gestuales (mímica). • Manifiestan habilidad para actuar, bailar, coser, modelar plastilina. Son buenos en atletismo o con los teclados. Demuestran armonía, destreza y precisión en las tareas físicas.
INTELIGENCIA INTERPERSONAL
• Chicos y chicas que disfrutan de las relaciones con amigos y compañeros. Y sus compañeros y amigos disfrutan con ellos. • Les gustan los trabajos en grupos. • Tienen un gran sentido del humor. • Son muy sociables y les encantan los eventos familiares. • Son empáticos. Se dan cuenta de los sentimientos de los demás y los respetan. • Muestran habilidad a la hora de resolver discusiones en los conflictos que ocasionalmente surgen en casa. • Son solidarios con el dolor ajeno.
INTELIGENCIA INTRAPERSONAL
• Son chicos y chicas independientes. • Necesitan su propio espacio, tiempo para estar solos y marcarse su propio ritmo de aprendizaje. • Saben reconocer sus emociones y cómo gestionarlas de forma adecuada. • Se interesan más por las personas que por las cosas. • Son optimistas.

INTELIGENCIA MUSICAL
• Les encanta escuchar música. • Son sensibles a la música a nivel corporal. Acompasan sus movimientos y sus emociones al ritmo de la música. • Reconocen diferentes estilos musicales. • Son buenos cantando y/o tocando algún instrumento. • Se divierten improvisando y jugando con sonidos. • Son capaces de percibir música en las actividades cotidianas. • Muestran una buena memoria auditiva.
INTELIGENCIA ESPACIAL
• Aprenden viendo y observando. • Reconocen caras, objetos, formas, colores, detalles y escenas. • Se orientan fácilmente en el espacio; por ejemplo, cuando se mueven y viajan. • Utilizan imágenes visuales como ayuda para recordar información. • Descifran con facilidad gráficos, esquemas, mapas y diagramas. • Aprenden con gran facilidad mediante la representación gráfica.

Recuerda

- Si todos los niños están escolarizados con carácter obligatorio, es lógico que muchos tengan problemas y dificultades para aprender.
- La inteligencia no es «una pieza» que se tiene o no se tiene. La inteligencia es la capacidad mental para resolver problemas y/o elaborar productos.
- Tener buenas calificaciones escolares no implica que se vaya a tener éxito en la vida. Y tener malas calificaciones escolares tampoco implica que no se vaya a tener éxito.
- Conocer las competencias de nuestros hijos nos permitirá utilizarlas como motor de su desarrollo.
- La inteligencia, la manera de conocer y adaptarte al mundo que te rodea, se puede presentar, como poco, de ocho maneras diferentes.

7

TIPOS DE SUSPENDEDORES

Lo peor de los suspensos no son ni los disgustos ni las discusiones entre los padres de la criatura que suspende. Tampoco lo son las noches en vela ni la amarga sensación de impotencia. Lo peor viene cuando te sientas a hablar con tu hijo y te das cuenta de que el problema no es tanto que haya suspendido, sino que «el niño es un insensato».

Un par de días después de haber leído las notas, llega el momento, que no se puede demorar más, de hablar con ellos sobre el asunto. Es recomendable dejar pasar unos días para serenarnos y evitar así la posibilidad de calzarle al niño un par de sopapos cuando, con su típica voz de modorro, te suelte eso de «yo no tengo nada que hablar con vosotros», frase que vendrá acompañada de su genuina mirada de osado desprecio.

Se trata de evitar la confrontación, de tal manera que si le dices: «Hijo, vamos a hablar ahora de tus notas», y el chaval te responde: «Ahora no puedo, que estoy estudiando», no maldigas ni le sueltes eso de «a buenas horas, mangas verdes». Sencillamente dile:

«Hijo, ahora».

Los hijos suspendedores utilizan diferentes tácticas y estrategias que tienen una finalidad: salir del paso lo más airosamente posible. Seguro que reconoces esta frase:

«La culpa no ha sido mía… Puede parecerlo, pero no es mía».

El sobrado

El suspendedor sobrado es aquel que presenta un boletín de notas con media docena de suspensos y es capaz de mirar a sus irritados padres con cara de incredulidad mientras les dice con absoluta certeza:

—¡Cómo os ponéis por nada, si las voy a recuperar!…

Este tipo de suspendedor, que es muy mentiroso, pero mucho, antes de que los padres abran la boca, hace un repaso por cada una de las asignaturas suspensas.

—Historia, aunque pone suspenso, solo me ha quedado una parte de Napoleón, una tontería, porque que no sé a qué viene que tengamos que estudiar nosotros a Napoleón.

En lengua creí que iba a poner un examen de preguntas cortas y ha puesto solo dos preguntas a desarrollar, pero no hay que preocuparse. La de inglés me dijo que tenía un seis en *conversation* y un seis y medio en *reading,* pero no sé por qué me ha puesto un

cuatro en el global, porque yo hablo inglés como si fuera de allí. Tengo algún problemilla con los verbos, pero, vamos, os acordáis de cuando estuvimos en Londres,

¿no? Era yo el que pedía las cosas… En matemáticas he tenido mala suerte, y el profesor me tiene un poco de ojeriza, porque a mí no me sube nota, como hace con el hijo de tu amigo Fernando… Y las otras dos son unas marías. Así que, tranquilos, que el niño tiene esto controlado.

Es decir, en menos de cinco minutos ha intentado convencerte de que seis suspensos en realidad es solo uno. Así pues, a la preocupación por los suspensos se le añade otra aún mayor que los padres solo se atreven a decirse a sí mismos: «Madre mía, este niño… ¡está tonto!».

Prueba de su autoconfianza, el sobrado del niño lanza un órdago:

—¿Qué te apuestas a que las recupero todas? —Y no contento con el alarde de torería, añade—: ¡Eh!, ¿a que apruebo todas y me dejáis ir a la fiesta que vamos a organizar en el local de Pepín?

O sea, que no solo no reconoce los seis suspensos (para él es solo uno), sino que, además, quiere un pasaporte para ir a una fiesta con el Pepín

de las narices. El padre y la madre, aún desconcertados, intentan seguir centrados en su objetivo de hablar con el niño, aunque la probabilidad del tortazo está aumentando de manera significativa.

Antes de que los padres puedan plantear una pregunta, el suspendedor sobrado va a su cuarto y vuelve con el ordenador portátil y la página web de una universidad. Se la enseña a sus padres y les dice:

—Cada día lo tengo más claro: vuestro hijo va a estudiar el grado de Ingeniería de Telecomunicaciones.

Los padres no salen de su asombro, pero el torero continúa su faena:

—Creo que, con un poco de ayuda en mates, podré terminar la ESO en dos cursos…

Bueno, pongamos tres por si surge algún imprevisto, y luego el bachillerato de un tirón.

Así que animaos, que esto va por el buen camino. ¡Ah, papá, mamá! No se os olvide que me habéis prometido que, si recupero, voy a la fiesta de Pepín.

«La madre que lo crió», piensa el padre. «Míralo, igualito que el fantasioso de mi cuñado», piensa la madre que lo crió. Mientras tanto, el niño se sienta ufano en el sofá, dispuesto a dar todas las explicaciones que hagan falta sobre cómo llegar a la escuela de telecos y, sobre todo, a la fiesta de Pepín.

—Mira, hijo —dice el padre antes de perder la miajita de calma que le queda—, estás en segundo de la ESO, te han quedado seis, no una ni cuatro, sino seis…

En ese momento el chaval, muy serio, vuelve a intervenir:

—Papá, si me vas a hablar con recochineo, mejor lo dejamos…

—No, hijo, no es recochineo, son matemáticas básicas. Coge el boletín de notas y verás que hay seis suspensos… —y continúa—: Pero vamos a dejar el futuro y hablemos del presente, de qué es lo que vas a hacer para solucionar esta catástrofe.

A lo que el niño, esta vez haciéndose el dolido, replica:

—Con esta absoluta falta de confianza en mí, me entran ganas de dejarlo todo.

—¿Falta de confianza? —responde el padre levantando la voz. Entonces el niño se levanta y, dirigiéndose a su madre, dice:

—¿Ves? Es imposible hablar serenamente con papá —y hace un además de irse.

Es lo que tienen los sobrados: mucha palabrería, imaginación, demasiada fabulación, un sinfín de ideas de éxito futuro y, según ellos, unos padres que no confían en su valía, lo que explica que se «vengan abajo».

Pero el problema del suspendedor sobrado es que se cree sus propias mentiras, que son tantas que su vida se ha convertido en una fantasía descontrolada. Y aparte de mentir, al suspendedor sobrado le gusta situarse en una posición de superioridad: actúa como si fuera el mejor entre sus compañeros; discute con los profesores sobre ciertos aspectos de una materia que desconoce y cuando sale de clase dice: «Lo he dejado callado». El problema del suspendedor sobrado es que no es capaz de reconocer sus limitaciones y no sabe qué debe cambiar para poder obtener mejores resultados. Y, por si fuera poco, el problema del suspendedor sobrado es que sus propios compañeros le animan a que haga de bufón en clase para poder reírse.

¿Tienes un hijo que va de sobrado? Si la respuesta es «SÍ», espero que las siguientes pautas te ayuden:

Hay personalidades que presentan rasgos más proclives a transformar la realidad.

Por un lado están las personas imaginativas, esas que tienen una gran capacidad para contar historias cotidianas y que, además, suelen caer muy bien. Y si no, fíjate en la cantidad de charlatanes que embaucan a la gente con los nuevos «tocomocho». Pero,

por otro lado, están todas esas personas tan necesitadas de reconocimiento que se inventan una vida para poder así recibir halagos y recompensas.

Los padres no podemos evitar que nuestros hijos nos mientan, pero sí podemos evitar comportarnos como si no nos estuvieran mintiendo. Si tu hijo te miente, no es necesario que te rajes las vestiduras y exclames eso de «¡te ruego que no me mientas!».

Es mucho más práctico hacer ver a tu hijo que, si te miente, no le volverás a preguntar nada, porque te seguirá mintiendo y tú cada vez te sentirás más desesperado. De modo que, si quieres saber sus notas,

habla directamente con sus profesores, y si te dice que fulanito le ha invitado a dormir a su casa, llama a los padres de fulanito y pregúntales.

El mensaje es claro: no te voy a creer. Aunque estés deseando creerle, dale tiempo.

Hazle ver que confías en él. Pero que una cosa es confiar y otra chuparse el dedo. A los padres que se quejan de que sus hijos les mienten sobre las notas y buscan la forma de que dejen de hacerlo, les aconsejo que hagan algo bastante sencillo: no le preguntéis al niño, preguntadle a su tutor o a sus profesores.

Cuando tu hijo se «inicie» en las mentiras, háblale de las consecuencias que tiene mentir: pérdida de amigos, pérdida de confianza, pérdida de credibilidad… Pero hazlo con tranquilidad y sin exagerar.

También es una buena estrategia darle la oportunidad de que recapacite y admita su mentira («¿Estás seguro de que ha sido así? Piénsalo antes de contestar…»). Si reconoce que ha mentido, muestra tu satisfacción con esa manera de proceder (ha rectificado), pero inmediatamente recuerda que mentir tiene sus consecuencias.

Si, a pesar de las oportunidades para que admita su mentira, tu hijo sigue erre que erre, lo mejor es no ponerle en la situación de tener que mentir. De modo que, cuando te cuente algo, simplemente no le creas.

El Calimero

El suspendedor Calimero se caracteriza por presentar una importante y descontrolada carga emocional como forma de responder ante sus suspensos.

El suspendedor Calimero rehúye el momento de tener que afrontar con sus padres el tema de las notas. Así que cada vez que ellos, con todo el cuidado del mundo, le dicen:

«Vamos a hablar, hijo», él responde con un desbordamiento emocional acompañado de los consiguientes mensajes verbales: «Me estáis agobiando», «Me estáis amargando la

vida», «No os dais cuenta de lo mal que estoy», «Qué asco de vida, y vosotros solo os preocupáis por las notas»…

Este tipo de suspendedor provoca en los padres una doble preocupación: al malestar por los suspensos se une el agobio que implica pensar que al hijo le ocurre algo que le hace sentirse desgraciado.

Insistiéndole con suavidad, lograremos que se siente con sus padres a hablar de los suspensos. Y antes de que los padres le pregunten, él se lanza a dar información:

—De verdad, no sé qué me pasa… Me tiro toda la tarde estudiando y luego tengo la extraña sensación de que no me he aprendido nada. Y esto me hace sentir fatal. Y

vosotros venga a preguntar qué tal me ha ido en clase, pero no me preguntáis cómo me siento. Es que no os dais cuenta de que estoy mal.

—Hijo —dice su padre con calma—, claro que nos interesa cómo te sientes, y nos gustaría que siempre te sintieras genial… De hecho, cuando hablas por teléfono con tus amigos se te oye tan feliz y jovial, y cuando sales con tus amigos, te vas siempre tan contento…

—¿Contento? —interrumpe Calimero—. ¿Veis como no me conocéis? Sí, claro que salgo con los amigos, pero no porque me apetezca, sino porque, si me quedo en casa, me da miedo cometer alguna locura… Aquí me ahogo, me falta el aire… Lo único que necesito es tener un poco de suerte. Si mi tutora fuera la de lengua, no habría suspendido tantas asignaturas.

—Pero, hijo, si has suspendido lengua…

—Bueno, pero suspendí porque la mayoría de las preguntas eran de unas fotocopias que no pude comprar porque no tenía dinero en ese momento.

—¿Y por qué no nos pediste el dinero para las fotocopias?

—Porque cada vez que os pido dinero me hacéis sentir mal, y es que todo lo que hacéis es para hundirme. —Calimero coge carrerilla para tirar las bombas de profundidad con las que piensa dejar noqueados a sus padres—. Para vosotros todo es muy fácil… Os basta con lo de «estudia, estudia, estudia», pero yo lo paso muy mal.

Nunca decís nada bueno de mí y, claro, será porque no hay nada bueno… Yo veo a mis amigos y tienen una estupenda relación con sus padres, hablan con ellos, se ríen, se lo pasan bien. Pero con vosotros es imposible. Solo os importa que apruebe, que no suspenda, que estudie mucho… Y echo de menos a la abuela, la echo tanto de menos…

—Hijo, todos la echamos de menos, pero han pasado diez años desde que murió.

—Ya, pero para mí era muy importante, aunque viviera tan lejos. No lo he superado.

La vida es un asco, yo no pedí nacer… Te pasas la tarde entera estudiando y, total,

¿para qué? Para nada, porque haga lo que haga siempre suspendo. Es que debo de ser torpe, soy el que menos vale de mis amigos, soy invisible…. La vida es un asco y os digo una cosa: preferiría estar muerto.

Y la criatura se queda tan tranquila. Ha soltado la bomba y ahora son sus padres los que no saben qué hacer ni qué decir.

El suspendedor Calimero es un chantajista emocional y un poco «cabroncete», porque la manera de responder ante los suspensos es dando un paso adelante generando miedo («La vida es un asco, prefiero estar muerto»).

No quiero caer en la generalización. Por supuesto, nuestros hijos pueden tener problemas. Eso es una realidad. Sus vidas están en formación y ante ciertas situaciones, sufren e incluso pueden sentirse desbordados. Ahora bien, el suspendedor Calimero únicamente es un

desgraciado cuando tiene que dar cuentas de lo que ha hecho, porque más allá de las notas, sale con sus amigos, se divierte, come estupendamente y duerme aún mejor. El suspendedor Calimero no asume las consecuencias de su falta de compromiso con los estudios e intenta diluir esta carencia con una nube emocional en la que intenta ocultar la realidad de su ineficaz conducta frente a los estudios.

Cuando los suspendedores nos meten miedo, necesitan padres valientes que les hagan ver a sus hijos que no van a vivir asustados. Porque la responsabilidad de la propia vida la tiene cada uno.

El indignado

Otro tipo curioso de suspendedor es el indignado. A diferencia del sobrado, este anticipa en casa los resultados negativos que va a obtener, aunque, eso sí, él nunca es responsable.

El indignado viene a comportarse de la manera en la que lo hace un mal tertuliano, hablando mal de todo y de todos. Es hipercrítico, reparte estopa a diestro y siniestro y la única referencia a su responsabilidad en el suspenso es la mala suerte: «¿Qué más podía hacer?».

Pone a parir al sistema educativo y lo hace con solvencia delante de sus padres.

Utiliza los mismos argumentos que suelen utilizar ellos y dice:

—Papá, en vuestros tiempos era más sencillo porque sabíais qué era lo que había que estudiar. Ahora no hay más que asignaturas y asignaturas, pero poco aprender cosas necesarias para el futuro. Y es que el sistema no nos estimula para aprender.

Es hipercrítico con los profesores, con los profesores que le suspenden, y continúa:

—Papá, el profesor de historia comienza siempre cinco minutos tarde; luego se enrolla hablando de noticias del periódico, perdiendo el tiempo y contando cosas que no tienen nada que ver con los libros… Se ve a la legua que no les gusta enseñar. Se han metido en la enseñanza porque no les quedaba otra y se limitan a leer el libro, a dictar, a sacar a la pizarra a alguno de sus favoritos para que resuelva algún problema… Las clases son aburridísimas, con lo interesantes que podrían ser. Yo creo que solo piensan en las vacaciones y en cómo fastidiarnos.

El suspendedor indignado habitualmente está enfadado, habla con gran desprecio de sus compañeros, a los que considera igualmente responsables de sus calificaciones, y así comienza con la lista de agravios:

—Pérez sacó en el examen la misma nota que yo, pero como Pérez le ríe las gracias al profesor, a él lo aprueban y a mí no.

Pone a parir a su madre cuando habla con su padre y a su padre

cuando habla con su madre:

—Le pedí a mamá que me ayudara y no quiso.

O bien:

—Papá no para de decirme que cuente con él para lo que necesite de los estudios, y cada vez que le pido que me explique un problema, se escaquea.

Y todo tipo de quejas: «En esta casa no se puede estudiar», «En este cuarto no se puede estudiar», «Este flexo no da buena luz», «La silla es incómoda», «Imposible concentrarme con tanto ruido»…

Este tipo de suspendedor no es un mal estudiante, pero tiene muy poca autoestima, y cuando tiene que enfrentarse a los estudios, lo hace desde un plano de inferioridad («yo no voy a poder con esto»), y, obviamente, el tiempo de estudio es tiempo de

sufrimiento. Cuando tiene que enfrentarse a los exámenes, los interpreta como una actividad en la que se puede poner en evidencia delante de sus compañeros, y por eso muchas veces rinde por debajo de sus posibilidades.

De carácter envidioso, suele creer que los demás tienen más suerte que él, más recursos, los profesores les tratan mejor… Este estado de continua comparación con los demás lo lleva a sentirse frustrado ante cualquier actividad que considere competitiva, y para él los estudios son competencia.

El lastimero

El suspendedor lastimero es una variable del Calimero y se caracteriza por achacar la razón de los suspensos a su inutilidad, y hace penitencia a diestro y siniestro.

Días antes de entregar las notas entra en su peculiar estado de «inutilidad», que se manifiesta en frases como «¿ves?, no sirvo para nada» o «a mí todo me sale mal».

Estas expresiones van acompañadas de un semblante serio, aunque esta no es la palabra correcta. Se trata de un gesto que es mitad cara de dar un pésame, mitad cara de tener una escocedura en la ingle. Se pasea por la casa —y se asegura de que le vean—

como un alma en pena, suspiro va y suspiro viene, y responde escuetamente a lo que se le pregunta. La palabra que más pronuncia es «asco»: asco de vida (pero no de la PlayStation), asco de cole (pero no de los amigos del cole), asco de comida (pero no de las pizzas), asco de todo.

Cuando las notas ya son una realidad se anticipa al discurso de los padres y les dice:

—No tengo excusas, he hecho todo lo que podía, me he esforzado, pero, por lo que se ve, soy un inútil. Las que he aprobado ha debido de ser por lástima, y es que soy un fracasado. Por más que intento esforzarme para tener éxito, siempre fracaso.

Los padres se miran de reojo y comienzan a acongojarse. No saben qué decir, pero el padre interviene:

—Bueno, hijo, no te pongas así.

Y esa frase es la que estaba esperando el lastimero para asestar un golpe a los, todavía, padres enteros.

—Os he decepcionado. Con todo lo que hacéis por mí, que siempre me dais más de lo que merezco, con lo que me gustaría daros la alegría de aprobar todas… Me merezco todo lo que me digáis y entenderé que me castiguéis.

El padre, que ya sabe por dónde va el lastimero, contraataca:

—Hijo, es que con las buenas intenciones no basta.

El lastimero, como si en vez de cuello tuviera un muelle no para de hacer movimientos de asentimiento con la cabeza. El padre continúa:

—Además, no será porque tu madre y yo no te lo advertimos con tiempo… —más movimientos de cabeza de la criatura—. Así que deja de decir tonterías.

Pero el lastimero aún tiene su última baza por jugar. No contento con hacer una apología de su incapacidad como método de defensa, busca sembrar temor en sus padres, a los que quiere convencer de que está viviendo el más terrible de los sufrimientos y, según dice, ya no le quedan fuerzas:

—Qué asco de vida… Mejor estaría muerto.

¡Zaca!, en toda la boca. El lastimero acaba de transformarse en Calimero. Y los padres, en ese momento, es mejor que nos hagamos los sordos.

El desordenado

El suspendedor desordenado es bastante conocido en muchas familias. Se le reconoce fácilmente o bien porque siempre tiene una pregunta favorita en la boca («mamá,

¿dónde está lo que sea, que no lo encuentro?»), o bien porque se puede encontrar cualquiera de sus pertenencias en cualquier lugar de la casa: calzoncillos en el pasillo, yogures en el cuarto de baño, peine en la cocina, tijeras en un armario… El suspendedor desordenado es una máquina de dejarlo todo por el medio, al tiempo que dice: «Ahora lo pongo en su sitio».

Suspende muchos exámenes por la simple razón que nunca termina de contestar una pregunta. Todo lo empieza y nada lo acaba. Es desorganizado para estudiar y desorganizado para trasmitir lo aprendido.

Cuando se sienta a estudiar, ha escuchado previamente a sus padres decir: «Recoge la mesa antes de estudiar, que así es imposible que puedas enterarte de nada». Pero,

para él, recoger es empujar lo que hay sobre la mesa y amontonarlo en una esquina. En efecto, parece que confunde el significado del verbo «recoger» con el de «apilar».

Una curiosidad a destacar es que, si le haces ver las bondades del orden, es capaces de refutarlo con convicción: «Yo encuentro mejor las cosas así, en mi desorden, que ordenadas».

Se pasa el día buscando cosas y nunca suele encontrar nada. Le falta un calcetín cuando se está vistiendo; no encuentra la mochila un minuto antes de salir hacia el colegio; nunca sabe dónde está el libro de lengua, y el día que lo encuentra en realidad está buscando el de matemáticas; no sabe dónde ha puesto los ejercicios que tiene que llevar al día siguiente al colegio o no encuentra dónde apuntó qué materia entra en el examen de ciencias. Sus cuadernos, bolígrafos, etcétera, los pierde por doquier. Y por eso los cuadernos y bolígrafos de sus padres tampoco están en el lugar en el que los suelen guardar.

Eso sí, el suspendedor desordenado tiene una envidiable memoria y unas pocas horas antes de irse a la cama se acuerda de las tareas que ha de presentar al día siguiente en el colegio. Como consecuencia de

esta memoria de última hora, los padres del suspendedor desorganizado tienen una animada vida social: todos los días deben hablar con la madre de algún compañero para que haga el favor de hacerle una foto a los deberes que la criatura debe hacer y, vía WhatsApp, enviársela.

Su mochila es un pozo de sorpresas: allí se puede encontrar de todo, desde lo que ha estado buscando desesperadamente en otros lugares (por ejemplo, un sándwich con dos meses de antigüedad) hasta los objetos más inimaginables («¿qué hace aquí este dedal?»).

Ecologistas convencidos, aprovechan cualquier trozo de papel para apuntar las cosas importantes. Trozos de papel arrugados que irán apareciendo en su mochila, por lo general, un día después de lo necesario. «No me dio tiempo» y «no sabía que eso entraba» suelen ser las causas a las que atribuyen sus suspensos.

Los padres de los suspendedores desordenados tienen un discurso que les repiten de tanto en tanto: el archiconocido y famoso discurso del orden:

—Hijo, ¿pero no te das cuenta de que con un poco de orden todo te iría mejor? Con lo fácil que es tener una libreta para cada asignatura. Con lo fácil que es ir apuntando en ellas lo que tienes que hacer, y cada cosa en su sitio… Necesitas un bolígrafo, pues abres tu estuche y sacas el bolígrafo, y cuando termines, lo vuelves a guardar en el estuche.

- Siéntate con él y dile: «Niño, vamos a organizar la tarde. Saca todos los papeles en los que has apuntado tareas que hay que hacer. ¿Qué es lo más importante?, ¿Qué es lo más urgente?».
- Antes de ponerse a estudiar, pídele que prepare los libros y materiales que necesitará.
- Pídele que establezca una jerarquía de tareas. En primer lugar deberá hacer las tareas importantes. De ese modo evitarás que se conviertan en urgentes.
- Pídele que elija algo que quiera hacer cuando termine de estudiar o de hacer sus deberes.
- Déjale bien claro que debe poner atención en lo que hace, porque tú no estás ahí para vigilarle.
- Enséñale a pedir ayuda. No vale lo de «papá, no entiendo esto, ¿me lo explicas?». Debe ser mucho más concreto y saber señalar el punto en el que tiene dudas.
- Enséñale a decir que no (al móvil, a la tele, a los amigos y a todo lo que te pueda distraerle mientras estudia).
- Recuerda: tu hijo es el único responsable de lo que hace con su tiempo de estudio.

Así, siempre que necesites un bolígrafo, sabrás dónde buscarlo y

dónde encontrarlo, en el estuche.

Pero el hijo desordenado rebate lo argumentado por sus padres negando la mayor:

—Estará desordenado para ti, pero yo no me pierdo dentro de eso que tú llamas «mi caos».

Y se queda tan tranquilo.

Probablemente, el desorden de nuestros hijos, aparte de indicar cierto rasgo de personalidad (¿a quién se parece el niño?), también tiene que ver, sobre todo en los más pequeños, con una conducta aprendida (si yo desordeno y alguien recoge, ¿para qué voy a ordenar?). En el caso de los adolescentes, hay que tener en cuenta que están aprendiendo a construirse como personas, eligiendo lo que creen que quieren pero aún no lo tienen del todo definido. Estos «cambios en continuo cambio» provocan desorden en su interior, un desorden que se verá reflejado en sus estudios, en su comportamiento y, por supuesto, en su habitación.

Los suspendedores desorganizados son estudiantes que desaprovechan el tiempo, por lo que necesitan ayuda para aprender a gestionarlo. A continuación te doy algunas de pautas de conducta para lograrlo:

El pasivo

Esta modalidad de suspendedor es desesperante para los padres. El pasivo actúa como si fuera de escayola, no se inmuta ante los sermones, ni ante los castigos, ni ante las preguntas que le hacemos:

—¿Pero qué te pasa? Di algo…

Y el suspendedor contesta entre dientes, mientras se encoge de hombros:

—Quéquieresquetediga…

—Lo primero, haz el favor de hablar más claro, que no te entiendo… Y luego ¡quiero que me expliques estas notas!

Respuesta del suspendedor: más hombros encogidos. Nada más. El padre insiste:

—Dime, ¿te pasa algo?

Otra vez hombros encogidos

—¿Te pasa algo en el colegio?

Hombros encogidos… Y así puede estar hasta que sus padres pierdan la calma.

Encogiendo los hombros a cada pregunta, encogiendo los hombros a cada propuesta.

El pasivo no se enfrenta a sus padres; permanece callado y de vez en cuando musita algo entre dientes. Cuando sus padres le dicen: «Habla más alto», él se encoge de hombros. Permanece todo el tiempo con la mirada perdida en el suelo, pero si le dices:

«Mírame a la cara», se encoge de hombros y te mira. Los padres tienen la convicción de que, cada vez que la criatura se encoge de hombros, en realidad está diciendo: «Me da igual lo que digas».

El suspendedor pasivo tiene el «pavo en todo lo alto» y se comporta de una manera desesperante. Se encierra en su habitación y allí le pueden dar las tantas. Solo sale para comer o para ir al baño. Pero luego, fuera de casa, se comporta de forma habladora y comunicativa con sus amigos, con sus abuelos, con sus primos…, con todos menos con sus padres. Con sus padres solo se encoge de hombros.

Le animas a que participe en alguna actividad que le pueda resultar motivadora, pero siempre tiene alguna excusa. No hay manera de encontrar nada que le incentive.

Por lo general, el suspendedor pasivo suele ser inteligente, pero no tiene interés por los estudios. Por eso hay que «empujarle» para que se plantee si necesita aprender alguna técnica de trabajo intelectual.

La forma de empujarle es mediante el seguimiento de su trabajo académico:

«Enséñame qué has hecho hoy», «Cuéntame qué has estudiado hoy». Y poder decirle:

«Esto está muy bien y lo has hecho tú solo». De ese modo valoramos su iniciativa y le animamos a que las sigan tomando.

Los hijos pasivos tienen que ver que sus padres son activos, pero, eso

sí, activos para resolver sus propios asuntos, no para resolver los de sus hijos. Los suspendedores pasivos son capaces de perder todo el tiempo porque no tienen conciencia de tal pérdida de tiempo.

En resumidas cuentas, puesto que carecen de iniciativa propia, los hijos pasivos necesitan que les marques el camino y los empujes un poquito.

El realista

Rara avis, el realista es un suspendedor que asume que la causa de los suspensos reside en que no ha estudiado lo suficiente. No busca justificaciones de ningún tipo, ni en el exterior ni en él mismo. Simplemente sabe que «no he estudiado lo suficiente».

Puede resultar muy preocupante, porque cuando un hijo te dice tranquilamente que no ha estudiado, los padres no sabemos cómo reaccionar.

—Mira el niño, pues no va y te dice que ha suspendido porque no ha estudiado.

Vale, me dices que no has estudiado, pero ¿me quieres explicar por qué no has estudiado?

—He perdido el tiempo con las maquinitas —responde la criatura.

—¿Y lo dices tan tranquilo?

—Es que es la verdad.

Llegados a este punto, te advierto que los padres no estamos preparados para conversaciones asertivas. La sensación que tenemos es que el niño se está pitorreando de nosotros.

Cuando tu hijo te dice la verdad —que no ha estudiado porque ha estado perdiendo el tiempo—, y te la dice así, tranquilo y seguro, lo más seguro es que te entren escalofríos acompañados de una indignación creciente:

—Tú lo que eres es un fresco y un caradura.

Los padres solemos esperar que el «pecado» de los suspensos vaya acompañado de contrición: dolor y pesar por haber suspendido, arrepentimiento y culpa. Por eso hay más suspendedores del tipo sobrado, Calimero, lastimero y pasota, porque los hijos han aprendido que lo que más efecto hace en sus padres es reconocer su pesar por tamaño pecado. ¡Y es que estos niños saben latín!

Como a todos los demás, al suspendedor realista, además de recordarle que sus actos siempre tienen consecuencias, hay que pedirle que diga qué va a hacer para afrontar la situación. Desde mi

punto de vista, este suspendedor tiene mucho camino recorrido para lograr un afrontamiento eficaz, porque se identifica como único responsable de los suspensos. Pero, además de reforzarle en su sinceridad, requiere que le hagamos ver nuestra preocupación por su comportamiento, ya que, pese a ser consciente de lo que ha hecho, no ha modificado su conducta.

Es cierto que con la verdad se va a todas partes. Pero decir la verdad no basta para eximir la responsabilidad de los actos. El realista es un suspendedor poco fantasioso, pero suspendedor al fin y al cabo.

El repetidor

De los diferentes tipos de suspendedores, el que tiene un panorama más sombrío y más posibilidades de quedarse rezagado y fuera de juego es el repetidor.

Todos sabemos que repetir curso no es un castigo disciplinario, sino una medida de atención ante la diversidad de los alumnos. La repetición es una vía mediante la cual procuramos que nuestros hijos —alumnos— puedan dar mejores respuestas a las demandas escolares y tener éxito académico. Más o menos así lo explican los manuales teóricos.

La repetición tiene ventajas y desventajas. Sinceramente, yo no sé si repetir es bueno o es malo, pero sí sé que, por lo general, los padres temen que sus hijos repitan curso, y también que los profesores temen a los grupos de los repetidores.

A los repetidores se les suele considerar casos perdidos, alumnos en el «pabellón de la muerte» esperando cumplir los años que les restan para salir de ahí.

Se les suele considerar enfermos contagiosos, pues contagian la indolencia y otras malas artes a los que tienen a su alrededor. ¿Tu hijo se junta con repetidores?… Malo, malo, malo.

Los repetidores son los chivos expiatorios, carne fresca con la que argumentar y justificar las debilidades de la escuela.

Los repetidores han perdido su reputación académica y, como castigo, portan la letra escarlata, el estigma de padecer una peste, de la que, te recuerdo, ellos son los principales responsables.

Los repetidores suelen vivir el hecho de repetir curso no como una oportunidad de cambio, sino como la constatación de que lo suyo es difícil de cambiar.

Con este panorama, los repetidores tienen muy fácil *tripitir*.

Hay padres que, quizá en algún momento, han creído que lo mejor era que su hijo repitiera curso para ver si maduraba un poco. Entender la madurez de los hijos como si fueran tomates y esperar a que el paso del tiempo —a ser posible, rapidito— solucione los problemas académicos hace que muchos padres se decanten por la repetición

como una solución a esa falta de madurez.

Pero también hay padres que temen que, al repetir curso, sus hijos se sientan fracasados e inferiores respecto a sus compañeros, y pierdan la poca motivación que les queda.

De modo que tenemos a muchos padres dudando al modo de Hamlet. ¿Repetir o no repetir? ¿Qué será lo mejor para nuestros hijos?…

El acto de repetir es consustancial al hecho de estudiar. Lo primero que me gustaría que tuvieras claro es que repetir no es una tragedia, pero tampoco una solución *per se*.

De hecho, solo en algunos casos repetir supone un cambio positivo en la motivación del alumno, porque, si fuera tan recomendable, los padres no temerían la repetición de curso por parte de sus hijos, ni los profesores temerían a los grupos de repetidores.

Lo que sí creo es que si la repetición de curso no va acompañada de cambios de actitud, tanto en el alumno como en la familia, en los profesores y en la respuesta educativa que ofrece el centro, no servirá para mucho.

La edad y las causas de la repetición van a ser condicionantes de la intervención de los padres. Yo no soy partidario de que los chavales repitan curso, pero esta no es más que mi opinión. Pienso así porque, por lo general, los alumnos que repiten, como he dicho anteriormente, tienen más posibilidades de *tripitir* que de solucionar aquello que les ha llevado a repetir.

¿Qué podemos hacer los padres ante esta situación?, te preguntarás. Lo principal es no dramatizar. Hay padres que interpretan la repetición como «el principio del fin», cuando, en realidad, lo que ha ocurrido es simplemente que el niño no ha estudiado lo suficiente.

Ahora bien, cuando nuestros hijos repiten, los padres debemos de poner en marcha diferentes acciones que nos sirvan para abordar la situación de una manera eficaz: 1. *Incrementa la coordinación con los profesores.* El seguimiento de las actividades académicas de nuestros hijos mediante la tutoría debe aumentarse en función de los resultados académicos, de manera que cuanto peores sean esos resultados más necesario es desarrollar, junto a sus tutores, un seguimiento detallado de sus actividades escolares. Para dicho seguimiento podemos solicitar orientación a sus tutores respecto a qué materias precisan de más apoyo y refuerzo, en cuáles creen que sería necesario recurrir a clases particulares, y cuáles deberían de abordar ellos solos.

Pero es fundamental que los hijos repetidores vean y sientan que sus padres no tiramos la toalla, que buscamos ayuda, que tenemos en cuenta sus esfuerzos y entendemos sus dificultades. Y sobre todo, que no nos venimos abajo ni nos descontrolamos en los momentos en los que hay que hacer frente a obstáculos. Al mismo tiempo, debemos insistirles en que deben ponerse a ello y que no vale solo con querer.

2. *Valora su esfuerzo.* El esfuerzo y el trabajo académico realizado —no los resultados— deben estar ligados a la obtención de ventajas y privilegios en el ámbito familiar, porque, si no, algunos repetidores no verían la luz del sol.

Tenemos que hacer que los hijos se sientan protagonistas de sus vidas, de sus éxitos y de sus fracasos, transmitiéndoles la idea de que, si quieren, pueden. Pero, ¡cuidado! Es fundamental que sean realistas a la hora de marcarse las metas y objetivos que desean alcanzar.

3. *Atención a las etiquetas.* Escuchamos muchas veces eso de «es que se junta con los repetidores» o «le ha tocado una clase muy mala, con muchos repetidores». Parecería

que los repetidores constituyen una especie de virus maligno del que se contagian los demás alumnos. Y, sobre todo, que no tienen solución.

Si tu hijo pertenece a la rama de los «adolescentes modorros» (esos que pasan de afrontar sus responsabilidades), repetir no va a ser la solución. Es cierto que hay alumnos que están abocados a abandonar los estudios y, en ocasiones, es conveniente que se vean ante esta situación para cambiar de actitud. No olvides que el sistema educativo tiene abiertas las puertas para aquellos que quieren retomar sus estudios, y de hecho, son muchos los que, al cabo de cierto tiempo, vuelven a las aulas.

¿Tu hijo repite? Pues intenta no obsesionarte con la idea del «tiempo perdido» y recuerda que de todo se aprende. Aprenden los hijos y aprendemos los padres.

¿Cuáles son tus cartas?

Por lo general, los hijos suspendedores no presentan fielmente las características de las tipologías que hemos presentado. Lo habitual es que, según sean las circunstancias, utilicen una estrategia u otra. Así pueden ser Calimeros-lastimeros, Calimeros-indignados, sobrados-

indignados, lastimeros que evolucionan hacia indignados, lastimeros que evolucionan a sobrados, sobrados que derivan en pasivos, pasivos que derivan en indignados e incluso una mezcla de todos ellos.

Eligen un papel u otro con una finalidad, que es la de salir lo antes posible del apuro. Por eso los padres no debemos entrar en su juego, un juego que nuestros hijos manejan estupendamente y en el que tenemos más que perder que ganar. Debemos manejar nuestras cartas y ocuparnos de nuestro «propio juego».

Tu primera carta es poner negro sobre blanco que, a pesar de los pesares y se pongan como se pongan, tu hijo ha suspendido porque no ha estudiado lo suficiente.

No te preocupes por las milongas que te cuente o que te quiera contar; ocúpate únicamente de llevarlo al único terreno válido para cambiar la situación: el de su responsabilidad.

La segunda carta, proponerle medios para afrontar la situación. Si necesita organizarse, ayúdale a diseñar un plan. Si necesita ayuda material, repasa con él los materiales que tiene y enséñale a aprovecharlos mejor. Si crees que necesita profesores particulares o acudir a una academia, no lo dudes, pero que sepa cuáles son las condiciones.

La tercera carta es aplicar las consecuencias. Déjale bien claro que si suspende, pasará esto o aquello. Y no te desdigas. Aplicar consecuencias ni mucho menos es vengarse o fastidiar al que te fastidia, sino recordar que todos tenemos responsabilidades. Tu hijo las tiene con sus estudios, y si no las asume, llegarán las consecuencias.

Y la cuarta, motivar. La motivación es fundamental, pero, ¡cuidado!, se trata de motivarte a ti mismo.

¡Ah! Y si tu hijo es un suspendedor que amenaza con dejar de estudiar, repítele el mensaje al que nos referimos anteriormente: hacer secundaria y bachillerato es obligatorio e innegociable. Así, cuando te diga que está harto de estudiar, repítele la cantinela. Te recomiendo que no entres en el «¿y qué vas a hacer?», porque lo único que conseguirás es que te cuente milongas.

Y no pienses demasiado en el futuro ni te anticipes a los acontecimientos. Ten en cuenta que el futuro de los demás no te sirve. Así que ármate de paciencia y de ánimo, y espera…

¿Pueden ser los suspensos un síntoma de un problema mayor?

Una de las preocupaciones que tenemos los padres cuando llegan los suspensos es si no serán una señal de que nuestros hijos se enfrentan a algún tipo de problema «mayor»

que no somos capaces de detectar. De hecho, en muchas ocasiones, ante nuestra desesperación, los padres buscamos esa causa que se nos escapa. Nos rebelamos ante la posibilidad de que el problema sea solo indolencia y recurrimos a explicaciones más

«profundas», como que «algo raro ocurre en su cabeza» o «mi hijo sufre algún tipo de trastorno».

Pero los suspensos, por lo general, no son un síntoma de ninguna alteración del desarrollo, sino únicamente de que tu hijo ha estudiado poco.

De hecho, cuando se presentan trastornos en el desarrollo, los padres encontramos muchos más indicios en otros comportamientos, como por ejemplo su actitud en ambientes distintos al familiar. Ten en cuenta que los adolescentes suelen mostrarse irritados o decaídos en casa, pero en cuanto salen a la calle son la alegría de la huerta.

Por tanto, habla con sus amigos, con sus profesores y con otros miembros de tu familia para obtener información objetiva. Y si, por ejemplo, los padres de sus amigos te dicen que «el niño es un encanto», no pienses que tu hijo es un hipócrita, sino únicamente que está muy bien educado.

RECUERDA

- Se suspende por no estudiar.
- Lleva a tu hijo suspendedor al único terreno en el que el cambio es posible: el de su responsabilidad.
- Plantéale medios para afrontar los suspensos.
- Los suspensos tienen que tener consecuencias.
- Motívate a ti mismo por la tarea que realizas.
- Pregunta a sus profesores y a los padres de sus amigos por su comportamiento.
- Busca ayuda especializada si hay un problema mayor.

Pero si, por el contrario, las manifestaciones conductuales de descontrol se presentan en todos los contextos —familiar, escolar, amistades—, ha llegado el momento de buscar ayuda profesional. No olvides que tus hijos tienen su propia vida emocional. Por ejemplo, sufren si no se sienten aceptados por los demás, y ese sufrimiento puede reflejarse en sus resultados académicos.

Asimismo, en algunos casos los suspensos pueden confirmar algo que los padres nos veníamos temiendo desde tiempo atrás, y es la falta de competencias para hacer frente a las actividades académicas. Cuando, por mucho que estudien y se esfuercen, nuestros hijos no dan más de sí y sus resultados no mejoran, nos corresponde a los padres acabar con esa situación. Porque no podemos mantenerlos durante horas y más horas estudiando sin obtener resultados. Lo único que conseguiríamos no aceptando la realidad es machacarlos y minar su autoestima.

8

LOS AMIGOS DE LOS SUPENDEDORES

(Y LOS PADRES DE LOS AMIGOS)

Las malas compañías

Con los suspensos, los padres empezamos a repasar todas y cada una de las situaciones que pueden haber influido en el bajo rendimiento académico de nuestros hijos. Y uno de los primeros focos son los amigos.

Luis ya se lo ha dicho a Paqui en varias ocasiones:

— No megustan las amistades del niño, sobre todo ese que es tan despachadito, que seguro fuma y dice palabrotas. Realmente no estoy seguro de la influencia que puedan tener en su comportamiento.

Lo cierto es que, cuando llegan los suspensos, muchos padres tienen una estupenda coartada: «Que sepas que no vas a salir con tus amigos hasta…». Y muchos padres se debaten en un mar de dudas sobre cuál sería la manera correcta de actuar: «¿Debo prohibirle salir con los amigos que considero que son una mala influencia?», «¿Le digo lo que pienso sobre sus amigos, o me callo y cruzo los dedos?». En este punto te propongo que contestes a la siguiente pregunta: ¿acaso le vas a buscar tú los amigos que le convienen?

Los padres debemos ayudarles a aprender qué es la amistad, y para eso son necesarios dos factores clave: tener la posibilidad de elegir sus propias amistades, y observar cómo sus padres valoran y disfrutan de sus amigos.

Educar tiene como finalidad enseñar a nuestros hijos a gobernar su propia vida, y este es un camino en el que hay riesgos, porque, como ocurre en cualquier aprendizaje, la posibilidad de cometer errores siempre está presente. Pero tampoco podemos olvidar que, por lo general, cuando aparecen las dificultades en la relación con nuestros hijos, a los padres nos «encanta» predecir catástrofes respecto a su futuro.

Está claro que si nuestro hijo sale con miembros de una banda callejera o de delincuentes tenemos que hacer lo que sea para impedirlo. De hecho, mientras son menores de edad, esa es nuestra obligación, y en casos extremos las medidas también

han de ser extremas. Pero, en la mayoría de los casos, los amigos son chicos y chicas de su edad más o menos como los nuestros.

Si te preguntas qué tienen los amigos de tus hijos para que no te

gusten, e incluso para que te asusten, verás rápidamente que lo que te desagrada es la creencia de que se dejen influenciar y realizar conductas inapropiadas. Por tanto, los padres tenemos que transmitirles con claridad lo que consideramos conductas aceptables y, por supuesto, lo que no lo son. Pero, ¡cuidado!, estamos hablando a nuestros hijos de conductas, no de personas.

Invita a los amigos de tus hijos a tu casa y diles que quieres conocerlos. Así podrás observar de cerca cómo se manejan unos y otros, entre ellos y contigo. Tus hijos también se darán cuenta y será un buen aprendizaje. Tienen que aprender a distinguir amigos que ejercen influencias positivas de los que no lo hacen. Pero son ellos los que tienen que descubrirlo. Ten en cuenta que cuando le dices a tu hijo: «Ese amigo tuyo no me gusta», en realidad le estás transmitiendo la idea de que «ni siquiera sabes buscarte amigos». Es mucho mejor decirle: «Qué suerte tienes por tener un amigo que se preocupa por ti, por tus estudios, que te llama para salir, que no te obliga a hacer lo que no quieres…». De ese modo estamos dándole información sobre lo que un amigo debe hacer. La tarea de nuestro hijo es la de comparar esa información con lo que sus amigos hacen en realidad.

Recuerda que los factores que más influyen en la formación de las relaciones de amistad son la proximidad y la semejanza. Eso quiere decir que a nuestros hijos les gustan los amigos que son parecidos en sus gustos, aficiones, valores, ideas… Pero a los adolescentes también les ocurre eso de «no hay nada más bello que lo que nunca he tenido», lo que provoca una especie de tentación hacia «el lado oscuro». No desmitifiques a los amigos de tus hijos. Ya tendrán ellos tiempo de hacerlo si es que así lo deciden. Porque, ¿acaso tus amigos son perfectos?

Los padres de los otros

Los padres de suspendedores, ocupados en la búsqueda de información para poder ayudar a sus desnortados retoños, a menudo se relacionan con otros padres que se hallan en su misma situación, padres preocupados porque las notas de sus hijos no responden para nada a sus capacidades y a las expectativas que han puesto en ellos.

Encontrarse con padres que viven y sienten lo mismo que tú genera cierto bienestar.

Es como si entraras en una terapia de grupo: «Hola, me llamo Paco y soy padre de un suspendedor»…, y te sorprende agradablemente encontrar a un montón de padres que

te miran con cariño, con esa mirada cálida y cómplice que solo puede salir de los ojos de un padre de suspendedor, mientras te dicen: «Luis, te comprendemos».

Los padres de suspendedores han aprendido a degustar el sabroso sabor de los cincos, e incluso llegan a embriagarse con el aroma almizclado de los aprobados. Un cinco es la puerta del paraíso, Samarcanda, un viaje en el Transiberiano… Un cinco es una meta alcanzada. Un cinco significa sosiego. ¡Y lo que calma, aunque sea momentáneamente, encontrar padres que cuando hablan de sus hijos suspendedores utilizan tus mismas palabras y tus mismos sentimientos!

Pero en ocasiones también nos encontramos con padres «infiltrados», es decir, esos que se sienten igual o peor que los de suspendedores, pero cuya realidad es bien diferente. Imagina el siguiente diálogo:

—¿Qué tal tu niño? —te pregunta una madre en la puerta del colegio de tu hijo.

—¿Mi niño? —respondes—. Pues me tiene hasta aquí… Está en una edad muy difícil y no hay manual de instrucciones. Antes era más fácil, pero ahora no sé qué hacer para acertar.

Mientras ella te escucha, aprueba con la cabeza, lo que te aporta cierta sensación de comprensión y de complicidad. De hecho, interviene y exclama:

—¡Qué me vas a contar! El mío está castigado dos semanas sin salir, le

he quitado el móvil y ni su padre ni yo le hablamos. A estos niños de hoy tenemos que atarlos corto, porque si no se nos escapan. ¿Sabes qué ha hecho?

No te atreves a contestar porque, ante semejante castigo, comienzas a sentir que en la fila de los padres desgraciados los hay que van muy por delante de ti. Al fin coges fuerzas y preguntas:

—¿Cuántas ha suspendido?

—¿Suspender? ¡No! ¡Mi hijo no es de esos! ¡Está castigado porque ha bajado a un notable cuando es de sobresaliente!

En ese momento sabes que te van a soltar un discurso, para ti solito, en exclusiva, con el que te ilustrarán, para mayor gloria materna, sobre el magnífico trabajo que realizan los padres que tienen hijos de sobresaliente.

—Mira, desde pequeño mi hijo ya destacaba por su inteligencia. Es que se parece mucho a mi familia. Yo, desde antes de empezar el colegio, siempre he estado encima de él, le he hablado mucho, porque a los niños hay que hablarles, razonarles desde bien pequeñitos… Eso es importantísimo. Los niños que tienen éxito académico no lo tienen por suerte, sino porque los padres hemos estado ahí día tras día. Por eso me da mucha rabia que, pudiendo sacar un nueve, se conformen con menos.

Y en ese momento la mamá de la criatura sobresaliente aprovecha para hablarte con orgullo de las «madres tigres» que tienes «hijos leones», esas madres que dicen que nada de invitar amigos a casa, que la tele y los videojuegos están prohibidos, que hay que practicar con el piano o el violín, como si la bandurria restara potencial intelectual, y, sobre todo, ¡prohibido obtener menos de un sobresaliente! Y lo dice con el orgullo que da tener la certeza de que exprimir a los hijos para que obtengan los resultados más brillantes es una tarea a la que solo los excelentes padres están llamados.

Cada nueve que saca su hijo es una consecuencia lógica de lo sobresalientes que son ella y el padre del niño. El sobresaliente es la respuesta esperada, lo natural, para alguien con «semejante potencial».

—A los exámenes va preparado exhaustivamente —te dice toda ufana — No dejo que se acueste hasta que no ha alcanzado el objetivo planteado.

Y, claro, una preparación basada en la excelencia tiene que dar

resultados.

Son padres que hablan del talento, pero solo del de su hijo, porque los de los demás no son talentos… Son el burro tocando la flauta. Las capacidades de sus niños en absoluto se deben al *Baby Einstein* o a ningún manual sobre educación. No, sus hijos son talentosos desde que nacieron, porque se parecen a sus padres: «Me recuerdan a mí cuando era pequeña»… Y están convencidos de que tienen algo especial que no tienen los demás. Suelen ser unos forofos de los grupos de WhatsApp del colegio, y los utilizan como si el *chat* fuera el Boletín Oficial de lo Listo que es mi Niño, para que todos los demás padres se enteren.

De modo que, cuando la madre termina su loa a sí misma, te pregunta:

—¿Y el tuyo cómo ha quedado?

En ese momento lo que te gustaría de verdad es decir que tu niño es un fuera de serie… comiendo flanes, jugando al Super Mario e inventando excusas para no bajar la basura. Aun así, te contienes y dices:

RECUERDA

- Que los amigos influyen en nuestros hijos es una realidad, pero no olvides que la principal responsabilidad sobre lo que hacen es de ellos.
- Los padres tenemos que transmitir con claridad a nuestros hijos lo que consideramos conductas aceptables e inaceptables. Pero recuerda que hablamos de conductas, no de personas.
- Los hijos no son ni están ahí para que sus padres presumamos de ellos. Son y están ahí para quererlos y educarlos.

—Se ha descuidado un poco…, le han quedado cuatro.

La madre sobresaliente hace una mueca a modo de sonrisa y se da la vuelta. Pero, antes de irse, te suelta:

—¡Uy!, ten cuidado, que están en una edad muy mala.

Y mientras se aleja, sientes un poco de envidia —y de la mala—, y al más puro estilo del «Estebanismo Ilustrado», dices:

—Pues yo por un cinco, ma-to.

9

LOS PROFESORES Y LA RELACIÓN PADRES-COLEGIO

¿Qué pasa con los profesores?

En la complicada relación entre padres e hijos suspendedores también interviene un tercero, que no vive en nuestra casa y que desempeña un papel fundamental: el profesor.

¿Tiene responsabilidad el profesorado en los suspensos de tus hijos? Probablemente más de la que los profesores se atribuyen y menos de la que les atribuimos los padres.

Los padres solemos estar muy pendientes de quién será el profesor de nuestros hijos, y en ocasiones, cuando nos enteramos, nos salen expresiones como «qué mala suerte» o «niño, te vas a enterar de lo que vale un peine».

Los maestros y los profesores de secundaria no constituyen una «especie», como tampoco los somos los padres de los alumnos. Sin embargo, a veces hablamos de los profesores como si fueran todos iguales («Hay que ver con los profesores», «los profesores están todo el día quejándose», etc.), aunque sabemos que no es cierto.

El profesorado está compuesto por miles de individualidades, y cada una tiene su particular manera de trabajar en función de sus características de personalidad, sus intereses, su motivación o su experiencia. Otra cosa bien distinta es que el profesorado como «grupo» genere en los miembros que lo componen una serie de ideas comunes con el objetivo de cohesionar al grupo. Por ejemplo, cuando se hace un estudio y se le pregunta al profesorado cuáles las causas de los problemas que tiene el sistema educativo (infantil, primaria y secundaria), la opinión mayoritaria viene a ser la siguiente:

1. Los alumnos no poseen hábitos de estudio porque en las familias no se fomentan.

2. Los alumnos están faltos de motivación.

3. Los alumnos tienen serios problemas de atención y concentración, tanto en la clase como a la hora de estudiar.

4. Los alumnos tienen muchas dificultades a la hora de expresarse de manera oral y escrita.

5. Los alumnos apenas dedican tiempo al estudio.

6. Hay demasiados alumnos en clase, lo que dificulta atender adecuadamente la diversidad.

7. Los alumnos dan escasa importancia al estudio.

8. Los alumnos, sobre todo los adolescentes, tienen problemas personales que afectan a su actividad académica.

9. Los padres de los alumnos se despreocupan por los temas escolares y consienten demasiado a sus hijos.

10. La televisión, los videojuegos, las videoconsolas y los teléfonos móviles les quitan mucho tiempo a los alumnos.

Este podría ser el *top ten* de las causas del fracaso escolar desde la óptica de los profesores. ¿Te parece que los profesores faltan a la verdad?, o, por el contrario, ¿crees que están en lo cierto? Muchos padres, de hecho, están convencidos de que los suspensos de sus hijos tienen mucho que ver con la falta de hábitos de estudio, con la baja motivación, y a que dedican demasiado tiempo al móvil, los whatsapps o los videojuegos. Sin embargo, no solemos estar de acuerdo con el punto sobre la falta de atención o de concentración, e incluso hay algunos que se defienden: «Pero si mi hijo puede estar veinte horas seguidas jugando a la Play…». Y aún menos de acuerdo estamos con lo de que no nos preocupamos lo suficiente de los estudios de nuestros hijos. Es más, esa cantinela que oímos los padres con mucha frecuencia y que nos responsabiliza tanto de lo que hacen como de lo que no hacen nuestros hijos, es falsa.

En mi opinión, el problema de esta opinión generalizada del profesorado sobre los factores que más inciden en los suspensos es que por ningún lado aparece la autocrítica.

Parecería que el profesorado no se siente protagonista, agente activo, de los suspensos que pone a sus alumnos. Y los padres tampoco. De nuevo estamos en la cantinela de «la avería es de la calle».

Pero por supuesto que hay responsabilidad en el profesorado. Ya dijimos que todos los que intervinimos en el acto de educar somos corresponsables, lo que no significa que haya un solo culpable, sino que está en manos de todos la posibilidad de cambiar la situación.

No hay duda de que los padres necesitamos a los profesores. Y viceversa. Por eso es necesario que unos y otros demos pasos para

encontrarnos. Los profesores tienen mucho que decir sobre enseñar hábitos, motivación, sobre crear estrategias para que los chicos atiendan y se concentren más, sobre cómo mejorar su expresión oral y escrita, sobre cómo hacerles llegar la importancia del conocimiento y la función que tiene el saber… Asimismo es clave su opinión sobre el momento que atraviesan sus alumnos, sobre cómo ser críticos con el uso de las nuevas tecnologías y cómo desarrollar comportamientos que favorezcan la sociabilidad. No sentirse implicado en los suspensos de un alumno resta posibilidades de acción para introducir los cambios que puedan ayudar al suspendedor.

Ahora bien, lo que no podemos hacer es culpar al profesorado de los suspensos de nuestros hijos. Al contrario, son una buena herramienta que debemos aprovechar. Por eso siempre aconsejo a los padres de suspendedores que hagan lo posible por mejorar su comunicación con los profesores de sus hijos.

Es cierto que no todos son igual de colaboradores. Los hay más simpáticos, más agradables, más rígidos… Lo mismo que nos pasa a los padres, ¿no crees? Lo que a ti debe interesarte es la información que le quieres transmitir y la ayuda que esperas recibir de él.

Estoy convencido de que los padres podemos hacer mucho para mejorar la escuela, el colegio o el instituto al que van nuestros hijos. Todo el sistema educativo es mejorable, como mejorables somos nosotros cuando educamos.

La relación padres-colegio

Como acabamos de ver, la relación entre padres y profesores desempeña un papel clave en el éxito escolar. El asunto tiene mucha tela que cortar, pero comencemos con algo más que buenas intenciones.

El mensaje que los padres debemos trasmitir a los hijos sobre sus maestros y profesores debería de contener las siguientes ideas:

—Tus maestros y profesores tienen un trabajo complejo, muy complicado, que es el de ayudarte a desarrollar tus competencias. Con su trabajo nos ayudan a nosotros, tus padres, a hacerlo posible.

—No olvides que no son perfectos, pero aprende a fijarte en sus virtudes.

—No son sabios, pero tú debes aprender de lo que saben. Con poco que aprendas de cada uno, será mucho lo que obtengas.

—No son jueces ecuánimes, pero aprende a respetarlos. Aprende a expresar tus ideas y acepta sus decisiones.

—No son magos, pero aprende que aprender es algo mágico.

—No son infalibles, pero aprende que no solo se equivocan los que aprenden, sino también los que enseñan a esos que aprenden.

—Su trabajo es muy difícil. Todos esperamos de ellos que te enseñen a leer, escribir, sumar, restar, multiplicar, dividir, ríos y montañas, sintagmas, predicados…, y además, hábitos saludables, valores democráticos, seguridad vial, ecología, respeto ala diversidad … Y, por si fuera poco, debenenseñarte a pensar,porque, querido hijo, Ikea no amueblará tu cabeza.

—Querer a maestros y profesores implica respetarlos. Esfuérzate en la agradable tarea que es querer respetando. Quiérelo gratis, sin esperar nada a cambio. Porque lo que un maestro o maestra da no se te olvidará nunca.

En resumidas cuentas, si valoras al profesorado, tus hijos también lo harán.

Si valoras al profesorado, te será más fácil hablar con ellos cuando surjan diferencias.

Si valoras al profesorado estarás contribuyendo a crear una escuela mejor.

Si valoras al profesorado, seguro que también te valoras a ti mismo como padre o como madre.

Necesitamos a los profesores y maestros de nuestros hijos, y ellos nos necesitan a nosotros. Por eso te aconsejo que te fijes en lo que os une y no tanto en lo que os separa.

Los padres vemos hijos donde los profesores ven alumnos Padres y profesores perseguimos los mismos objetivos: que el hijo-alumno aprenda, que el hijo-alumno tenga éxito, entendiendo que tener éxito no significa ser el mejor, sino, sencillamente, aprender. Por eso es fundamental la comunicación con los maestros y profesores, porque ellos y nosotros deseamos compartir la información acerca de su

comportamiento, lo que unos y otros creemos que el chaval (alumno-

hijo) necesita. De ese modo, recibiendo esa información que solo nos pueden ofrecer sus profesores, los padres conoceremos mejor a nuestros hijos.

Sí, has oído bien, he dicho «conocer mejor a nuestros hijos». Seguro que estarás pensando: «Pero si quien mejor conoce al niño soy yo, que lo he criado»… Pues sí, tú lo has criado y lo conoces muy bien, pero habla con sus maestros y lo conocerás aún mejor.

Ya hemos hablado de esos padres que creen que sus hijos son unos fuera de serie.

Tienden a organizarles la vida en función de esa visión idealizada y son incapaces de ver lo que no quieren ver. Sus hijos son los más guapos, los que tienen mayor percentil, los más inteligentes, los más educados… Y se muestran muy críticos con quienes no comparten esa opinión, ya sean profesores o familiares. Esta forma de actuar lleva a los chavales a comportarse con arrogancia, a ignorar sus límites o a sentirse frustrados cuando no satisfacen las expectativas de los padres.

Asimismo hay padres que no ven en sus hijos nada bueno. Son tan exigentes, insaciables e hipercríticos que pueden hacer que sus hijos pierdan la motivación, se llenen de resentimiento y nunca tengan una autoestima alta. Incapaces de ver el brillo en sus hijos, es probable que estos padres fueran malos estudiantes, lo que no les impide crujir a sus hijos con el tema de las notas.

Recuerdo una conversación con un adolescente (de la rama de los modorros) que me decía con tristeza y rabia que el día que descubrió que era un «chico normal», les preguntó a sus padres que por qué le habían engañado, por qué le habían tratado como si fuera especial, que si no era suficiente ser lo que era para que lo aceptaran y lo quisieran.

Para conocer bien a los hijos hay que ser realistas y mirarlos con los cinco sentidos, no solo con el corazón. Es importante aceptar que tienen virtudes, pero también defectos, curiosamente como nos ocurre a los padres, como nos ocurre a todos. Para ello es importante conocer los diferentes escenarios en los que se desarrolla su vida: familia, colegio, amistades. Y cuando descubras que, como todos, tus hijos cometen errores, te darás cuenta de que es entonces cuando más cuando te necesitan.

Conocer a los hijos de forma realista es no tener más planes para ellos que el de acompañarles, guiarles, orientarles y animarles todo lo que

podamos.

El problema de los suspensos hay que abordarlo junto a los profesores. Parto de la base que los profesores, por lo general, colaboran, pero de todo hay en la viña del Señor…

Las recomendaciones que expongo a continuación van dirigidas a los padres y espero que te sean de ayuda:

1. Cuando vayas a hablar con los profesores debes llevar bien dispuestas las dos orejas y la lengua para escuchar todo lo que te digan sobre el comportamiento de tu hijo en la escuela, para pedir la información que consideres oportuna y para ofrecer tú la que se refiere a cómo es tu hijo en casa. Un consejo: nada de gestos de sorpresa ni aspavientos cuando escuches algo con lo que no estás de acuerdo. No te olvides de que estás escuchando una opinión, que es la del profesor. De lo que se trata es de ampliar la perspectiva, tanto la tuya como la de él.

2. Ten en cuenta que la finalidad de la reunión no es solo informar, sino determinar qué vamos a hacer en casa y qué se va a hacer desde el centro para que nuestro hijo-alumno mejore en su aprendizaje. Muestra al profesorado tu disposición a colaborar, pide que te indiquen cómo creen ellos que se le puede ayudar desde casa y pregunta cómo le van a ayudar desde el centro.

3. Establece un plan con los acuerdos a los que habéis llegado y fija un calendario de seguimiento en el que quede señalado cuándo os volveréis a reunir.

No quisiera pasar por alto el hecho de que, muchas veces, el suspendedor, mientras los padres hablan con sus tutores, está tan tranquilo en clase o en casa, ajeno la información que su profesor está dando sobre él. ¿No crees que sería beneficioso que estuviera delante y escuchara las opiniones de sus profesores, así como las de sus padres? En ocasiones, pasar vergüenza por lo que has hecho o no has hecho puede ser una lección inolvidable.

RECUERDA

- Los profesores no son ni mejores ni peores que los padres, ni mejores ni peores que sus alumnos. De todo hay en la viña del Señor… Tus hijos han de aprender a relacionarse con todo tipo de profesores.
- Habla siempre bien de los profesores delante de tus hijos.
- No pidas que los profesores vean a tu hijo como lo ves tú. Recuerda que es tu hijo, pero es su alumno.
- No dudes en hablar con los profesores para trasmitirles lo que tú ves.
- Escucha con atención lo que los profesores te cuentan sobre tus hijos.

10

EL MUNDO EN EL QUE VIVIMOS

La sociedad

Luis y Paqui son como casi todos los padres. Cuando se preocupan por los suspensos de su hijo, utilizan los mismos parámetros. Lo puedes comprobar cada vez que hablas con otros padres de suspendedores, sin conocerlos previamente: tenemos una idea bastante parecida del porqué de los suspensos.

Para poder realizar un análisis objetivo del fenómeno de los suspensos es necesario contextualizar, situar los suspensos en un marco espacial y temporal que nos permita entender por qué tienen tanto impacto en las familias.

Por eso, a menudo, cuando hablo con padres de suspendedores les pregunto: «¿Y tú que tal estudiante fuiste?». Y sonrío cuando me contestan: «Es que los tiempos de ahora no son como los de antes». La frase es socorrida y, sobre todo, ilustrativa. *Los tiempos de ahora no son como los de antes…* y de fondo podríamos escuchar a Rocío Jurado cantando la copla que le compuso el maestro Solano: *Miedo, tengo miedo…*

Porque de eso se trata: de miedo. Los tiempos actuales están llenitos de miedos, miedo a todo lo que tiene que ver con los estudios, miedo a las amistades, miedo a tanto *whatsapp,* miedo a las drogas, al sexo y al *rock and roll.* Mucho conocimiento, mucha información… y mucho miedo.

Hace treinta años los suspensos te llevaban directamente al mundo del trabajo: «¿No quieres estudiar? No pasa nada, a trabajar»… Pero, actualmente, las posibilidades que tiene un chico o una chica de dieciséis años de acceder al mundo laboral son casi nulas.

Malos tiempos para la lírica… Por eso los padres pensamos que los suspensos conducen a lugares tan siniestros como las drogas, las malas compañías o el alcohol. En definitiva, a la desgracia.

Pero los suspensos hay que entenderlos en el marco en el que se producen, y ese marco se llama sociedad. La sociedad es el chivo expiatorio al que podemos achacar todos los males. La sociedad influye continuamente en nuestros comportamientos, en nuestros pensamientos, en nuestras emociones, porque, de hecho, son nuestras emociones, pensamientos y comportamientos los que crean, dan origen y forman nuestra sociedad.

Para lo bueno y para lo malo, somos un fiel reflejo de la sociedad en la que vivimos.

Me considero una persona optimista. Pero no un optimista de la rama de los cándidos, porque no me chupo el dedo. Soy un optimista del todo consciente de que nuestra escuela, nuestra familia y nuestra sociedad no son perfectas. Es más, en mi opinión son muy mejorables. Pero como soy optimista, me dedico a mejorar mi pequeño espacio en la escuela, en mi familia y en la sociedad. Estoy convencido de que cuantos más seamos los que nos dediquemos a hacer lo mismo, mejor será el mundo que entre todos construiremos.

Soy un optimista que no ve la botella ni medio vacía ni medio llena, sino un optimista que reparte, entre los presentes, lo que hay en la botella. ¡A vuestra salud!

Muchas veces decimos: «Qué asco de sociedad», como si realmente fuera la sociedad la culpable de todos los males. Pero te pido que contestes a estas preguntas: Si existiera una máquina del tiempo, ¿te irías a otra época? ¿Crees de verdad que en 1920, en 1960, en la Edad Media o en el siglo XIX la sociedad era mejor?

La sociedad está configurada por cada una de las personas que la componen, y las personas somos capaces de crear cosas bellas, de generar solidaridad y altruismo, aunque también se ha demostrado que podemos crear para hacer el mal, para infligir daño y para generar egoísmo e insolidaridad.

Aun así, como soy un optimista por naturaleza, podría destacar un sinfín de características positivas de nuestra sociedad. Pero como de lo que se trata es de entender por qué los suspensos de los hijos nos afectan tanto a los padres, te propongo que le saquemos una foto —y sin Photoshop— a nuestra sociedad.

Nuestra sociedad (o sea, nosotros) ha construido la creencia de que el éxito reside sobre todo en el cultivo, la recolecta y el acopio de productos, lo que se traduce en la idea de *estudiar para tener*. El éxito tiene forma de coche-casa-trabajo, y cuanto mayor sea la casa-coche-trabajo, mayor será el éxito. Este *hacer para tener* ha originado un exceso de grasa, porque nos hemos olvidado de que el éxito también se obtiene mediante el cultivo, la recolecta y el acopio de valores, lo que se traduciría en un *estudiar para ser*.

Por tanto, el éxito es una actitud, una manera de posicionarnos ante la vida. La falta de valores, o, mejor dicho, la laxitud en la apreciación

de lo que es un valor, nos convierte en una sociedad sin músculo. Y una sociedad con exceso de grasa y con poco músculo es una sociedad fofa.

Una sociedad que se caracteriza por el deseo de tener más que por el de ser es una sociedad que practica el derroche. Una sociedad que, a base enseñarnos a mirar solo nuestras propias preocupaciones, nos ha restado capacidad para entender las preocupaciones de los demás. Una sociedad que, al estar más pendiente de lo que nos falta que de lo que vamos consiguiendo, genera una gran insatisfacción. Una sociedad que se ha lanzado a lo loco a la búsqueda de la ansiada felicidad, como si fuera un chollo *low-cost.* Una sociedad que tiene al hedonismo por bandera. Y, por último, una sociedad que tiene serias dificultades para aceptar las frustraciones y el malestar.

Que no te quepa duda de que todo esto influye en nuestra concepción de los suspensos, y en la respuesta de nuestros hijos al hecho de suspender. A estas alturas ya sabes que con decir: «¡Niño, estudia!» no es suficiente.

¿Para qué sirve estudiar?

Piensa en la habitación de tus hijos y en todas las cosas que hay en ella: juegos, ordenador, conexión a Internet, videoconsola, televisión, *smartphone,* mesa de estudio, películas, calculadora, libros… ¿Y en sus armarios? Sudaderas, camisas, pantalones, zapatos, ropa deportiva… Ahora piensa en tu cocina. ¿Solo hay productos nutritivos?

No, también hay palomitas para hacer en el microondas, galletas de chocolate, zumos, batidos, pizzas precocinadas…

Les hemos dado a nuestros hijos lo que necesitan y lo que no necesitan, y no hemos escatimado en gastos. Lo tienen todo, o casi todo. Han viajado, han visto mares, montañas y disneylandias. Y todo lo que tienen se lo hemos dado gratis, sin haber tenido que realizar ningún esfuerzo.

«Los padres de ahora no son como los de antes», escuchamos a menudo.

Efectivamente, y es una suerte, porque si no hubieran evolucionado, estaríamos en las cavernas o en los árboles haciendo el mono. Los padres de ahora —ya lo he dicho— son los más preocupados por la educación de sus hijos y los que más interés y formación tienen para educar. Pero parece que hubieran hecho un juramento al más puro estilo Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*: «A Dios pongo por

testigo… que voy a educar a mi hijo mejor de lo que me educaron a mí». Y para ello van a poner a disposición de la criatura todos los artilugios que sean necesarios. Porque, repito, por el bien de los hijos no se escatima en gastos.

Pero con tanto tener se nos olvida lo importante que es ser. Ser padres de un bebé (y solo lo podemos ser durante unos pocos meses), ser padres de un niño (y solo lo somos durante unos pocos años), ser padres de un osado adolescente (pocos años, aunque se

suelen hacer muy largos). Y en este sentido creo que algunos padres cometen el error de darles de todo para que tengan un buen futuro, olvidándose de vivir y disfrutar el presente.

Nuestros hijos tienen sus necesidades más que cubiertas —algunos, hipercubiertas—

, pero muchos padres viven el día a día pensando únicamente en su futuro. Sin embargo, a los hijos los educamos en el presente, y por eso te planteo la siguiente pregunta: ¿por qué no aparcamos el futuro incierto y nos centramos en lo que cada día podemos hacer?

Una consecuencia de tanto tener es el derroche y la pérdida de valor de lo que se posee. Nuestros hijos viven en un mundo muy pragmático. «¿Esto para qué me sirve?», suelen preguntarse. De ese modo establecen una frontera entre lo que es útil (lo que les sirve para algo) y lo que es inútil (todo lo demás). Y así, crecidos bajo el influjo de Internet, las videoconsolas y la tecnología, nuestros hijos encuentran de poca utilidad adquirir determinados conocimientos. «Para que tengas cultura», «Para que no seas un ignorante», solemos contestarles. Pero muchas veces incluso a nosotros nos entran las dudas. Recuerda que los padres de suspendedores son los que más a menudo dicen eso de «¡la de tonterías que estudian!».

Te recomiendo que, cuando tu hijo te venga con la cantinela de «¿para qué me sirve estudiar?», no intentes buscar una respuesta funcional que lo deje callado y convencido de que lo mejor es irse a su cuarto y ponerse a estudiar. Es mucho mejor que le hables de lo que ha aprendido a hacer y llámalo «estudiar»:

—Estudiar te ha servido para manejar el ordenador con habilidad, para sacarle rendimiento a tu teléfono móvil, para tener información de tu equipo de fútbol favorito, para saberte las canciones que te gusta cantar. Todo eso que has aprendido lo has estudiado. De la misma manera, si le pones cariño, ganas e interés, podrás aprender muchas

más cosas.

A veces nuestros hijos creen que estudiar es solo ponerse delante del libro de texto, pero eso no es así. Estudiar implica aprender, que es algo que hacen en multitud de situaciones. Por eso te aconsejo que animes a tu hijo para que, desde lo que ya sabe y le interesa, se sienta capaz y competente para seguir aprendiendo.

La imperiosa necesidad de alcanzar el éxito

Nuestra sociedad nos transmite constantemente la idea de que solo los triunfadores podrán gozar de las mieles del éxito.

Éxito… Qué palabra más bonita, qué bien suena eso de alcanzar el éxito. Pero mucho me temo que no hay unanimidad a la hora de definir qué es, cómo se alcanza y quién lo alcanza. De hecho, a menudo se recurre a palabras rimbombantes para indicar por dónde van los tiros: «Aprenda a educar en la *excelencia»,* «Padres con *talento»,* «Eduque a personas *emprendedoras»,* «desarrolle el *liderazgo* en su familia»…

Vivimos en una sociedad que no para de hablar de las excelencias del éxito, pero nadie te dice el número del autobús que te lleva a ese destino. Sin embargo, lo que sí te han dicho y te han hecho creer (o te lo crees tú solito, sin ayuda) es que los suspensos no solo te impiden el acceso a esta especie de paraíso terrenal, sino que, además, con ellos conseguirás el carné de profesional del fracaso.

«El niño del vecino ha sacado esta evaluación todo nueves y dieces», y, claro, piensas que ese niño sí es un fenómeno, que ese niño va a llegar lejos. Tu hijo suspendedor también tiene éxito, pero contando historias, jugando a los videojuegos, haciendo dibujitos, pensando en cómo mejorar el mundo o trasteando con su ordenador. Está claro que sus capacidades no van en la misma dirección que las matemáticas, la lengua, el inglés o sociales.

La imperiosa necesidad de tener éxito es el camino más directo para experimentar sentimientos de fracaso. El verbo «fracasar» se conjuga en soledad, aunque es una soledad compartida bajo el mismo techo: por un lado, el fracaso del suspendedor, y por otro, el sentimiento de fracaso de sus padres.

Una sociedad en la que sobre todo se busca el éxito —un éxito indeterminado—

termina trasmitiendo la idea de que el bienestar individual está por

encima del bienestar colectivo.

Los suspensos de los hijos terminan siendo lastres para el bienestar de los padres, que vivimos las vidas de nuestros hijos con tanta intensidad que a menudo confundimos el camino con la meta y nos olvidamos que para llegar a la meta se pueden elegir diversos caminos.

El éxito entendido como tener o ser más que fulanito es solo «postureo», y está reñido con el valor de compartir, de ser lo que se quiere ser y de poder ser protagonista de la propia vida.

¿Quieres que tu hijo protagonice su vida? Ese será el camino de su verdadero éxito.

El aburrimiento

Paqui y Luis, abrumados por el malestar que generan los suspensos de su hijo, se sienten muy insatisfechos. En la cofradía de los padres insatisfechos, caracterizados por el aburrimiento—, muchos se encomiendan a las ensoñaciones y a la suerte para que vengan a solucionar sus problemas: «Como me toque la loto…», dicen a menudo.

Paqui ya lo ha dicho muchas veces: «Estoy aburrida de esta situación. Por más que hagamos, que le animemos y le ayudemos, este niño termina siempre igual».

El problema del aburrimiento es que siempre va acompañado de una pereza paralizante.

¿Te sientes aburrido de hacer todos los días lo mismo? Vamos a ver, a no ser que trabajes de agente 007, tu vida es como es. No quiero desmoralizarte, pero las veinticuatro horas del día no dan para mucho más de lo que hacemos: levantarnos, desayuno, trabajo, comida, trabajo, casa, hijos, trabajo, cena, acostarse. Dicho así, suena peor de lo que es en realidad, pero creo que sirve para hacernos una idea. ¿Insistes en que la palabra adecuada es «aburrido»? Yo te propongo «insatisfecho» y te pido que reformules la pregunta: ¿te sientes insatisfecho de hacer todos los días lo mismo?

Un suspendedor es un potencial insatisfecho y un candidato al aburrimiento. Pero los padres de un suspendedor también lo son.

¿Has escuchado decir esto a tus hijos?

—¡Mamá, me aburroooooooo!

A mí, mi madre me contestaba lo de «cómprate un mono», y se quedaba tan pancha.

Pero en la actualidad a los padres nos asusta mucho el aburrimiento de nuestros hijos, porque consideramos que puede ser el inicio de una grieta por donde se les escape la motivación y el interés.

«El diablo, cuando se aburre, mata moscas con el rabo», dice el refrán. Y pensamos que mantener ocupados a los hijos es una forma de ayudarlos a alcanzar el éxito. Y ni te cuento lo cargadas que suelen estar las agendas de los chavales para evitar el aburrimiento.

El aburrimiento es una emoción y, por tanto, que los hijos se aburran es algo natural, como lo es el aburrimiento de los padres. De hecho, el aburrimiento puede estimular la creatividad para salir de él poniendo la atención en alguna actividad.

Pero en este mundo en el que prima la inmediatez, las prisas, el «lo pienso y lo quiero ya», el aburrimiento tiene mala prensa. A los hijos tenemos que enseñarles a dar respuesta y a gestionar el aburrimiento, pero sin pasarnos el día entreteniéndolos o dándoles ideas para que se entretengan, porque de ese modo les impedimos aprender a hacerlo por sí mismos.

Padres insatisfechos, padres cansados, padres aburridos. Este es el resultado de la idealización de «ser padres», idealización que nos impide disfrutar del hecho de educar.

Es totalmente normal que te asalten ideas como «este niño me tiene aburrido y ya no sé qué hacer», pero no caigas en ensoñaciones («si me tocara la loto») ni en soluciones rápidas. La única respuesta válida es seguir educando, aguantando los envites y ejerciendo tu tarea de padre.

Tolerar la frustración

En esta sociedad del «tener», nuestros hijos, que tienen de todo, terminaran creyendo que realmente son merecedores de todo. Por esa razón les cuesta tanto aprender a tolerar el malestar que genera no alcanzar algo que creen que se merecen.

Hemos enseñado a nuestros hijos a «mercadear» como forma cotidiana de comunicación. Les decimos frases como «si haces esto, te doy aquello», y por eso es normal que, cuando les pedimos algo, nos contesten: «¿Y qué me vas a dar a cambio?».

Han aprendido que todo lo que tienen que hacer les debe proporcionar una ganancia, y si lo que se les ofrece como ganancia no lo es para ellos, ni se sienten interesados ni obligados a hacerlo.

Muchos padres caen en la tentación de «tirar de monedero», o hacerles regalos constantemente, o relajar los horarios de llegada, simplemente porque se sienten culpables de las equivocaciones que cometen sus hijos. Consideran que no les han dedicado el tiempo suficiente, que no tienen paciencia, que no les prestan atención, e intentan calmar la culpa mediante la «cartera». Y, claro, los hijos aprenden rápido a provocar a sus padres hasta que estos pierden el control y terminan diciendo o haciendo algo de lo que luego se arrepienten. En ese momento tu criatura pondrá cara de ofendido, tú pensarás que has metida la pata y, para reparar la «ofensa», abrirás la cartera. Hay qué ver con qué facilidad reparan las ofensas los billetes de diez euros…

Enseñar a tolerar la frustración es una tarea ineludible y un aprendizaje que aporta muchos beneficios tanto al que enseña como al que está aprendiendo.

Por ejemplo, supongamos que el hijo de Luis y Paqui tenía previsto asistir a una fiesta que organizaba su amigo Pepín, según él, la mejor fiesta del mundo, a la que van a asistir todos sus amigos, sobre todo los que más les gustan a sus padres. Pero estos le dijeron que «dependerá de las notas». Y las notas llegaron. El niño solo tiene en la cabeza una idea: «Quiero ir a la fiesta», pero sus padres tienen otras muchas: «Verás la que monta», «La vamos a liar, pero que se fastidie, que hubiera estudiado»… Pues bien, mi recomendación es sencilla: si crees que no debes atender a su petición, piensa solo en que vas a decir «NO». Y dilo desde el primer momento, sin dar largas del tipo «ya veremos».

Cuando los padres me dicen que hay que razonar con los hijos, les contesto que claro que sí. Pero, ¡cuidado! Los hijos son unos expertos en exigir razones («¡dame una razón!») y los padres entramos al trapo y les damos un montón de argumentos porque somos unos padres muy razonables. Pero sabemos perfectamente que esas razones no les van a servir, y ellos nos seguirán insistiendo hasta que terminemos con el famoso

«¡porque lo digo yo, que soy tu padre, y basta!». En ese momento el hijo, ofendido, te dirá: «¿Ves como no tienes ningún motivo? No me dejas ir porque no te da la gana».

Por tanto, cuando tu hijo te pida un porqué, cambia el guion y pregúntale tú a él:

«¿Por qué tendría que dejarte ir habiendo suspendido?». Y, ya sabes, a todos los argumentos que te dé contesta con «eso no me sirve».

Pero puedo asegurar que se suele llegar a un punto en el que no se puede seguir razonando. Los hijos entran en un estado de ofuscación total y la postura más efectiva es mantenernos en nuestra decisión. Si le has dicho «NO», repíteselo un par de veces con suavidad, dale un motivo («dijimos que dependería de las notas») e incluso ofrécele una alternativa («pero no te preocupes, habrá más fiestas y más notas») y, a partir de ahí, un poco de sordera transitoria puede ser el mejor remedio.

Al principio cuesta mucho, pero te aconsejo que perseveres en tu decisión. Puede que tu hijo ya esté pensando en la que te «va a montar», pero, si no cedes, terminará descubriendo que, por más pollos que organice, estos no le servirán de nada.

Las pataletas de nuestros hijos suelen ir acompañadas de «efectos especiales» que aportan un elemento dramático a la escena. Hay niños que dan golpes, que se congestionan tanto que parecen explotar, que se provocan vómitos, que amenazan con irse de casa o incluso con suicidarse. En definitiva, un sinfín de estrategias con las que intentan asustarnos, porque saben que nuestro miedo puede hacer que aflojemos en nuestra decisión.

Pero, recuerda, cuanto más ofuscado esté tu hijo, más necesita que tú estés tranquilo y sereno.

Por desgracia, en muchos hogares los suspensos se han convertido en una especie de moneda de cambio, hasta el extremo que aprobar o suspender determina lo que se puede o no se puede hacer. Pero ¿vas a

dejar a un niño de once años sin salir hasta que apruebe?

Los suspensos no son una hipoteca, sino el resultado de un trabajo mal hecho o no hecho. Y todos los trabajos tienen consecuencias. Puedes privarle de algunas cosas si consideras que esa es la consecuencia de sus actos y de su conducta. Pero ten en cuenta que si te pasas y le privas de todo, ¿dónde encontrará el estímulo exterior que impulse su motivación para aprender?

Psicólogo para padres

Nuestra sociedad se ha vuelto algo pacata o, mejor dicho, *muy* pacata a la hora de hacer frente al malestar.

El malestar normal, el de la vida diaria, se ha convertido en una especie de lastre que nos impide alcanzar ese «sencillo» deseo o meta a corto plazo: «Yo lo que quiero es ser feliz».

Y así nos va… Nos hemos lanzado en busca de la felicidad como si fuera un destino, un lugar al que llegar. Pero un destino *low-cost,* es decir, vamos buscandoun chollo, un vuelo directo y sin pagar muchos euros.

Vivimos en una sociedad que intenta ahuyentar el malestar cotidiano a base de Prozac, Trankimazin, Valium, Orfidal, Lexatin… ¿Te suenan? Pues hace treinta años habríamos pensado que se trataba de la delantera de un equipo de fútbol ruso.

Vivimos en una sociedad que está peleada con el malestar, como si fuese un molesto huésped al que hay que echar de nuestra vida, en lugar de entender que es un huésped con el que hay que aprender a convivir. Por eso, de la mano de la decepción, llegan los ansiolíticos a nuestras casas, pese a que la decepción no se combate a pastillazos.

Sentir malestar, en muchas ocasiones, es algo normal. Si, por ejemplo, tu pareja te abandona, lo natural es sentirse mal. Y si tu hijo suspende una y otra vez, lo raro sería que estuvieras como unas castañuelas.

Cuando uno está contento, se ríe y no va al médico para decirle: «Doctor, es que me siento muy bien y me río. Mándeme algo para estar más normal». Pues bien, cuando uno está triste por algo cotidiano, lo lógico es sentirse mal y el único remedio es aprender a tolerar ese malestar y a considerarlo una consecuencia lógica de nuestra vida relacional y afectiva. ¡Qué buena ocasión —la de los suspensos— para enseñar a los hijos modelos apropiados de comportamiento cuando uno se siente mal, triste y afectado por la conducta de los que te rodean! Abatirse, llorar, suspirar, enfadarse, dar voces, poner cara de mártir…, la verdad es que no ayuda mucho al suspendedor y menos aún a los padres.

Los hijos nos dan muchas alegrías, pero también numerosos quebraderos de cabeza.

Por tanto, no deberíamos permitir que el desánimo y la decepción lleguen a nuestras casas mientras ejercemos nuestra tarea como padres.

¿Quieres hijos capaces de afrontar el malestar? Pues enséñales a descubrir que el malestar forma parte de la vida cotidiana, de la suya y de la nuestra. No les ocultes tu malestar, porque esconder emociones a nuestros hijos es perder una estupenda oportunidad de que aprendan a gestionarlas.

Así que enséñales a tolerarlo, pero no con resignación, sino de una manera activa y razonable: «Si tu mejor amigo no te llama, es normal que te sientas mal», «Si tenías un plan estupendo para pasar la tarde con los amigos y algo lo impide, es normal que te sientas mal». Respeta su malestar, aunque a ti te parezca que lo que lo ha provocado no tiene importancia. ¿Acaso no te molesta a ti, cuando te abruma alguna preocupación, que te digan: «¡Pero, hombre, si eso es una tontería!»? Cuando tú estés mal, muestra a tus hijos lo que haces para afrontar la situación, y cuando ellos estén mal, no les digas:

« No te preocupes, ya se te pasará».Es mucho mejor decirles: «Sí,es verdad, eso duele…

Pero, ¿has pensado qué vas a hacer?».

RECUERDA

- Las características de nuestra sociedad influyen muchísimo en la manera que tenemos de interpretar los suspensos.
- Entendemos la felicidad como la ausencia de malestar.
- El éxito que puedan alcanzar tus hijos vendrá dado por su capacidad para protagonizar su vida y no porque aprueben en todas las evaluaciones.
- Los suspensos conllevan mucho malestar, y por eso nos frustran.
- Todas las ocasiones son buenas para educar. Aprovecha los suspensos para enseñar a tus hijos cómo afrontar el malestar.

SOBREVIVIR A LOS SUSPENSOS

Llevo más de treinta años enfrascado en la tarea de orientar a padres y a madres que se sienten genial, satisfechos, cuando el desarrollo de sus hijos discurre plácidamente, pero que se sienten desesperados cuando aparecen las dificultades y no encuentran la manera de ayudarles.

Casi todos los días recibo preguntas de padres que se sienten perdidos porque no saben qué hacer, ni qué decir, para ayudar a sus hijos suspendedores, y por eso he escrito este libro para intentar ayudarte a ti.

Sé bien que, en los momentos de desesperación, nada de lo que se les dice a los padres sirve, porque o bien «eso ya lo hemos probado», o bien están convencidos de que «eso con mi hijo no sirve». Pero, sea como fuere, los padres siguen buscando un método, el método eficaz para hacer que sus hijos estudien, coman bien, duerman, no contesten, no fumen, no beban, elijan buenas compañías… Padres y madres en busca del Santo Grial de los Métodos de Educación. Padres y madres a los que se les ha hecho creer que los métodos educativos son como los detergentes: hay uno que quita de verdad todas las manchas y, además, es el que más blanco lava.

¿Qué quieres que te diga?, ¿que existe un método para que los hijos aprueben? ¡Qué digo aprueben!, vamos a tener más altas aspiraciones, ¡para que *sobresalienteen!*

Pues no, no existe, porque si existiera ni tú estarías aquí leyendo ni yo habría escrito este libro.

No existe un método infalible para educar porque educar a los hijos no es una técnica, sino un compromiso. Un compromiso basado en la generosidad: te educo porque te quiero. Y es aquí, en el cariño, en el amor que les tenemos a nuestros hijos donde nos aferramos para sobrevivir a los suspensos.

No existe ningún libro, ningún método, ningún programa de televisión y ningún blog que pueda hacer tu trabajo como padre o como madre. Por eso los padres somos irremplazables. Tú eres irremplazable. Y por eso tenemos que sobrevivir a los suspensos, porque nuestros hijos nos necesitan cuando estamos contentos, pero también cuando estamos enfadados. Y nos necesitan cuando están contentos y aún más cuando están enfadados.

Los hijos no son nuestro proyecto. Si lo fueran, no tendrían vida propia. ¡Triste designio el de nacer para ser lo que otros desean!…

Los hijos son vidas que surgen de nuestras vidas y que crecen a nuestro alrededor.

Son vidas que nos enriquecen, pero no son nuestras ramas, son sus propios troncos.

Los hijos dan lo que la propia vida nos da: alegrías, lágrimas, sorpresas, dudas, certidumbres, días luminosos y días oscuros, consuelo y desconsuelo. Los hijos son la vida.

Tú eres el mejor método de educación para tus hijos. Utilízalo. Esa es la mejor manera de sobrevivir a los suspensos.

Hacer frente a las adversidades

Los suspensos llegan a nuestras familias como la punta de un iceberg, como si fueran un peligro que puede hacer que el *Titanic* —nuestra familia— se hunda.

Los padres nos preocupamos mucho por adquirir herramientas que faciliten la educación, herramientas que nos sirvan para dar respuesta a los problemas cotidianos en el ámbito familiar, como son el aprendizaje de hábitos, la obediencia, las tareas escolares… Pero eso no basta para educar. Tú y yo sabemos que, por muchos conocimientos que tengamos, por muchas herramientas que poseamos para educar, siempre se producirán situaciones que inevitablemente nos harán sentir mal tanto a padres como a hijos.

Los suspensos son una adversidad, un obstáculo en el camino, un verdadero fastidio… Pero, al igual que otras adversidades, forman parte de nuestra vida. Pocas veces pensamos en que también debemos educar a nuestros hijos para que sepan actuar ante la adversidad, y para sobrevivir a los suspensos hay que aprender a hacerlo.

Los padres tendemos a ocultar a nuestros hijos las adversidades de la vida; al principio, porque creemos que aún son pequeños, y posteriormente porque «¿ para qué vamos a preocuparlos? ». De esta manera nuestros hijos crecen en una especie de burbuja, en un ficticio mundo feliz a salvo de las preocupaciones.

Como digo, las adversidades forman parte de nuestra vida y nos causan diferentes impactos. No son comparables entre sí (no tendría ningún sentido comparar un suspenso con una enfermedad grave, por ejemplo), y cada una tiene su importancia y su gravedad.

Pero, ¿cómo se educa a los hijos a prepararse ante las adversidades?

En casi todas las familias, como en un país, hay un gobierno, por lo general un padre y una madre que se reparten los papeles de presidente y vicepresidente del gobierno y que ejercen el mando, un ministro de economía (que distribuye los recursos), un ministro del Interior (que pone orden), un ministro de Justicia (que media en los conflictos y sanciona), un ministro de Asuntos Exteriores (atento a todo lo que ocurre fuera), un ministro de Educación (que se preocupa de los temas escolares), un secretario de estado de Sanidad (que surte de apiretal, de paracetamol y se ocupa de la salud de la familia), un

ministro de Asuntos Sociales (lleva a los hijos al parque y a los cumpleaños) y un ministro de Alimentación (que se encarga de todo lo relacionado con la comida).

Aunque es cierto que en algunas familias uno de los padres actúa como ministro sin cartera.

Cuando educamos en tiempos adversos, es cuando más se necesita un buen gobierno en nuestra casa, y es entonces cuando los padres tenemos una oportunidad de oro para educar. Observando nuestro comportamiento, nuestras palabras y nuestras emociones, los hijos aprenderán nuevas formas de responder a las dificultades. El estilo con el que los padres afrontamos las situaciones difíciles y la manera en que hacemos partícipes a nuestros hijos de estas situaciones adversas son una forma estupenda de irles preparando para algo a lo que habrán de enfrentarse tarde o temprano.

Cuando educamos en tiempos adversos, los padres debemos procurar no meter miedo a nuestros hijos —tampoco a nosotros mismos—, porque el miedo paraliza y necesitamos estar activos. Lo que tenemos que hacer es aprovechar la situación para, desde posiciones realistas, implicar a toda la familia en la búsqueda de respuestas eficaces y posibles. Enseñamos a nuestros hijos a responsabilizarse, porque esa es la mejor manera de generar confianza en uno mismo.

Cuando educamos en tiempos adversos, los padres debemos transmitir confianza en todos y cada uno de los miembros de la familia, una confianza basada en la organización y en el reparto de tareas. Así, si cada cual se responsabiliza y cumple su cometido, será posible hacer frente a la tempestad. Y aunque las tempestades dejan rotos que no se pueden coser, con el apoyo de la familia se sobrellevan mejor.

Cuando educamos en tiempos adversos, los padres debemos hacer ver a nuestros hijos que la esperanza es un valor. No se trata de pensar que las adversidades son un mal sueño y que todo pasará. La esperanza es confiar en nuestra capacidad de vivir cada día afrontando lo bueno, lo regular y lo malo. La esperanza es una fuerza que nos moviliza y nos hace protagonistas activos de nuestra vida.

Cuando educamos en tiempos adversos, debemos mostrar un apoyo incondicional a nuestros hijos, porque sabemos que es difícil aprender a prescindir de lo prescindible.

Es fácil derrumbarse ante la adversidad. Por eso, cuando nos sentimos abatidos, lo que de verdad necesitamos es el apoyo de las personas a

las que más queremos (a veces puede ser necesario recurrir a ayuda especializada).

Educar en tiempos adversos es asumir que es imposible evitar que nuestros hijos sufran. El sufrimiento es parte de la vida y, por tanto, lo mejor será que les enseñemos a tolerar las frustraciones, a saber que las recompensas no se obtienen de forma inmediata y a asimilar que a veces nos ocurren cosas que no nos merecemos. En lugar de ocultar el sufrimiento, ¿no sería mejor que puedan sentir que estamos cerca cuando tengan que afrontarlo? ¿O prefieres que tus hijos lo hagan solos?

Cuando educamos en tiempos adversos, enseñamos a los hijos que la familia, nuestra familia, no es perfecta, que a veces se discute, se sufre, y otras se ríe y se disfruta… Nuestra familia, tu familia y mi familia, si la cuidamos, sobrevivirá a las adversidades.

Diez consejos para sobrevivir a los suspensos

Todos los padres sabemos que educar es complicado y que hay muchos factores que influyen en la educación. Aun así, nos centramos en el empeño de hacer bien las cosas para que nuestros hijos hagan bien las suyas. Y, sin embargo, nos sentimos amenazados cuando nuestros hijos se empeñan en no seguir nuestras indicaciones. Entonces nos preguntamos: «¿Y ahora qué hago?».

Para empezar, te propongo que reflexiones sobre algunas reacciones que sabemos que no nos ayudan pero en las que caemos una y otra vez:

1. Para sobrevivir a los suspensos, destaca las cosas positivas que hacen tus hijos en lugar de fijarte solo en las conductas que te preocupan. Si te centras solo en lo negativo

—en los suspensos—, irremediablemente tendrás una idea negativa de él. Intenta tener una imagen realista de tus hijos. Pero ojo con los padres que solo son capaces de ver lo bueno de sus hijos, porque esto también es una manera de equivocarse.

2. Para sobrevivir a los suspensos, procura hablar con tus hijos en estilo directo («¡ponte a estudiar ahora!») y procura evitar los enunciados interrogativos(«¿cuandovas a estudiar?»). No te puedo asegurar resultados si cambiamos la forma de hablar, pero creo que es mejor darles a los hijos instrucciones directas y claras que lanzarles preguntas que se pueden quedar sin contestación.

3. Para sobrevivir a los suspensos, procura no ser melodramático, ni ponerte en modo de «súplica» («Hijo mío, por lo que más quieras, hazlo por mí» o «Te lo ruego,

¿no ves que nos estás destrozando la vida?»). Los padres no somos perfectos, ya lo hemos dicho varias veces, pero te recuerdo que rogar a los hijos mina nuestra autoestima como padres.

4. Para sobrevivir a los suspensos, debes tener muy claro que la vida de nuestros hijos nos afecta, pero no puedes responsabilizar a los hijos de tu propia vida. Si tu felicidad va a depender de lo que haga tu hijo suspendedor, vas a pasarlo regular tirando a mal. Nos equivocamos cuando pensamos que el destino de nuestros hijos está ligado al nuestro. Cuidado con los chantajes afectivos y cuidado con culpar a los hijos de nuestro malestar. Aprende a decir: «Hijo, me preocupa que estés bien» y evita frases como «Me estás destrozando la vida»; di «Me encanta ayudarte» y evita «Con todo lo que yo hago por ti» o «Si me quisieras, no harías eso».

5. Para sobrevivir a los suspensos, no abandones el empeño de seguir educando.

Cuando estés desesperado, no digas: «¡Paso! Haz lo que quieras». Los padres no podemos ser ni melodramáticos ni pasotas. No se deben ignorar determinadas conductas de los hijos y actuar como si no pasara nada. A los padres nos importan nuestros hijos y tenemos que hacérselo saber. Otra cosa distinta es hacernos los sordos de vez en cuando, pues eso ayuda a no soliviantarse.

6. Para sobrevivir a los suspensos, hay que tener cuidado con la tolerancia. Los padres que son tolerantes son aquellos que saben distinguir y reconocer perfectamente lo que es intolerable. Las normas en la familia deben de ser pocas pero «sagradas». Si las cambias, no las cumples o no las haces cumplir, tus hijos pensarán eso de perro ladrador poco mordedor.

7. Para sobrevivir a los suspensos, recuerda que todo funciona mejor cuando estás sereno y controlado. ¿Te has puesto alguna vez a dar gritos como un loco? ¿Lo pasaste bien? ¿Sirvió para algo? Pues toma nota. Perder el control es algo que a los padres nos vuelve vulnerables. Y, por cierto, te recuerdo que todos los padres sabemos cuándo vamos a perder el control y es en ese preciso instante cuando podemos controlarnos.

8. Para sobrevivir a los suspensos, utiliza palabras que construyen.

Cuando estamos enfadados podemos llegar a decir cosas, productos de nuestra desesperación, de las que luego nos arrepentiremos. Busca siempre palabras constructivas que no hieran ni humillen.

9. Para sobrevivir a los suspensos, recuerda que educar es lo más efectivo. Las amenazas no ayudan; no son más que una señal de desesperación, así que intenta evitarlas.

10. Para sobrevivir a los suspensos, cuida de tu familia, de tu pareja, de ti mismo.

Siéntete orgulloso de tus hijos y confía en ellos.

Cuidando a tu familia

La vida trascurre veloz, lo sabemos por lo pronto que caducan los yogures y por lo rápido que los hijos crecen. Paqui piensa en los suspensos de su hijo y se pregunta sin demasiadas ganas de encontrar una respuesta: ¿qué es lo que nos queda al final?

¿Acaso son los suspensos un final? No, los suspensos no son ni el final ni el principio de nada. Los suspensos son una parte de la vida cotidiana de algunos hijos y algunos padres. Los suspensos son un minuto más del tiempo que marca un reloj, un día cualquiera de la semana, una tarde de lluvia. Los suspensos son avatares de la vida. Sí, avatares, cambios, fases, altibajos, transformaciones, alternativas, problemas… Como tantos y tantos otros.

Ante los suspensos, los padres educamos, educamos y educamos.

Cuidar a la familia, protegerla, es tarea de todos y cada uno de sus miembros. Pero los padres tenemos la responsabilidad de guiar en ese cuidado. Por eso no podemos permitir que los suspensos terminen afectando al clima familiar y tampoco que el lugar en el que tenemos que seguir educando se convierta en un campo de batalla, en un lugar inhóspito donde nadie quiera parar un momento. No puede ser que los suspensos terminen generando una confrontación de todos contra todos, una guerra en la que al final solo hay derrotados. Recuerda que los suspensos hay que combatirlos, pero no puedes combatir a los hijos. A estos se les educa.

Cuida a tu familia y protégela cuando más lo necesite. No olvides que suspenden los hijos, no la familia.

Todos sabemos que educar a veces es una tarea verdaderamente pesada y difícil, pero se trata de no permitir que toda la familia se vea afectada por lo que solo debería afectar a uno de sus miembros. Los padres tenemos que aprender a poner barreras para que lo que afecta a tu hijo —y a ti como padre o madre de tu hijo— influya lo menos posible en tu relación con él y con el resto de la familia.

Cuida a tu familia, porque estás encadenado a ella. Y encadenado no es lo mismo que condenado. Cuida a tu familia porque lo que les vas a dejar a tus hijos son los recuerdos que tú siembres en ellos. Los recuerdos de cómo sus padres, su familia, vivieron una parte importante de sus vidas.

Cuida a tu familia, porque no es un jardín idílico ni un remanso de paz. En ella se viven las mismas crisis que en el resto de la sociedad, con la diferencia de que las tensiones que provocan los suspensos las originan nuestros seres más queridos. La familia genera conflictos, es verdad, pero en ella también se dan respuestas eficaces para solucionarlos.

Cuida a tu familia, porque es la propia esencia de la diversidad. En su interior caben todas las diferencias.

Cuida a tu familia, porque es un universo, una patria a la que se pertenece siempre que alguien te reconozca como miembro de ella. Muchas veces decimos a algunas personas que las queremos como si fueran de nuestra familia. La familia es un bien a proteger, un patrimonio de la humanidad.

Cuida a tu familia, porque es una escuela en la que aprender. Pero al mismo tiempo está viva y sabe que, para sobrevivir, hay que adaptarse. La familia continuamente se enfrenta a nuevos retos que le demandan nuevos aprendizajes y nuevas respuestas.

Cuida a tu familia, porque es inclusiva y acepta a todos sus miembros. Siempre tiene las puertas abiertas porque sabe que dentro de ella es posible el rechazo, el cuestionamiento y el conflicto. El conflicto en la familia es algo normal porque está compuesta de personas diferentes, con edades e intereses diferentes.

La familia es un lugar donde acoger es algo natural y no una manifestación de altruismo. La familia es el espacio donde aprendemos y enseñamos el significado de la aceptación incondicional.

La familia educa, porque sabe de la importancia que tienen los modelos para aprender y para que sus miembros aprendan a tomar decisiones, es decir, a elegir. Solo se es libre si hay posibilidad de elección.

Cuida a tu familia, porque en ella se transmiten valores. Los valores no se imponen; los valores se viven, no se pregonan. Son guías, no son espadas.

Cuida a tu familia, porque apoya. Sabemos que es imposible ser perfecto y que la vida se vive con aciertos y errores, que caemos y recaemos… Pero al final siempre hay alguien que tiende una mano, y esa mano es la familia.

Cuida a tu familia, porque la familia ama y acoge. El amor es el pegamento que la mantiene unida. Aunque sus miembros estén en diferentes lugares, el vínculo familiar no entiende de fronteras.

La familia necesita ayuda. Todas son pocas, pero lo que más necesita la familia es que cultives y cuides a la tuya.

Cuidando a tu pareja

Todos sabemos que los problemas que presentan los hijos hacen mella en las relaciones de pareja (si estás criando solo o sola a tu hijo, hacen mella en ti). Por tanto, el apoyo y sentirte querido es una pomada estupenda para combatir el picor del malestar, aunque este, a su vez, erosiona nuestra capacidad de ser generosos en el querer.

La vida en pareja no es fácil. Los años de vida en común tienen la manía de convertir en costumbre lo que en principio fue una embriagadora novedad.

Y es que, seguro que te has dado cuenta, no hay canciones de amor que hablen de tu pareja en calzoncillos rascándose sin disimulo «las narices» en medio del pasillo.

Tampoco hablan de la tapa del váter, ni del aliento caldeado en plena cara en mitad de la noche, ni de los ronquidos, ni de los olvidos de fechas importantes… Y prefiero no seguir.

Los años de vida en común nos traen confianza y, como bien dice el dicho, la confianza da asco. Así pues, al problema de los suspensos se le une el de la rutina, con la rutina llega un poquito de pérdida de interés y, al final, los reproches, que suelen aparecer con la forma de «lo que tú no haces» o «lo que siempre haces». Reproches recíprocos que parecen los guantes de un boxeador en busca del golpe definitivo.

Llegados a este momento, te aseguro que lo que necesitas es un baile. O un paseíto de la mano de tu cari, o una caña, o una cena, o ir al cine, o, simplemente, leer un libro, ver la tele, hacer algo juntos, y cuando estés así, tan agustito, le dices a tu pareja lo buen padre o madre que es, y le recuerdas todas las cosas buenas que aporta tanto a la familia como a ti. Las enumeras una detrás de otra, y le dices que te sientes afortunado o afortunada por tener la posibilidad de compartir con él o ella tu estupenda familia. Y

terminas transmitiéndole ánimos y la seguridad de que siempre podréis hacer algo con vuestro hijo suspendedor. De ese modo los dos conjuráis vuestros miedos.

Si estás solo o sola, te aconsejo que te lleves a un amigo de paseo, a tomar algo por ahí, o que lo invites a cenar en casa. Y entonces, cuando te sientas agustito, le dices a tu amigo lo buen padre o madre

que eres, lo mucho que aportas a tu familia y a ti mismo.

Te transmites ánimos y la seguridad de que siempre habrá algo que puedas hacer con tu hijo suspendedor. De ese modo, con tus amigos, conjuras tus miedos.

Los padres necesitamos cuidarnos mutuamente, porque nuestros hijos van creciendo mientras nuestra vida de pareja se ve zarandeada por el paso de los años. No es sencillo vivir en pareja, así que evitemos ponernos más zancadillas.

Y recuerda: tus hijos tienen una vida que protagonizar, que es la suya. Los padres tenemos que protagonizar la nuestra.

Cuidándote a ti mismo

Cuida de ti porque es muy difícil educar a los hijos si uno no sabe cuidar de sí mismo.

Educamos a nuestros hijos con el anhelo de que sean independientes y autónomos, y para ello es necesario que aprendan a cuidarse. Aprovecha los años en los que vivirás con ellos para que vean cómo sus padres saben cuidarse.

Cuídate, porque no es egoísta quien cuida de sí mismo, sino quien solo se preocupa de que los demás no le molesten.

Cuídate y no dejes que pequeñas —o grandes— adversidades, como son los suspensos, encuentren cobijo en tu interior y te hagan sentir menos de lo que eres y mucho menos de lo que vales.

Cuídate, no dejes que nada ni nadie te responsabilice de lo que tus hijos no han hecho o han hecho mal.

Cuídate y ponte a salvo de los sinsabores y de las amarguras, que son evitables.

Cuídate, pero no olvides que puedes mejorar cada día, porque a ser padre se aprende siéndolo, con aciertos y con errores.

Cuídate, pero no olvides que puedes equivocarte una y mil veces. Y cuando te des cuenta de que has cometido un error, cuídate y reconoce tu equivocación. Pedir perdón es algo que tenemos que enseñar los padres a nuestros hijos.

Cuídate, pero no olvides que no eres perfecto.

Cuídate. No puedes ser más severo contigo de lo que eres con los que te rodean.

Cuídate, porque si tú estás bien y te sientes bien, tu pareja, tu familia y los que te rodean se sentirán bien.

Orgulloso de tus hijos

¿Se puede estar orgulloso de un suspendedor? ¿Se puede estar orgulloso de un hijo que no estudia nada?

Antes de responder yo a estas preguntas, haz el favor de responderlas tú: ¿estás orgulloso de tu hijo? Cierra el libro si es necesario, piénsalo bien y responde.

Trabajar tantos años con padres y madres me ha permitido conocer y aprender muchísimo de ellos. He conocido a padres que me han enseñado cómo sobrevivieron

«con el alma hecha jirones», cómo se enfrentaron a enfermedades graves de sus hijos, a la muerte cuando eran niños o adolescentes. Padres que sobrevivieron a la angustia de no saber dónde y cómo están sus hijos que han abandonado su casa, al dolor que causa saber que sus hijos nunca serán independientes, al terror de las drogas… Todos ellos me han enseñado lo importante que es abrir los ojos para sentirse orgulloso de uno mismo y de sus hijos.

Me vais a permitir os cuente lo que aprendí de María, una mujer sin estudios que vio cómo uno de sus hijos (a su vez, padre de tres niños) fue «secuestrado por las drogas».

Yo daba charla para padres y madres en un colegio sobre la importancia de estar y sentir orgullo por los hijos y, cuando terminé de hablar, María se me acercó y me dijo que quería contarme «algo de mi hijo».

—Carlos, mi hijo está intentando salir de las drogas. Cuando está bien, le repito una y otra vez que su padre y yo, y sus hijos (que ahora están a mi cargo) nos sentimos orgullosos de él, de los esfuerzos que hace por intentar dejarlo. Cuando le digo eso, sus ojos brillan y se abraza a mí con la fuerza que da el desamparo. Llora sin consuelo y pide perdón, y se jura que va a salir. Yo veo muy difícil que pueda salir de ese mundo, pero, cada vez que lo veo, se lo repito una y otra vez: «Estamos orgullosos de que seas

nuestro hijo». Esta es la vida que él ha elegido o que le ha secuestrado, un desastre de vida, pero yo cada día que puedo se lo repito: «Estoy orgullosa de ti». Y el brillo de sus ojos es mi recompensa y la suya.

María no estaba orgullosa de la vida de su hijo, ni de otras muchas

cosas que su hijo había hecho, pero le transmitía una y otra vez que de él sí que estaba orgullosa:

«Estamos orgullosos de ti, estamos orgullosos de lo que eres, pero no de lo que haces».

Por supuesto, este es un caso extremo, pero ¿no crees que trasmitir a los hijos nuestro orgullo por lo que son siempre será de más ayuda que mostrarles las huellas de la decepción en nuestras caras?

Parece que los padres solo nos sentimos orgullosos de nuestros hijos cuando son sobresalientes. Y así, esperando que sobresalgan en algo, dejamos escapar un montón de oportunidades para mostrarles nuestro orgullo.

Debes estar orgulloso de tus hijos aunque suspendan porque no estudian lo suficiente.

Debes estar orgulloso de tus hijos, aunque no sean los primeros de su promoción.

Siéntete orgulloso, aunque piensen y se comporten de manera diferente a ti.

Debes estar orgullo de tus hijos, aunque sus motivaciones e intereses no sean los tuyos.

Debes estar orgulloso de tus hijos porque son tus hijos.

Y cuando tengas la oportunidad, se lo dices en voz alta a quien te quiera escuchar.

Pero, sobre todo, te lo dices a ti mismo para que en los momentos de debilidad no se te olvide.

Cuando los padres nos sentimos abrumados por las conductas de nuestros hijos es cuando más necesitamos transmitir nuestro orgullo y recordar todo lo que nos gusta de ellos. La vida discurre veloz, y ellos crecen sin parar. A menudo esperamos expectantes sus logros, sus conquistas y sus triunfos como un gran colofón a nuestra tarea educadora. Y así van pasando los días…, y, por tanto, perdemos la oportunidad de decir: «Hijo, estoy orgulloso de ti». Es más, a veces lo que nos oyen decir es: «Qué orgullosos deben estar los padres de otros».

La vida de nuestros hijos será lo que nuestros hijos quieran construir,

y es verdad que algunos pueden hacer de su vida algo que a nosotros nos cause dolor.

Los padres nos sentimos orgullosos de nuestros hijos porque eso es lo que son, nuestros hijos, y compartimos con ellos nuestras virtudes y defectos. Y pese a las equivocaciones, los queremos. Sentirse orgulloso de los hijos y decírselo es una manera de hacerles ver y sentir que, cuando más perdidos puedan estar, siempre podrán contar con nosotros.

Porque sentir orgullo es una manera de amar generosamente sin esperar nada a cambio.

Sentir orgullo es una forma de hacerles ver que saben hacer cosas, que son competentes, que no son un fracaso andante.

Sentir orgullo es ofrecerles un lugar donde agarrarse cuando la vida zozobra. A los náufragos se les echa un cabo o un salvavidas; no se les abandona a su suerte.

Yo estoy orgulloso de mis hijos, y seguro que tú también lo estás de los tuyos. Que no se nos olvide decirlo, que no se nos olvide creerlo, que no se nos olvide sentirlo.

Confiando en tus hijos

Si hay una herramienta necesaria para ejercer la tarea de educar esa es la confianza. Se trata de una herramienta tan necesaria como delicada, porque la confianza es fácil de perder y, una vez que se pierde, cuesta mucho volver a encontrarla.

Para poder ofrecer confianza a los hijos hay que tener confianza en ellos. Tener y dar la esperanza de que puedan conseguir lo que desean, y para ello hay que creer que los hijos han desarrollado, o pueden desarrollar, las competencias necesarias.

Confiar como herramienta educativa consiste en creer que nuestros hijos podrán gestionar su vida porque han aprendido todo lo que les hemos enseñado para ello.

Pero, ¿cómo confiar en los hijos?, te preguntarás. Te respondo: con los ojos bien abiertos. Los padres debemos confiar, pero no chuparnos el dedo. No se trata de decir:

«¿Mi hijo?, eso mi hijo no lo hace», ni de esperar que siempre se comporte como creemos que debe comportarse.

Confiar no es un acto de fe ciega en los demás, sino la simple constatación de que tenemos seguridad en nuestra manera de actuar-educar. Muchos padres se preguntarán: «¿Cómo voy a confiar en este insensato de hijo que tengo?». Respondo con un ejemplo: si tu hijo perdiera sangre, le pondrías una transfusión, ¿verdad? No dirías:

«¿Para qué le voy a poner sangre a este insensato si la va a volver a perder?». Pues la confianza es como la sangre; se necesita para poder vivir.

Ya hemos dicho que, mientras educamos, es muy posible que nuestros hijos se equivoquen. La confianza reside en que cuando se equivocan, además de aplicarles las consecuencias, les animamos a que se pregunten qué podrían haber hecho para evitar ese error y les hacemos ver que confiamos en que la próxima vez sabrán buscar la respuesta apropiada. Y si no, la siguiente, o la siguiente… Los padres no nos podemos permitir el lujo de tirar la toalla.

Confiamos en nuestros hijos transmitiendo esperanza. Esperanza en que las dificultades que encuentren en su desarrollo no tienen su origen en que no saben o en que son incompetentes, sino en que

equivocaron la elección. Esperanza significa saber que, cuando se caigan, no se van a quedar en el suelo, sino que hay buenas razones para volver a levantarse.

Los padres que confían en su labor trasmiten confianza. Muchos padres que educan a sus hijos estupendamente no tienen la confianza suficiente en lo que están haciendo, y por eso entran en un estado de desánimo.

Los padres competentes también tienen hijos que, por temporadas, se comportan como unos verdaderos modorros. Pero cuando nuestros hijos «modorrean» es cuando más necesitan que nosotros no perdamos la confianza.

«Quiéreme cuando menos lo merezca, porque será cuando más lo necesite». Así que confía en ti, en tu pareja, en tu familia, en tus amigos, en los maestros y profesores y, sobre todo, en tus hijos.

La confianza en los hijos es una ayuda fundamental para el desarrollo de su autoestima. ¿Qué tipo de autoestima podrá tener un niño o un adolescente que solo recibe información negativa sobre lo que es, y no sobre lo que hace?

Confiar da alas. Pero recuerda que, al comenzar a volar, es fácil cometer errores.

Y no olvides que confiar en tus hijos no está reñido con el control y la supervisión, porque para aprender a volar hace falta una mano suave y firme por si llegan las turbulencias.

RECUERDA

- La vida de los seres humanos, además de frágil, es fugaz.
- No dejes que el enfado y la frustración sean la banda sonora de los años en los que estás educando a tus hijos.
- Pon a salvo tus afectos y los de tu hijo suspendedor.
- Cuídate, cuida a tu pareja y cuida a tu familia.
- Confía, ten confianza en ti y en tus hijos.
- Siéntete orgulloso de ti y de los tuyos.

EPÍLOGO

LA SINFONÍA DEL OPTIMISMO

—Luis, me he encontrado con tu prima Hilaria. Hemos estado un buen rato hablando y me ha preguntado por la familia. Le he contado lo preocupados que estamos con los suspensos del niño y

¿sabes qué me ha dicho?

—¡Cómo se nota que no tenéis otros problemas! Ya les gustaría a muchos que su problema más grave fuera que sus hijos suspendieran.

Siempre me ha llamado la atención esa frase que las personas que han pasado por una situación realmente difícil (una enfermedad grave, un accidente) suelen decir:

«Ahora me doy cuenta de lo que es verdaderamente importante y solo me voy a preocupar por lo que vale la pena».

La frase es bonita, pero yo tengo serias dudas. No veo a Paqui y a Luis diciéndole a su hijo la próxima vez que aparezca con una ristra de suspensos: «¡Hijo, qué alegría que estés sano!». Y tampoco me imagino a nuestros hijos suspendedores adjuntando una analítica de sangre y de orina a las notas para que los padres nos quedemos más tranquilos.

¿Qué es lo verdaderamente importante en la vida? ¿Cuáles son las cosas que merecen la pena? ¿Existe un ránking de preocupaciones dignas de ser tenidas en consideración?

La importancia de los suspensos no radica en las consecuencias que puedan acarrear, sino en que nos invitan a los padres a actuar, es decir, a educar.

Ya he dicho que no podemos permitir que los suspensos condicionen la relación entre padres e hijos y no podemos evaluar nuestro bienestar en función de sus suspensos. En una etapa tan importante del desarrollo, los afectos nunca se pueden poner en cuestión, porque mantener vínculos, puentes y vías de comunicación es fundamental para poder desempeñar nuestro papel de padres.

¿Agobiado por los suspensos? Pues debes saber que pasará, porque todo pasa.

Pero de nosotros los padres depende cómo queremos que pase el tiempo: o bien lleno de reproches, desengaños, frustración y rabia, o bien como una época en la que guiamos a nuestros hijos, les ponemos límites y les apoyamos sin caer en el desánimo.

La vida se vive durante toda la vida. Mientras hay vida, hay posibilidad de hacer algo para cambiar.

Disfrutar o sufrir lo marcan los acontecimientos y sucesos que nos ocurren, pero al final somos nosotros —cada uno de nosotros— quienes elegimos cómo entonar la sinfonía. Así pues, ¿por qué no entonarla desde el optimismo?

La sinfonía del optimismo nos permite pensar que todo lo que nos sucede es importante y esencial, porque, al fin y al cabo, somos lo que vivimos. El optimismo nos ayuda a no distraernos con especulaciones sobre jerarquías de problemas para ver si tu problema es mayor que el mío. Por el contrario, nos permite determinar qué respuesta puedo dar a los problemas que se me presenten, y no siempre para resolverlos

—puede ser que la solución no esté en mi mano—, sino, sencillamente, para afrontarlos.

Optimismo es cambiar la manera de mirar los problemas y pasar de ser un padre desencantado a ser un padre esperanzado.

Optimismo es saber que el tiempo dedicado a los hijos nunca es un tiempo perdido.

Con los hijos se discute, se pelea, pero los padres optimistas no se quejan de esas peleas, simplemente entienden que no puede ser de otro modo.

Los padres optimistas saben que los hijos suspendedores se parecen al doctor Jekyll y Mr. Hide: pasan de encantadores a malvados en menos de un segundo. Destacan siempre el comportamiento del encantador y, aunque comprenden al malvado, no se sienten responsables de su descontrol.

Los padres optimistas no pierden el tiempo buscando excusas o culpables. Aguantan el malestar porque saben que «las pedradas duelen» y que hay dolores inevitables.

Los padres optimistas no están atentos a ver si el niño hace *click*. Por el contrario, se centran en todo lo que hacen como padres.

Los padres optimistas no intentan modificar la realidad a su gusto, sino que se adaptan a lo que hay.

Los padres optimistas saben que un ocho, un nueve o un diez no convierte a un hijo en una buena persona.

Los padres optimistas mantienen la calma ante las adversidades y procuran no dramatizar. Estaremos disgustados, lógicamente, pero ¿vamos a abandonar? Pues, entonces, a la tarea.

Y, por último, los padres optimistas practican la confianza y trasmiten a sus hijos que suspender e incluso repetir curso nunca es un fracaso. Los hijos, al igual que sus padres, pueden pasar por baches. En esos momentos es cuando más necesitan nuestro apoyo.

Si tu hijo es un suspendedor, busca la canción de Azúcar Moreno que se llama *Solo se vive una vez,* y te la escuchas en el desayuno, la comida y la cena. Hasta que te haga efecto.